EL DESPERTAR DE LAS MISIONES

Federico A. Bertuzzi

EL DESPERTAR DE LAS MISIONES

Email del autor: fab@argentina.com
Estilo: Viviana Hack de Smith

1997 Primera edición por Editorial Unilit
2006 Segunda edición por Editorial Clie

Índice

A Marta,
compañera fiel e idónea de ministerio,
verdadero regalo del Dios para mí.

Prólogo

VARIOS fueron los hermanos que me alentaron a compilar en forma de libro algunos de los mensajes misioneros que he presentado en diversos círculos, a lo largo de los años. En la esperanza de que podría ser de alguna utilidad para quienes aman a nuestro Señor Jesucristo y la Gran Comisión que nos dejó, es pues, que se publica EL DESPERTAR DE LAS MISIONES.

Los capítulos aquí recopilados fueron presentados originalmente como exposiciones en congresos y otras actividades misioneras, en lugares tan variados como Córdoba y Rosario (en mi país natal), Antigua (Guatemala), Orlando (Estados Unidos), Acapulco (México), Singapur o Quito (Ecuador), por mencionar algunos. Otros fueron artículos publicados en revistas o periódicos como *Apuntes Pastorales* y *El Puente*.

Para esta segunda edición, los datos estadísticos

fueron actualizados, utilizando como fuente principal el libro Operación Mundo,[1] *se introdujeron algunas revisiones editoriales que se hacían imprescindibles, y se agregaron dos capítulos al final. Rogamos, no obstante, que el amable lector sepa disimular ciertas reiteraciones entre capítulos, que fueron imposibles de eliminar totalmente.*

A lo largo del tiempo he ido contrayendo una gran deuda de gratitud y no quiero omitir hacerla pública. Me refiero a hermanos y organizaciones a través de los cuales mi vida y mi familia han sido verdaderamente enriquecidas y sustentadas.

Mi gratitud sincera es, en primer lugar, a los hermanos de mi querida Iglesia Evangélica Bautista Nordeste, de la cual soy parte desde hace más de cuarenta años, habiendo tenido el honor de ser su pastor por doce de ellos. Constantemente me apoyaron, y lo siguen haciendo, con muestras de gran amor y desprendimiento, tanto en lo espiritual como en lo material, a lo largo del tiempo, aún mucho antes de que comenzáramos a hablar de las misiones.

También al Consejo de Pastores Evangélicos de la ciudad de Santa Fe, cuerpo colegiado de consiervos de las más diversas denominaciones, con quienes nos mantenemos estrechamente unidos en el vínculo de la paz, y que han significado un grandí-

---

[1] Patrick Johnstone, *Operation World*, Authentic Lifestyle, Londres, 2005, 800 pp.

simo respaldo para mi ministerio, aún en la faz material.

A la Red Misiones Mundiales, uno de los primeros movimientos misioneros nacionales de Iberoamérica —de cuyos inicios tuve el privilegio de ser parte y en el que serví durante quince años—, cooperando para que la iglesia argentina trascendiera sus fronteras y se proyectara con el mensaje del Resucitado por la redondez del globo terráqueo. Me reconforta sobremanera enterarme de que, según un estudio reciente, nuestro país ostenta a nivel mundial el más alto porcentaje de misioneros enviados a evangelizar y plantar iglesias entre los no alcanzados.[2]

A los queridos hermanos de la misión PM Internacional, auténticos pioneros, que supieron obedecer al llamado del Maestro y cruzaron los mares para llegar a los no alcanzados del mundo islámico. Sus vidas fueron siempre motivo de inspiración y sirvieron de modelo para marcarme profundamente. Me siento privilegiado por haber sido testigo de su nacimiento y acompañante en su etapa de crecimiento.

A COMIBAM *Internacional, que me ha permitido*

---

[2] Según los resultados de esta investigación (REMAP II) que llevó a cabo la Comisión de Misiones de la Alianza Evangélica Mundial consul tando a más de 600 agencias misioneras de 22 países con una sumatoria de 40.000 misioneros , el 45 por ciento de los 600 misioneros transcultura les argentinos están afectados a una labor pionera entre pueblos con menos del uno por ciento de cristianos.

tomar el pulso que vive nuestra amada Latinoamérica, captar mejor sus realidades, y observar su creciente movimiento de misiones, de insospechados alcances para un futuro no muy distante. Mi gratitud más sentida a todos ellos, líderes probos en la viña del Señor.

No hay dudas de que la visión mundial y el empuje para llevar el evangelio han ido creciendo a ritmo sostenido. Estamos en medio de un despertar de nuestras congregaciones en Latinoamérica —como nunca antes— en la visión y en la acción de ser portavoces de nuestro Señor Jesucristo «hasta lo último de la tierra» (Hechos 1.8).

Si esta modesta contribución puede ayudar a algún lector a clarificar su llamado o robustecer su vocación suprema, me habré sentido más que satisfecho por el esfuerzo empeñado.

EL AUTOR
Granada, España, octubre de 2006

CAPÍTULO 1

El complejo de langosta

LA BIBLIA NARRA que el pueblo de Dios se demoró en tomar posesión de la tierra prometida. Fueron cuarenta inútiles años de retraso. ¿Cuántas iglesias se están demorando hoy también en participar de la conquista de los campos misioneros no alcanzados?

Cuando el carcelero de Filipos preguntó: «Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?», tenía a quién preguntar. La respuesta de Pablo y Silas fue: «Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa» (Hechos 16.30-31). El carcelero creyó junto a toda su familia y fue salvo. Pero él tenía a quien preguntar. ¿Y qué de aquellos millones que no tienen a nadie a su lado (ni cerca) que les explique cómo alcanzar salvación eterna?

Los israelitas, habiendo salido de la larga esclavi-

tud egipcia estaban a punto de entrar en la tierra prometida por Dios, cuando rápidamente se dejaron atrapar por el «complejo de langosta» que resultó en el trágico fin de su carrera. Los espías volvieron incubando ese complejo que fácilmente contagió a todo el pueblo de Dios. Dijeron, refiriéndose a ellos mismos en relación a los pueblos por conquistar: «Éramos nosotros, a nuestro parecer, como langostas; y así les parecíamos a ellos» (Números 13.33). Las ciudades amuralladas, el poderoso equipo bélico que disponían, y la altura extraordinaria de sus enemigos afectó de tal manera la autoimagen del pueblo de Dios que se sintieron como insignificantes insectos. Y no sólo ellos se vieron a sí mismos de esa manera, también sostuvieron que los cananeos los veían así. De esta forma, creyéndose pocos en número y pobres en recursos para invadir exitosamente la tierra prometida, se sentenciaron ellos mismos a no salir con vida del desierto en que estaban. Y allí, durante los próximos cuarenta años, habrían de quedar sepultados sus cadáveres.

Un retraso inútil

¿Qué había sucedido? Su falta de fe en el poder de Dios y la indisposición de avanzar sobre el desconocido terreno del enemigo, impidieron que el plan divino se cumpliera a tiempo.

El programa de Dios se vio inútilmente demorado toda una generación. El complejo de langosta,

con su acentuada mirada centrada en ellos mismos que los hacía considerarse un pequeño pueblo, pudo más que la obediencia a la Palabra de Dios, e impidió que aquella generación llegara a la meta.

Gran parte de los evangélicos en Latinoamérica hemos estado padeciendo igualmente de este complejo de langosta. Una mentalidad de pueblo pequeño y de escasos recursos nos ha influido en el pasado de tal manera que apenas si hemos hecho algún aporte significativo a la tarea de la evangelización mundial. Expresiones tales como: «Aquí queda mucho por hacer», «Somos pocos», «Faltan pastores y obreros», «No tenemos suficiente dinero», revelan algo de este oculto complejo de langosta que ha venido afectando a muchos evangélicos latinos. La mirada ha estado centrada en lo «mucho» que nos queda por hacer aquí, desconociendo por lo general, los objetivos mundiales de la obra de Dios y las necesidades mucho más apremiantes que presentan otros países del orbe.

¿Somos tan pocos?

¿Somos tan pocos como suponemos? ¿Con qué puntos de referencia establecemos nuestras comparaciones?

Volvamos al carcelero de Filipos. Promediando, si un latinoamericano inconverso formulara la misma pregunta que el guardiacárcel de antaño, no tendría más que inquirir hasta tal vez unos siete otros latinos para encontrar por lo menos a uno que le

diese la clara respuesta de cómo llegar al cielo por medio de Cristo. Esa es la proporción aproximada en nuestra América latina: un creyente evangélico por cada siete inconversos. ¿Es esto mucho o poco? ¿Cómo es la situación en otros países?

Veamos, por ejemplo, la situación en España, nuestra madre patria. Allí, si un gallego, catalán o andaluz se preguntara: «¿Qué debo hacer para ser salvo?», tendría que salir a la búsqueda de la verdad y preguntar hasta quinientos otros españoles para recién encontrar a un evangélico que pudiera responderle que Jesús es el único camino.

Ahora bien, si cruzamos hacia el sur el estrecho de Gibraltar llegamos a Marruecos, al norte de África que está justo a las puertas de la propia Europa cristiana. En esa nación, la situación es aún mucho más dramática. Si un árabe o berebere quisiera conocer el camino de la salvación eterna y hallar paz para su atribulado corazón, tendría que emprender una verdadera odisea para localizar al menos a un cristiano. Aparte de que no encontraría en todo su país ninguna iglesia ni librería cristiana en su propio idioma, para hallar a ese creyente que le pudiera hablar del amor de Dios y de la sangre de Cristo que limpia de todo pecado, ¡tendría que buscarlo entre toda una multitud de hasta treinta mil musulmanes!

Las comparaciones son odiosas, pero...

Pensemos por un instante: en Latinoamérica un

evangélico por cada siete inconversos, en España uno por cada quinientos, y en Marruecos uno por cada treinta mil. ¿Somos realmente tan pocos como suponemos en relación a la población que nos rodea?

Contemplemos otro país también tremendamente necesitado del evangelio redentor: la India. Su superficie en kilómetros cuadrados equivale a la de Argentina y Paraguay juntas. Su enorme población de mil cien millones de habitantes es mayor a la que suman las tres Américas, Oceanía y toda Rusia. Sin embargo, para nuestro desconcierto, en la India viven aproximadamente ¡igual cantidad de creyentes que en la Argentina y Chile!

Investigaciones serias que se realizan en todo el mundo señalan que en la actualidad hay por lo menos mil trescientos millones de seres humanos —es decir, como un quinto de la población total del planeta— que viven fuera del alcance directo de cualquier iglesia cristiana o misionero. Y lo que es más, esos millones que yacen aún perdidos en sus delitos y pecados difícilmente llegarán a tener a un cristiano a su alcance, a menos que creyentes de otros países estén dispuestos a dejar su patria y se trasladen para ir a vivir entre ellos y compartir las buenas nuevas.

Al comienzo de la Gran Comisión

El Señor Jesucristo nos mandó hace veinte siglos: «Id y haced discípulos a todas las naciones», «Id

por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura», y «Me seréis testigos [...] hasta lo último de la tierra» (Mateo 28.19; Marcos 16.15; Hechos 1.8). Dejó de una manera clara e inequívoca la gran meta de la evangelización mundial. Esta fue su Gran Comisión para sus discípulos y para la iglesia de todos los tiempos y lugares.

Inicialmente la encomendó a aquellos primeros discípulos, que a la sazón eran pocos en número, pobres en recursos económicos, sin gran trascendencia en cuanto a sus capacidades humanas y académicas, y para más, judíos, una nacionalidad cuyo «pasaporte» no era bien recibido en ninguna parte del vasto Imperio Romano.

Fueron estos primeros y sencillos cristianos, quienes llenos del Espíritu Santo, diseminaron por todas partes el evangelio con pasión y sacrificio. Dios quería demostrar a las generaciones futuras que para llevar adelante su gran empresa de la evangelización mundial se valdría —primordialmente— de su gran poder y maravillosa gracia. «No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos» (Zacarías 4.6). «Mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que lo necio [...], y lo débil [...], y lo vil [...], y lo menospreciado [...], y lo que no es, escogió Dios [...], a fin de que nadie se jacte en su presencia» (1 Corintios 2.26-29).

La voluntad de Dios siempre ha sido que todos

los hombres sean salvos, y vengan al conocimiento de la verdad (1 Timoteo 2.4) ya que Él no quiere «que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento» (2 Pedro 3.9). Su propósito es todo el mundo; su meta, cada criatura. El alcance de la misión no es nada menos que «toda nación, tribu, lengua y pueblo» (Apocalipsis 14.6) posea su propia iglesia autóctona que alabe y glorifique el nombre del trino Dios. Y cuando este evangelio del reino haya sido predicado en todo el mundo, «entonces vendrá el fin» (Mateo 24.14).

Usted responde

¿Podrá quedar la iglesia del Señor en Latinoamérica al margen de esta magna tarea de llevar el evangelio a más de un cuarto de la población mundial que no lo ha oído todavía? ¿Será que únicamente los misioneros que dejan sus patrias para ir al extranjero deben ser blancos, rubios y de los países anglosajones industrializados? ¿Tendrán que convertirse primero todos nuestros vecinos a Cristo y cubrirse todas las vacantes pastorales en nuestras iglesias para que entonces nos sintamos responsables de enviar misioneros a otros países? ¿O suponemos que nuestra deteriorada economía es el verdadero impedimento que obstaculiza a la iglesia latina a proyectarse a nivel mundial en las misiones? ¿Tendrá algún valor ese argumento delante de Aquél que dijo que de Él «es la tierra y su plenitud» (Salmos 24.1)?

Los famosos misioneros del pasado

No hay base bíblica para sostener que antes de enviar misioneros al extranjero debemos terminar la tarea en nuestra propia patria. Si esto fuera así, Hudson Taylor no habría salido hacia la China, ni Guillermo Carey a la India, ni Carlos Studd al África. Obviamente, había mucho por hacer en la Inglaterra de sus días. Pero aquellos grandes varones de Dios fueron a esos países donde sentían que iban a ser más útiles, y salieron desafiando, incluso, la incomprensión de muchos de sus compatriotas.

Los creyentes de hace ochenta o cien años atrás en Estados Unidos, Suecia, Alemania o Escocia creían que la obra de Dios no se circunscribía sólo a sus respectivos países. Por eso, las iglesias de esas latitudes nos hicieron llegar sus primeros misioneros con la preciosa semilla de la Palabra de Dios. Ellos fueron los que con su abnegado trabajo dieron nacimiento a la obra evangélica en nuestra tierra. Difícilmente estaban aquellos hermanos e iglesias mejor preparados para la obra misionera foránea que nosotros hoy en Latinoamérica.

Actualmente contamos con millones de evangélicos en nuestros países, pero ¿cuál habría sido el destino eterno de muchos de nosotros si tales consagrados pioneros de lejanas tierras se hubieran quedado en donde vivían, pensando que allí eran muy necesarios, sin sentirse responsables de ir más allá de sus fronteras nacionales?

Privilegiados espiritualmente

En nuestros países, si alguien busca la eterna salvación tiene libre acceso a varios medios como para ser guiado a un encuentro personal con Cristo a través de la fe en Él. Sin tener que moverse mucho de su lugar, o andar buscando demasiado, casi cualquier latino tiene a su alcance ahora, y más aún en estos momentos sin precedentes de gran apertura y crecimiento de las iglesias, amigos evangélicos, Biblias, audiciones radiales, cruzadas masivas, folletos, etcétera, que con suficiente eficacia podrán conducir sus pasos al encuentro del Salvador. Si se pierde, no es porque no supo o no pudo, sino porque no quiso. La Biblia dice: «El que desobedece al Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él» y «El que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios» (Juan 3.36, 18).

Pero hay millones que viven en Turquía, Afganistán, Mauritania, Mongolia, Japón, Yemen, Libia, Djibuti, Albania, Bangladesh, India, Zanzíbar o en las tribus del Mato Grosso o Colombia, que se están perdiendo las inconmensurables bendiciones del evangelio, no porque no quieran o rehúsen creer, sino simplemente debido a que aún no llegó a ellos la noticia de que Dios hace dos mil años proveyó la medicina para curar sus pecados. El conocido Oswald Smith se preguntaba: «¿Por qué tendrán que escuchar los hombres dos veces el evangelio antes que todos lo hayan oído por primera vez?».

El granero del mundo

Años atrás, mi patria fue considerada como el granero del mundo. Por diversas razones eso pasó a ser historia, aunque las riquezas agrícola-ganaderas de su pródigo suelo siguen siendo las mismas de antes. Si las condiciones sociopolíticas lo permitieran, hoy Argentina podría volver a ser el granero del mundo que fue una vez. De manera similar, las iglesias evangélicas disponen de un incalculable capital en cuanto a número de miembros, cultura general, conocimientos bíblicos, formación eclesiocéntrica, y nivel económico de vida que, de encenderse como debiera la pasión misionera dentro de su seno, nos llevarían a ser uno de los principales graneros espirituales, exportando misioneros a este hambriento y desesperado mundo.

Evangelistas y pastores de mi país son reclamados y bien recibidos a lo largo y ancho de toda América. Algunos de ellos, que fueron a servir al Señor en el extranjero, desarrollan un ministerio exitoso y de gran repercusión. Pero hasta el presente, por lo visto, gran parte de ellos ha salido a título personal sin que el pueblo de Dios estuviera detrás enviando y sosteniéndoles como corresponde.

Esto debería cambiar. Necesitamos desarrollar en nuestras congregaciones locales una fuerte toma de conciencia misionera que posibilite a los hombres y mujeres escogidos de Dios, el salir hasta lo último de la tierra y ser sostenidos dignamente mediante nuestras oraciones, interés y dinero.

Es verdad que aquí en casa estamos lejos de haber terminado todo lo que nos queda por hacer, y deberemos continuar evangelizando, plantando iglesias y fortaleciendo a los creyentes, pero, las muchas puertas que se nos abren, lo avanzado de la hora en que vivimos, y el claro mandato de nuestro Señor Jesucristo, nos imponen la ineludible responsabilidad de participar simultáneamente en la evangelización mundial... ¡también a nosotros los latinos!

Una nueva generación ha nacido

Nuestra mirada vuelve otra vez a Israel. Ya han pasado cuarenta años. Una nueva generación se ha formado mientras tanto en el desierto. No ha aumentado sustancialmente, ni en número, ni en habilidades militares, ni en pertrechos bélicos; pero esa nueva generación de israelitas —ahora sí, confiados en el poder de Dios y dispuestos a obedecer—, se lanza a la conquista de la tierra prometida y lo logra. Es que por fin, Israel ha logrado despojarse de aquel complejo de langosta que tanto tiempo le paralizó e incapacitó para avanzar hacia la meta.

El nuevo pueblo de Dios, los creyentes latinoamericanos, ¿estarán hoy libres de aquel complejo de langosta y podrán en la presente generación lanzarse más allá de las fronteras nacionales y hacer un aporte decisivo a la evangelización mundial?

Estimado lector; ¿cuál será su parte en el cumplimiento de la Gran Comisión?

CAPÍTULO 2

El veneno del universalismo

SI LOS CAMPOS vírgenes del mundo habrán de ser alguna vez priorizados por nuestras iglesias de Latinoamérica, entonces se tendrá que remover previamente esta antigua herejía que aún prevalece en diversos círculos evangélicos. El universalismo es una doctrina antigua y moderna a la vez, que con algunas variantes enseña, en esencia, que finalmente todos los seres humanos serán salvos.

El tema que proponemos abordar no es ni novedoso ni fácil en su tratamiento, pero estimamos que su debida consideración es de vital importancia cuando estamos procurando definir con claridad la misión y las prioridades de la iglesia en América latina. No entraremos en tema sobre la existencia del infierno. Lo damos por sentado. Tampoco tratare-

mos el destino de los que murieron antes de Cristo, o de los niños, o de los débiles mentales. Eso merece consideración aparte.

Las dos preguntas básicas que nos ocupan son: primero, ¿cuál es el destino eterno de los que nunca oyeron el evangelio?; y segundo, ¿en qué medida incide la respuesta a esta pregunta en la misionología de la iglesia?

Los bien o mal llamados «paganos» —y no entramos en definiciones semánticas— que por millones se encuentran viviendo hoy bajo las religiones del hinduismo, budismo, islamismo (que por cierto es monoteísta), así como las incontables tribus aborígenes, o las multitudes que viven en países ateos, todos ellos, que nunca han oído las buenas nuevas de Jesucristo, ¿se salvarán o se perderán eternamente? ¿Que pasará con sus almas luego de morir? Demás está decir que, por lo general, tanto el púlpito como la página impresa en Latinoamérica guardan un cuestionable silencio acerca de este tema. Rara vez se escucha a algún pastor evangélico predicar sobre el destino eterno de los no alcanzados. No debiera sorprendernos, entonces, el escaso aporte que ha hecho la iglesia hispanohablante a la causa de las misiones mundiales.

Antes de entrar en la consideración del tema, digamos que lo hacemos desde una convicción evangélica que cree en la autoridad e infalibilidad de los sesenta y seis libros inspirados de la Biblia, y que se somete a ella. Por lo tanto, sabemos que lo que la

Palabra de Dios nos revela no habrá necesariamente de encuadrar siempre en lo que nuestra mente humana y finita pueda entender o aceptar, o en lo que nuestros sentimientos quieran interpretar.

El universalismo declarado

Hay quienes se confiesan abiertamente como universalistas. Podemos encontrar fácilmente este punto de vista en el pensamiento del pueblo católico de nuestro continente. Por un lado acepta tradicional y teóricamente que la Iglesia Católica Apostólica Romana es la única y verdadera, pero sin embargo, sostienen que los adherentes a otras religiones poseen su cuota de verdad, y que por lo tanto, habrán de tener igualmente posibilidades de ir al cielo. Algunos ecumenistas, tan propensos al diálogo de acercamiento con las otras religiones no cristianas, ven en el budismo, el hinduismo, etcétera, expresiones del sentimiento religioso de los pueblos, que aunque no contengan la verdad en forma tan completa como el cristianismo, serán tenidos finalmente en cuenta por Dios de acuerdo con la luz recibida, y se les dará la salvación.

Teólogos de la liberación han desplazado el énfasis de la salvación personal y eterna a la salvación presente y social. Tomando como base el éxodo de Israel, interpretan que la misión de la iglesia en el Nuevo Testamento y en nuestros días, es la de llevar la liberación a los pobres en una sociedad injusta y opresora, de tal forma que reducen prácticamente el

establecimiento del reino de Dios a la sola esfera de esta vida terrenal y temporal. La relevancia eterna de la cruz de Cristo y de la vida del más allá quedan obviamente cercenadas. Desde esta perspectiva hermenéutica, se nos juzga a nosotros, como evasivos de la angustiante problemática social y económica que vive el mundo, y como especuladores de ultratumba.

El universalismo encubierto

Pero existe otro tipo de universalismo que milita dentro de nuestras filas evangélicas conservadoras en el continente, al que yo llamaría universalismo encubierto, que probablemente es tan dañino y perjudicial para las misiones como el declarado. Hablo de este universalismo encubierto luego de venir observando desde hace años el panorama evangélico en nuestras congregaciones, y lo hago con el debido respeto y aprecio hacia mis hermanos colegas que están sirviendo al Señor con tanto empeño y abnegación. No creo que este tipo de universalismo brote de corazones irreverentes a la autoridad de las Escrituras. De hecho, ni ellos mismos son conscientes de ser inadvertidamente universalistas.

Aunque desafortunadamente no es tan común, todavía podemos escuchar al predicador evangélico decir: «Crea en el Señor Jesucristo y será salvo. Si usted no acepta a Cristo como su Salvador se condenará irremisiblemente en el infierno».

Bien, esa es una sana y bíblica postura que todos

apoyaríamos. Pero si ahora, a ese mismo predicador tan definido y ortodoxo, le preguntáramos qué destino eterno aguarda a los que nunca oyeron el evangelio, muy probablemente nos respondería: «Bueno, sobre este tema es difícil opinar ya que la Biblia no habla con claridad al respecto. En fin, pienso que de alguna manera, la obra de Cristo llegará a alcanzar a aquellos paganos para proveerles de la salvación. Al fin y al cabo, el evangelio nos muestra a un Dios de amor, y Él no va a condenar a sus propias criaturas por el simple hecho de que no hayan tenido la oportunidad de oír el evangelio». La respuesta queda en una vaga nebulosa.

Sin apercibirse, este pastor, de conservador y fundamentalista que es dentro de su propio contexto geográfico, se vuelve universalista cuando se trata de otras regiones del mundo. Al considerar el destino de las almas de aquellos millones de nuestro planeta que viven al margen del alcance de cualquier iglesia local, simplemente por el triste hecho de que no las hay en su medio, la mente demanda una respuesta satisfactoria.

Las falsas alternativas

Las variantes que se ofrecen no son pocas:

- Ellos se salvarán porque Dios los juzgará de acuerdo con su conciencia.
- Dios les dará una oportunidad, sea por sueño, sea por visión, sea por ángel, o sea después de la muerte.

- Dios los juzgará tomando en cuenta su sinceridad y de acuerdo con la respuesta que habrían dado si hubieran tenido la oportunidad de oír.
- El alcance de la obra expiatoria de Cristo es cósmico, y por eso abarcará finalmente, de manera universal, a todos con su amor.
- Dios es soberano absoluto para salvar a quien quiera y donde quiera, sin darnos explicaciones ni necesitar de ninguno de nosotros.
- No debemos meternos a opinar sobre esto, porque no hay sustento bíblico para arribar a ninguna conclusión.

En mayor o menor grado, cada una de estas alternativas responden, antes que a una sana exégesis bíblico-teológica, a presupuestos y condicionamientos racionales, humanistas o sentimentales. Es cierto, y debemos mantenerlo siempre presente en nuestra memoria, que como humanos tendremos un evidente margen de interrogantes no resueltos («Las cosas secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios», Deuteronomio 29.29). Pero creemos que la Biblia arroja luz sobre este tema, quizás no toda la que hubiéramos deseado, pero sí la suficiente como para que nos quedara bien en claro la condición y el destino eterno del hombre, y el tremendo precio que se pagó en el Calvario por él.

Repasando sintéticamente algunos puntos de la clásica teología sistemática podremos formarnos

una mejor apreciación bíblica sobre si los paganos sin Cristo se pierden o no.

Primero, la antropología bíblica

La Biblia nos declara que el hombre cayó en pecado y se pervirtió totalmente. «Por cuanto todos pecaron» y «No hay justo, ni aún uno [...] no hay ni siquiera uno» (Romanos 3.23, 10-12). El pecado domina a la raza humana sin excepción desde Adán. Satanás halla campo fértil para su accionar: «siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire [léase diablo], el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia» (Efesios 2.2). «Lo que los gentiles [paganos, en la Versión Popular] sacrifican, a los demonios lo sacrifican, y no a Dios» (1 Corintios 10.20). El pecado y la actividad demoníaca han bloqueado al hombre para no darle a Dios la verdadera adoración que Él se merece. «Habiendo conocido a Dios [y esto se refiere a los paganos] no le glorificaron como a Dios ni le dieron gracias» (Romanos 1.21).

La creación y la conciencia no les sirvió para acercarse debidamente al Dios eterno e invisible, «de modo que no tienen excusa», y por lo tanto, «la ira de Dios se revela desde el cielo» (Romanos 1.18). La revelación natural a los gentiles no es salvífica sino condenatoria, según Romanos. De los ex paganos de Éfeso que se habían convertido a Cristo, se nos dice: «Estabais muertos en vuestros delitos y pecados en los cuales anduvisteis en otro tiempo

[...] y éramos por naturaleza hijos de la ira, lo mismo que los demás» (Efesios 2.1-3). Esta es la real situación en que se encuentran hoy día los innumerables pueblos de otras religiones y que no conocen todavía a nuestro glorioso Señor y Salvador Jesucristo.

Segundo, la escatología individual

Este desolador panorama se ve aún más agravado si lo analizamos desde el punto de vista de la escatología individual. El «por cuanto todos pecaron» continúa diciéndonos que todos «están destituidos de la gloria de Dios» (Romanos 3.23). Si por gloria de Dios entendemos el cielo, paraíso o salvación eterna, entonces este texto de la Palabra divina nos solemniza que ninguna persona puede ser salva como consecuencia de su pecado. Y si no alcanza la salvación, no le cabe otra opción que la perdición en el infierno. Cielo o infierno. Salvación o perdición. La Biblia no nos ofrece una tercera alternativa. Así que esto incluye lo temporal como lo eterno. Nuestro Señor Jesús habló más del infierno que del cielo. Y por algún propósito lo habrá hecho. El infierno será un lugar justo y merecido para todos los pecadores. Será horrible y de sufrimientos eternos para los perdidos. Una sana y objetiva exégesis de los pasajes referidos a esto, no nos permite minimizar para nada la gravedad y seriedad de la condenación eterna. Este lugar está destinado a los que son pecadores aún cuando no hayan oído el evangelio, así como

—y cuánto más— los que habiéndolo escuchado lo rechazaron.

Alguien preguntó:

—¿Qué debo hacer para merecer el infierno?

—Nada —fue la respuesta—, con quedarse así como está, si no nace de nuevo, se va al infierno.

La contestación estaba en lo cierto. Para ir al infierno no hace falta hacer nada en especial. Ya por naturaleza somos hijos de ira.

La ignorancia de la voluntad de Dios no nos exime del castigo. «El que sin conocerlo hizo cosas dignas de azotes, será azotado». No obstante, entendemos que el castigo será proporcional a la luz recibida, porque: «aquel que conociendo [...] no se preparó, ni hizo conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes. Más el que sin conocerla [...] será azotado poco» (Lucas 12.47-48).

Tercero, la soteriología

Ya hemos repasado que el pecado ha marcado con letras indelebles la sentencia de muerte de todos los hombres. Pero ahora, al entrar por un instante en la soteriología, veremos que la luz del plan eterno y salvífico de Dios comienza a alumbrar a la humanidad. Efectivamente, Dios planeó y llevó a cabo la salvación mediante el sacrificio expiatorio de su Hijo en la cruz del Calvario. Cristo «vino a buscar y a salvar lo que se había perdido». (Lucas 19.10). Por eso dice el tan conocido texto de Juan 3.16: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su

Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda». El hombre ya está en peligro de perdición eterna, y precisamente por causa de esta sentencia de perdición y movido por su amor eterno, Dios irrumpe en el espacio y el tiempo enviando al Hijo en propiciación por el pecado.

«Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros» (Romanos 5.8). ¡Tremenda y bendita verdad de un Dios infinitamente amoroso! No había otra alternativa para salvar al hombre y por eso tuvo Él que ser «obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Filipenses 2.8). De hecho, los hombres no se pueden salvar haciendo buenas obras; admitir esto sería legalismo. Tampoco se pueden salvar obedeciendo a su conciencia, porque la misma está manchada por el pecado. El ser humano es totalmente incapaz de autorredimirse, y de allí se desprende la imperiosa necesidad de la venida del Hijo de Dios a este mundo.

Siendo consecuentes con textos muy conocidos

Si no hubiera sido absolutamente imprescindible ante la justicia y santidad de Dios el sacrificio del Calvario para salvar a los pecadores malvados y perdidos, ¿habría Él mandado a sufrir a su amado Hijo los horrores de la muerte? Si los hombres, en cualquier parte del mundo, aún cuando no hayan oído, se pueden salvar de alguna manera sin tener la im-

periosa necesidad del perdón mediante la sangre de Cristo, ¿para qué, entonces, tan horrendo sacrificio? «Si por la ley fuese la justicia, entonces por demás murió Cristo» (Gálatas 2.21).

Si los animistas en las selvas, o los hinduistas en el Ganges, son pobres inocentes que nunca escucharon las buenas nuevas, y por eso se podrán salvar, ¿hasta qué punto estamos dispuestos a darle crédito a la aseveración del Señor a Nicodemo: «De cierto, de cierto te digo [solemne e inmutable verdad], que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios»? (Juan 3.3). Y si no podrá ver el reino de Dios es porque no puede entrar. Y si no puede entrar, tendrá que ir a otra parte, y esta no es más que la condenación del infierno. Entonces, los hombres están perdidos, a menos que experimenten en sus vidas el milagro del nuevo nacimiento, que es operado mediante el poder de la Palabra y del Espíritu.

Si Buda, Mahoma o Confucio han podido guiar siquiera un alma al cielo alguna vez, ¿cómo interpretamos: «Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos»? (Hechos 4.12). ¿Y qué del categórico: «Nadie viene al Padre, sino por mí»? (Juan 14.6). Sí, toda la clara enseñanza del Nuevo Testamento muestra que Cristo es el único camino, y que no hay otro.

¿Se pierden por no haber oído?

Quizás, el punto culminante de la discusión, es el de

la justicia de Dios. ¿Cómo puede un Dios justo y amoroso condenar a sus criaturas por el simple hecho de que no hayan tenido la oportunidad de escuchar el evangelio? Quede en claro que partimos de la absoluta justicia de Dios: «El Dios de toda la tierra ¿no ha de hacer lo que es justo?» (Génesis 18.25). La perdición, bíblicamente hablando, no es imputable por no haber oído, sino por culpa de la pecaminosidad. Si bien esto es así, no podemos ignorar, que también hasta cierto punto, esa perdición se da por no haber tenido acceso a la única fuente de salvación: el evangelio.

Un ejemplo para ilustrar lo que estamos queriendo decir: un automovilista irresponsable atropella en la calle a un niño, y en vez de detenerse para prestarle el debido auxilio, emprende la fuga (caso no infrecuente en algunas de nuestras urbes). Otro automovilista que viene detrás, ve lo sucedido, y tampoco se detiene para socorrerlo. El infeliz niño, abandonado sobre el pavimento y a causa de las heridas recibidas, fallece al cabo de unos cuantos minutos. ¿Por qué murió? ¿Quién fue el culpable? Murió por causa del que lo atropelló, pero estando aún con vida, tal vez se podría haber salvado, si quien venía atrás le hubiera prestado auxilio y llevado a un hospital. El primero fue el culpable, pero el segundo no escapa a su responsabilidad no asumida. Aunque «inocente», el niño muere igual.

Los no alcanzados están heridos de muerte, y si se pierden es por culpa de sus pecados. Pero por

otro lado, ¿cuántos de ellos podrían haber llegado a salvarse si a tiempo hubieran conocido al Médico celestial que traía salud para sus almas moribundas?

La instrumentalidad humana

Y aquí entramos en la gran responsabilidad que recae sobre la iglesia, de dar a conocer al Salvador a todas las naciones. Como ya se dijo, algunos universalistas encubiertos, reconocen que el único camino de salvación es Cristo, y que los paganos, merced a la obra de Cristo tendrán oportunidad de salvación, aunque no hayan sido alcanzados con el evangelio.

De qué manera, no saben precisarlo. Pero la lógica novotestamentaria señala que para que la salvación en Cristo sea efectiva, debe ser conocida y aceptada. No actúa misteriosamente. Necesita de la instrumentalidad humana porque «agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación» (1 Corintios 1.21).

La única manera de alcanzar salvación, según este conocido pasaje paulino, se da recién como fruto de la predicación previa. No estamos autorizados a conjeturar que los pueblos paganos reciban salvación, antes que el evangelio les haya sido anunciado a través de mensajeros humanos (léase también radio, literatura, etcétera). Presuponer que el no alcanzado puede recibir salvación fuera de la mediación e instrumentalidad humana, no sólo escapa a la enseñanza del Nuevo Testamento, sino que

entra en el terreno de la mera especulación racional y filosófica.

De esta manera, asume su capital importancia la Gran Comisión que nos fuera encargada: «Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo, mas el que no creyere será condenado» (Marcos 16.15-16).

Algunos, irreflexivamente, argumentan que los hombres se pierden recién cuando habiendo oído, rechazan el mensaje. Según este razonamiento, sería entonces preferible dejar a los paganos en la oscuridad de su ignorancia, que ponerlos frente a la alternativa de tener que rechazar a Cristo y condenarse. Si los pueblos no alcanzados pueden llegar a ser salvos de alguna manera para nosotros desconocida, pues, ¡es mejor que no les enviemos misioneros que les hablen del amor de Dios, porque entonces, si no creen se harán condenables! ¡Qué conclusión más absurda!

La gravedad del universalismo

En síntesis, podemos decir que el universalismo sostiene, por un lado, que finalmente todos serán salvos. Y por otra parte, ofrece la esperanza de que Dios dará a todos la oportunidad de ser salvos, aun cuando no se les haya predicado directamente el evangelio.

Merecería la pena hacer un estudio detallado del origen y los efectos del universalismo en nuestras

iglesias y seminarios. Las causas obedecen a varios factores. Algunos evidencian una influencia humanista que minimiza la gravedad del pecado ante Dios y la terrible sombra en que vive el paganismo. Otros, por una lectura superficial de la Biblia y un afán inconsciente quieren defender a Dios y dejar bien resguardado su honor, justicia y amor. De todas maneras, cualquiera sea la interpretación humanista, filosófica, antropológica, etcétera, que el universalismo tenga como entorno, logra tranquilizar y adormecer la mente y la conciencia de los cristianos frente al clamor de multitudes de almas que perecen sin Cristo.

Es imposible seguir las premisas falsas del universalismo, sin debilitar mortalmente las doctrinas bíblicas de la absoluta justicia y santidad de Dios, la gravedad del pecado humano y la imperiosa y singular necesidad de la expiación de Cristo en la cruz.

Hasta donde me ha sido posible observar, he comprobado que el universalismo ha influido a lo largo de la historia de la iglesia para frenar o postergar su ímpetu misionero. Los recursos humanos y económicos, bajo esta influencia, han sido desviados a otras áreas secundarias del ministerio eclesiástico. Esta herejía ha logrado hacernos creer que la tarea educativa o social de la iglesia ¡tengan el mismo rango u ocupen la misma prioridad que las misiones pioneras a los pueblos vírgenes! El mandato claro e inequívoco de predicar y hacer discípu-

los a todas las naciones ha dejado de aguijonear a la iglesia con la fuerza que reclamaba.

La convicción de los misioneros pioneros

Analizando las convicciones de los grandes pioneros que abrieron surco para el evangelio en África, Asia, o las islas dispersas por los mares, todos ellos fueron hombres y mujeres que estuvieron profundamente conmovidos por la perdición eterna de los no alcanzados. Por eso, movidos de un angustiante dolor por su suerte espiritual, se lanzaron a las misiones con decisión y arrojo, no importándoles dificultades, peligros ni enfermedades.

Al célebre Hudson Taylor le preguntaron en cierta ocasión:

—¿Usted cree que los paganos en la China están perdidos sin Cristo?

A lo que el veterano de las misiones del siglo pasado respondió:

—Y usted, ¿por qué cree que yo dejé mi patria?

Años atrás le pregunté al ingeniero Pablo Carrillo, pionero latinoamericano, fundador y primer presidente de la misión PM Internacional (Pueblos Musulmanes) cuál creía él que sería el destino eterno de los seguidores de Mahoma. Me contestó: «Yo creo que toda la enseñanza del Nuevo Testamento declara que solamente hay una manera de salvarse, y es a través de Jesucristo. Esto quiere decir, que cualquier persona que no tiene a Cristo, está bajo condenación. En esta condición se hallan los musul-

manes, condenados a vivir una eternidad así, sin esperanza y sin salvación, a menos que les presentemos de una manera clara y convincente el evangelio y que lo acepten en sus corazones».

Fuerza motivadora de las misiones

No dudamos que hay varias fuerzas motivadoras para las misiones, y entre ellas podríamos citar la gloria de Dios, la obediencia a la Gran Comisión, la necesidad de la gente, etcétera; pero estimamos que la fuerza del pensamiento de que los no alcanzados se perderán eternamente si no llegan a conocer a Cristo, provoca una de las mayores motivaciones para la movilización de los cristianos a los campos vírgenes.

El propio apóstol Pablo seguramente sentía esto cuando expresaba sus conocidos «¡ay de mí!» y «soy deudor» (1 Corintios 9.16; Romanos 1.15), motivándole a su ministerio «en lugares más allá» y «no donde Cristo ya hubiera sido nombrado» (2 Corintios 10.16; Romanos 15.20). En América latina y la Península Ibérica nos queda mucho por hacer. No descuidemos lo que tenemos aquí entre manos y donde estamos sirviendo al Señor, pero tampoco olvidemos a aquellos millares que no han tenido el privilegio que nosotros hemos tenido en nuestras tierras. Tengamos continuamente presente en nuestras oraciones y en nuestra mente, como lo hiciera antaño el apóstol a los gentiles, los campos no alcanzados de este mundo.

Quien más, quien menos, y relativamente cerca, en nuestros países, casi todos tienen acceso a la Palabra de Dios. Si alguien pregunta como el carcelero de Filipos: «¿Qué debo hacer para ser salvo?», pronto encontrará la respuesta. Mediante un amigo o familiar, en una iglesia o programa radial, o leyendo la Biblia, sabrá inmediatamente que la respuesta divina es: «Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo» (Hechos 16.30-31). La necesaria información evangélica está a su alcance.

Pero traslademonos mentalmente a aquellas regiones del mundo, donde existen alrededor de mil trescientos millones de seres humanos que viven privados del conocimiento salvífico que usted y yo poseemos aquí. En su medio ambiente natural no tienen iglesia cristiana cerca, no disponen de Biblias, y no hay cristianos conocidos a quienes recurrir. Si llegara alguno de esos musulmanes, budistas, hinduistas, animistas, o como se llamen, a preguntarse: «¿Qué debo hacer para ser salvo?», ¿a dónde recurriría en búsqueda de una respuesta? ¿A un santón, a un gurú, a un imán, a un brujo? ¿Alguno de ellos podría, acaso, darle la verdadera respuesta?

Conclusión

No pretendemos haber resuelto todos los interrogantes que tan delicado tema ofrece, ni queremos caer en la presunción de decirle a Dios lo que tiene que hacer. Pero hemos podido ver que las premisas

del universalismo no tienen asidero bíblico valedero. Por el contrario, la más simple y objetiva interpretación de la Biblia nos muestra, de buenas a primeras, que el hombre está perdido y pende sobre él una condena de muerte eterna en el infierno, haya escuchado el evangelio o no. La única manera de ser salvo y llegar al cielo es a través de Cristo, y este regalo de la vida eterna se recibe por la gracia del nuevo nacimiento. Para que pueda ser efectivo, debe darse a conocer. Por esto se nos mandó ir por todo el mundo.

Tomando en cuenta que más de un quinto de la población mundial aún no ha llegado a escuchar las buenas nuevas, el planteamiento del Dr. Oswald Smith cobra especial significancia en la definición y objetivos de la misionología de la iglesia: «¿Por qué tendrá que haber personas que escucharon el evangelio dos veces, antes que todos lo hayan oído por primera vez?»

La urgencia que nos impone la conmovedora realidad de que hay millones por perderse eternamente, siendo que muchos de ellos podrían llegar a ser salvos, y el infinito amor de Dios que nos constriñe, brindan una valiosísima fuente para la oración y la acción misionera. Sin desmerecer ni desestimar las otras funciones de la iglesia, ni caer en los excesos de una metodología que «sólo salva las almas», las misiones mundiales habrán de ocupar un lugar preponderante y privilegiado en la estrategia y planificación de la iglesia latinoamericana. Nuestra región

ha sido favorecida por el Cielo al tener —actualmente— el mayor crecimiento de la obra evangélica en el mundo. Y esto, ciertísimamente, no es sin propósito en los planes omniscientes de Dios. ¡Nos brinda la oportunidad y nos asigna la obligación de hacer todo lo que esté de nuestra parte para que Jesucristo sea conocido hasta lo último de la tierra antes que Él vuelva!

Permitamos, como pastores y líderes de la grey del Señor en la América latina, ¡que nuestro pueblo participe, pues, del reto emocionante de las misiones mundiales!

CAPÍTULO 3

Un gigante despierta

«ESTOY ORANDO PARA que el gigante despierte». Tal era la frase que me escribiera en 1970, desde Europa, mi buen amigo Greg Livingstone, fundador y primer presidente de la misión Fronteras. ¿Que el gigante despierte? ¿Cuál gigante? La frase continuaba así: «¡Que el gigante de la iglesia evangélica en Latinoamérica despierte para la evangelización mundial!». Yo tenía en ese entonces veintidós años, y estaba cursando el primer año en el Instituto Bíblico Buenos Aires. La expresión quedó grabada en mi mente (nunca había oído algo semejante) y, honestamente, no logré comprender entonces el alcance de lo que mi amigo me estaba queriendo decir.

Pasaron los años: los cuatro de estudio hasta mi graduación, más unos doce de pastorado en la Igle-

sia Evangélica Bautista Nordeste, de la ciudad de Santa Fe, y entre medio, viajes dentro y fuera del país por causa del ministerio. Pude recorrer parte de nuestro continente y cruzar a otros también. Durante todo este tiempo he estado siguiendo de cerca el desarrollo misionero de nuestra Latinoamérica, y ahora puedo decir: sí, las oraciones de mi amigo Greg han sido respondidas. Rectifico: están siendo respondidas. El gigante está despertando, ¡y pronto podrá hacer tambalear al resto del mundo!

Algunos precursores

No hay duda que la visión y la participación misionera de América latina no es ni reciente ni novedosa para quienes conocen algo del tema. Valerosos hombres y mujeres de Dios nos precedieron, dejando en nuestra historia marcas indelebles por causa de su abnegación, entrega y consagración.

Sin embargo, rastreando factores que contribuyeron en épocas recientes a un marcado avance misionero, hay algunos cuya incidencia no quisiera dejar de mencionar. Sólo haré referencia a dos o tres de mi conocimiento personal, sabiendo obviamente que no son los únicos.

Uno de ellos fue el barco *Doulos* con sus tres circunvalaciones alrededor del continente (por el Atlántico y por el Pacífico) durante los años 1979 a 1983. Con su heterogénea tripulación internacional a bordo, muchos latinos tuvieron la primera oportunidad en su vida de conversar con otros creyentes

de África o Asia, y sentir bien de cerca el desafío misionero de aquellas regiones del mundo. El llamado misionero mundial que se oía puerto tras puerto en el salón auditorio del *Doulos* dejó una huella indeleble en miles de creyentes. La visión había comenzado a ser implantada por estos abnegados pioneros.

En segundo término, conviene señalar que han habido también otros hermanos de nuestras tierras que con igual celo y pasión presentaron el llamado de los campos no alcanzados. Recuerdo a un joven uruguayo, Antonio Peralta (seudónimo por razones de seguridad, actualmente sirviendo como misionero en un país del norte de África), quien en 1983 recorrió por tierra de norte a sur las tres Américas, pasando país por país para compartir en las iglesias el reto islámico de los pueblos árabes norteafricanos. Incluso volvió a repetir su extenso periplo en 1985 luego de haber pasado dos años preparándose en El Cairo, Egipto, para el campo misionero.

En tercer lugar, es indudable que el Primer Congreso Misionero Iberoamericano COMIBAM 87 —proceso y evento— quedará marcado como un hito en la historia de los evangélicos de América latina. Unas tres mil personas se dieron cita en San Pablo, Brasil, en noviembre de 1987 para asistir a este congreso. Ralph Winter, conocido misionólogo y escritor, comentó que ideológicamente y por sus implicancias estratégicas, aquel acontecimiento era uno de los de mayor trascendencia del siglo. ¿Una mera apreciación entusiasta del momento? En su

discurso de apertura, Luis Bush, primer presidente de COMIBAM Internacional, expresó: «Hasta 1987 América latina fue considerada campo misionero. A partir de ahora, se declara fuerza misionera». Los efectos de este encuentro continental se continuaron observando en numerosos países: congresos, retiros, agencias misioneras que están naciendo, latinos que van hacia otras culturas, etcétera.

El potencial latino

Con más de quinientos millones de habitantes, nuestra región es una de las grandes del Tercer Mundo, o como algunos suelen denominarlo, el mundo de los Dos Tercios (en clara alusión a la magnitud de su población). Las iglesias evangélicas se han multiplicado por miles en los últimos cincuenta años, llegando a conformar al presente un pueblo de más de sesenta millones de comulgantes. En algunos de nuestros países, los evangélicos crecen de dos a tres veces más rápidamente que la población. Guatemala, con doce millones, tiene un cuarto de su población evangélica; Chile, casi un quinto; y Brasil no se queda muy atrás con su doce por ciento (una comunidad evangélica de más de veinte millones). Este último posee el segundo cuerpo evangélico más grande del mundo y su denominación de las Asambleas de Dios es la más grande del mundo con seis millones de miembros.

Este fenomenal crecimiento —que como sabemos no deja de intranquilizar a la curia romana—

representa un tremendo potencial de recursos humanos para la Gran Comisión. Por citar un solo país, Argentina, con aproximadamente tres millones de creyentes entre sus treinta y siete millones de habitantes, cuenta con el doble de evangélicos que el conjunto de los que viven en España, Portugal, Francia, Bélgica, Luxemburgo, Austria, Italia, Yugoslavia, Albania y Grecia, cuyos habitantes suman doscientos veinte millones.

Ahora bien, ¿qué nos dicen estos datos en cuanto al potencial de recursos humanos para los campos aún no alcanzados del mundo? ¿En qué medida están nuestras iglesias involucradas en el envío de misioneros al extranjero y en su sostenimiento? Por cada misionero que sale, ¿cuántos miembros se quedan para apoyarlo económicamente? La relación misionero enviado por número de miembros que lo sostienen puede variar considerablemente de lugar en lugar y de denominación en denominación. Veamos algunos ejemplos.

En los Estados Unidos la relación es de uno entre 847; es decir que por cada misionero al extranjero hay ochocientos cuarenta y siete miembros que teóricamente lo sostienen. En otras palabras, se necesitan casi mil creyentes para mantener a un misionero. En Europa, Suecia envía un misionero por cada ciento treinta y siete miembros, siendo este el más alto índice de dicho continente. Dentro del Tercer Mundo nos encontramos con algunas sorpresas: Singapur ostenta el más alto índice, con

una relación de uno entre 148, seguido del Japón con uno entre 587. Comparativamente, si América latina, con sus sesenta millones de evangélicos, mantuviera una proporción similar a la que se da en Singapur, entonces tendríamos cuatrocientos mil misioneros, de los cuales casi la mitad serían de un solo país: Brasil!

Las misiones asiáticas

No dejo de preguntarme sin cierta perplejidad, por qué los creyentes asiáticos, siendo tan pocos en relación con la población, y con una sociedad que ni nominal ni efectivamente es cristiana (sino todo por el contrario, más bien budista, hinduista, confucianista, pagana, atea o cualquier otra cosa), han podido involucrarse en un alcance mundial ya desde hace años. Uno podría razonar: «Tienen tanto por hacer en sus propios países, hay tan escaso número de iglesias y creyentes; pues, que trabajen en su propia casa, evangelicen, planten iglesias, aumenten el porcentaje de cristianos... ¡y luego piensen en el extranjero!».

Pero no ha sido así el planteamiento de ellos. La Asociación de Misiones Asiáticas (AMA), que agrupa a agencias misioneras transculturales, tuvo sus orígenes en 1973. ¿Cómo pudieron ellos pensar en ir al extranjero a evangelizar si tenían tanto terreno por conquistar dentro de sus propios países?

Japón ha enviado más de doscientos misioneros al extranjero; Indonesia, más de ciento veinte; Co-

rea del Sur, más de diez mil a ciento treinta y ocho países. ¿Será porque son países con una moneda fuerte? En el caso de algunos sí, pero no lo es en tantos otros. Creo que la verdadera dinámica misionera pasa por otro concepto, que tal vez ellos supieron captar antes que nosotros: para salir al extranjero no se debe esperar hasta acabar primero la tarea en tierra propia. Las misiones mundiales deben estar presentes desde un principio, en simultaneidad con las misiones domésticas.

El desafío islámico

Es sorprendente cómo el mundo islámico en general, y el árabe en particular, concitan la atención en el ambiente evangélico latino. Si hay un pueblo que podría ser idóneo para comunicarse con relativa facilidad con los ciento sesenta millones de árabes, ese pueblo es el nuestro: ¡los latinos! Se produce una identificación entre lo latino y lo árabe (mayor que con otras culturas, como la anglosajona, la asiática, la negroafricana, etcétera), y esto se puede explicar por algunas razones:

1. *Históricas*. España, conquistadora de América hispana, permaneció durante casi ocho siglos bajo dominio moro, hasta 1492.

2. *Lingüísticas*. El castellano tiene entre cuatro a seis mil palabras de origen árabe.

3. *Sociopolíticas*. Pertenecemos a un común Tercer Mundo, no identificado con los grandes siste-

mas colonialistas de Europa, Estados Unidos o el bloque comunista ateo.

4. *Fisonómicas*. El color de la piel y los rasgos faciales de latinos y árabes suelen ser muy similares.

5. *Culturales*. La hospitalidad, la impuntualidad (¿por qué negarlo?), la valoración de la familia, una modalidad de vida centrada más en las relaciones interpersonales que en el rendimiento.

Si la iglesia latina se levanta, podrá constituirse en uno de los mayores semilleros de recursos humanos para evangelizar efectivamente a los musulmanes. Pero, ¡cuidado!: no lleguemos apresurados a falsas conclusiones. También las distancias a franquear pueden llegar a ser abismales. El latino que vaya a servir al Señor a un país musulmán deberá estar suficientemente preparado para saber soportar el natural choque transcultural, los cambios en el idioma, la alimentación y las costumbres, el ostracismo, la falta de respuesta a sus esfuerzos evangelizadores, la oposición, etcétera. La misión al islam no es soplar y hacer botella. Acostumbrado en nuestras tierras a obtener resultados con relativa facilidad, costará muchísimo aceptar que entre los árabes se obtengan tan escasos frutos luego de arduos años de testimonio.

La clave es el pastor

Ocupados en atender la grey, los pastores solemos perder fácilmente la visión del resto del mundo. Mirando el árbol, dejamos de ver el bosque. Tenemos

miedo de que, si enviamos dinero afuera, no vamos a cubrir el presupuesto local. O tememos que si predicamos sobre las misiones, más de un fiel y abnegado colaborador se nos vaya de nuestro lado. Son razonamientos puramente humanos. El precepto escritural, sin embargo, al que haremos bien en atenernos, es este: «Dad, y se os dará» (Lucas 6.38). Las misiones son un poderoso motor para la iglesia: impulsan la vida de oración, la santidad, el evangelismo, las finanzas, la educación, la extensión, el discipulado, etcétera. Las misiones no compiten para nada con la labor local, todo por el contrario: la dinamizan y le dan la correcta perspectiva dentro del marco global con que Dios mira a todo el mundo.

El pastor que capta la visión misionera mundial (desafortunadamente, hasta hace poco, eran escasísimos los seminarios que supieran inculcarla en sus estudiantes) no tendrá de qué arrepentirse si logra infundirla en el seno de su congregación. Si el siervo de Dios es de espíritu misionero, su iglesia también lo será. No conozco iglesia misionera que no tenga al frente un pastor con pasión misionera. Tal el pastor, tal la iglesia. Como en tantas otras facetas de nuestro ministerio pastoral, la clave del éxito la tenemos nosotros los pastores, y las misiones no son ninguna excepción a esta regla.

La Conferencia Misionera Anual

No es menester abundar sobre la importancia que le

asignamos a la iglesia local como la clave para la extensión del reino de Dios, y no conozco mejor manera de involucrarla efectivamente en las misiones mundiales, que dándole la oportunidad de celebrar, en la fecha más apropiada, su Conferencia Misionera Anual. Los pastores organizamos habitualmente campañas evangelísticas, cursos de mayordomía, seminarios para la familia, etcétera. Pero, ¿qué hacemos para motivar a las misiones y despertar vocaciones en la juventud? La Conferencia Misionera Anual es la mejor respuesta.

El pastor Milton Pope me dijo en cierta ocasión: «Usted tiene lo que predica: predique la santidad y tendrá santidad; predique los diezmos, y tendrá los diezmos; predique las misiones, y tendrá una iglesia misionera». El efecto de la prédica convincente no se deja esperar. Al abordar desde el púlpito el tema de las misiones en forma sostenida y sistemática, se le está brindando el lugar de preeminencia que la Biblia misma le asigna.

La conferencia debe durar unos tres o cuatro días a lo sumo, no menos. Dicen que «una golondrina no hace verano». Las verdades de Dios deben ser expuestas con claridad y eso toma su tiempo. Cuélguense mapas, afiches y carteles con textos misioneros, hágase la publicidad pertinente, invítese a un buen orador que sienta ardor por las misiones y convóquese a toda la membresía: niños, jóvenes, adultos y ancianos, incluyendo a los «nuevos». Quédese tranquilo, los recién convertidos cap-

tarán el mensaje y se comprometerán con las misiones más plenamente que nuestros «viejos» creyentes. Tampoco debe sorprendernos que, si invitamos a inconversos, éstos lleguen a ser fuertemente impactados por la Palabra de Dios, al notar con cuánta seriedad nos preocupamos por la salvación eterna de las almas. Sí, la Conferencia Misionera Anual es ¡para toda la iglesia!

Dinero para las misiones

¿Cómo recaudarlo? Un sistema que ha dado sorprendentes resultados en iglesias que lo aplican consiste en la Promesa de Fe. El último día de la conferencia se entrega a todos los que lo soliciten, una tarjeta denominada Promesa de Fe. Cada cual (niños como adultos), luego de haber escuchado el desafío de alcanzar al mundo perdido, y habiendo orado al Señor, promete ofrendar mensualmente cierta cantidad de dinero para el programa misionero de su iglesia, al margen de sus diezmos y otras contribuciones habituales, y escribe la suma en dicha tarjeta.

El sistema es bueno. Ha tenido éxito tanto en ambientes anglosajones del Atlántico norte, como en nuestro propio medio latinoamericano. Se logran recaudar así importantes sumas de dinero —que es el cuello de botella y el miedo de más de un colega— para la causa de las misiones. Aunque originalmente el método data del siglo pasado, ya que lo usó A. B. Simpson (fundador de la Alianza Cristiana y Mi-

sionera), no son muchos aún los pastores que lo emplean, y todavía más doloroso, algunos si lo usan lo aplican para la recaudación de fondos para otros fines (edificación, compra de instrumentos musicales, etcétera) y no para las misiones.

¿Despierta el gigante?

Dependerá, fundamentalmente, de nosotros los pastores. Tal el pastor, tal la iglesia. Si hay un pastor con visión misionera, habrá una iglesia misionera.

Jeremías 20.11 dice: «Jehová está conmigo como poderoso gigante». En realidad, más que sentirnos nosotros como gigantes, debemos estar conscientes de que el gigante es Aquél que está a nuestro lado para ayudarnos a librar las batallas de Jehová Dios.

Vislumbro un horizonte, no muy lejano, en el que esparcidas a lo largo y a lo ancho de nuestra amada Latinoamérica, florecerán numerosas congregaciones y organizaciones misioneras, centros de capacitación y de investigación que localicen los campos blancos y apunten estrategias. Sí, nuestra América, unida al concierto internacional, haciendo su contribución generosa y sacrificial con miles de sus mejores hombres y mujeres apresurando la evangelización mundial!

CAPÍTULO 4

La urgencia de la predicación

TODO AVIVAMIENTO o movimiento misionero a lo largo de la historia de la iglesia se caracterizó —al margen de otras modalidades que lo hayan acompañado— por una compulsiva premura por proclamar las buenas nuevas a los perdidos. Procuraremos esbozar algunas de las razones que hay detrás de tal sentido de urgencia.

Dejamos aclarado que por «predicación» entendemos aquí el concepto amplio que incluye no sólo la predicación en el sentido clásico, es decir, la que se imparte desde un púlpito o cuando se hace evangelismo personal, sino también la que se da por cualquier otro medio de comunicación, ya sea mediante el uso del micrófono, la cámara de televisión, la página impresa, etcétera.

La predicación del evangelio es algo que lleva im-

plícita la urgencia. Esta urgencia nos impele a proclamar las buenas nuevas a todas las naciones y está sustentada por varios factores. Resaltaremos tres de ellos: el primero apunta al hombre y su condición, el segundo a la Humanidad y su destino, y el tercero a Dios y su gloria.

La urgencia antropológica

La urgencia de la predicación se resalta por el estado desesperado en que se encuentra sumido el hombre. Su condición presente y futura nos impulsa a predicarle con urgencia el evangelio como único remedio divino de salvación.

La perdición presente

El hombre está perdido a causa de su pecado. Guerras, pobreza, injusticias, pestes, etcétera, son apenas algunas de las manifestaciones de su estado de depravación y perdición, con la cual «inflama la rueda de la creación» (Santiago 3.6).

1. *La explosión demográfica mundial*. Para algunos de nuestros países de Latinoamérica con bajo índice de crecimiento demográfico nos parece lejano el fenomenal incremento poblacional que experimentan otras regiones del orbe. Pero lo cierto es que la población mundial aumenta a razón de casi noventa millones por año, y la iglesia del Señor debiera, por lo menos, mantener un ritmo evangelístico acorde a semejante crecimiento demográfico.

2. *Los pueblos aún no alcanzados*. Se calcula que

todavía no han oído el evangelio unos mil trescientos millones de personas, que conforman cerca de ocho mil grupos etnolingüísticos y sociales distintos. Entre ellos la iglesia aún no ha sido debidamente establecida, y esas regiones deberían constituir el foco de atención de nuestras oraciones y esfuerzos misioneros a largo plazo.

3. *El engaño de las religiones*. Como es obvio, no todo es cristianismo en el mundo. Los cinco bloques religiosos «paganos» más grandes, algunos de ellos en franca expansión proselitista, son: el budista, el hinduista, el musulmán, el chino jan y los grupos tribales o animistas.

Además, avanzan cultos, sectas y movimientos de diversa índole, unos cuantos de aparición reciente, como la Nueva Era que está ganando cada vez más adeptos.

La perdición futura

Pende sobre el hombre una pena de condena a eterna separación de Dios en el infierno. Dios es un Dios santo y justo que no deja impune el pecado. La doctrina de un Dios de amor no debe ocultar jamás —como desafortunadamente suele ocurrir—, la igualmente ciertísima doctrina de la ira de Dios.

1. *La existencia del infierno*. Si bien ningún evangélico conservador negaría la existencia del infierno, este es un tema que ha sido a menudo raleado de muchos púlpitos en las últimas décadas. Pareciera como que los predicadores o no estuvieran tan con-

vencidos de esta tremenda verdad, o que no les gusta que sus oyentes los lleguen a malinterpretar como que quieren amedrentarlos con historias de terror medieval. Durante la Reforma del siglo dieciséis los pecadores se sentían más preocupados por escapar de la ira de un Dios justo, que hallar la clave para una vida feliz.

2. *La condenación de los no alcanzados*. Presupongo que el evangélico promedio tiene claro que quienes rechazan deliberadamente la salvación en Cristo se perderán irremisiblemente en la condenación eterna del infierno. Sin embargo, y tal como lo mencionamos en el capítulo referido al universalismo, creo que no está tan claro en la mente de muchos pastores, cuál será el destino eterno de aquellas personas que nunca oyeron el evangelio. El tema queda muchas veces sumergido en una nebulosa vaga e incierta, que a menudo se evita abordar.

La evangelización y las misiones deben sustentarse sobre una sana teología. Y una sana teología enseña que el hombre, quienquiera que sea, está por naturaleza perdido y es digno de toda condenación, haya oído el evangelio o no.[3]

3. *El fundamento bíblico*. Hay numerosos y reiterados pasajes bíblicos que trazan con meridiana cla-

---

[3] El tema del destino eterno de los no alcanzados es tratado con mayor amplitud en la medulosa obra *¿Están perdidos?*, de Oswald Sanders, Editorial Portavoz, Estados Unidos, 1992, 96 pp. ¡Recomendamos calurosamente la lectura de este esclarecedor libro!

ridad el estado de perdición eterna en que se encuentran los paganos que no han tenido oportunidad de oír las buenas nuevas de salvación:

- Romanos 1.18-32: «La ira de Dios se revela [...] no tienen excusa [...] habiendo conocido a Dios [...] por lo cual Dios los entregó [...]»
- Romanos 3.23; 6.23: «Están destituidos [...] la paga es muerte».
- Romanos 10.13-15: La cadena de la salvación, donde sin predicación no puede haber fe, y sin fe no puede haber salvación.
- Hechos 4.12: «No hay otro nombre», ni Buda, ni Confucio, ni Mahoma; ¡sólo Jesucristo!
- Juan 3.3: Sin renacimiento no hay salvación.
- Juan 14.6: No hay otro camino.
- Hechos 10 y 11.1-14: Hubo elementos sobrenaturales (visión y ángel), pero no hubo salvación hasta que hubo predicación. «Él te hablará palabras por las cuales serás salvo» (10.32; 11.14).
- 1 Tesalonicenses 2.16: El colmo de la ira por impedir hablar para que se salven.

La urgencia escatológica

Podemos diferir en nuestras interpretaciones escatológicas (algunos son premileniales —ya sea del arrebatamiento pre, medio o postribulacional—, amileniales o postmileniales), pero lo que nadie puede objetar, y todos deberíamos anhelar y procurar, es que la causa del reino de Dios avance y retorne Cristo lo más pronto posible. En un sentido, el

reino de Dios ya vino, pero en el otro, pleno, aún no. La segunda venida de Cristo y el establecimiento de su Reino ¡es nuestra bienaventurada y gloriosa esperanza!

La Segunda Venida está condicionada

La Biblia enseña que previo al próximo retorno de nuestro Señor Jesucristo deberán cumplirse estas condiciones:

1. *El evangelio debe predicarse a todas las naciones*.

• Mateo 24.13: «Y entonces vendrá el fin».

• Marcos 13.10: «Y es necesario que [...] antes...»

Si Cristo todavía no ha regresado es porque Él está retardando su venida ya que el evangelio no ha terminado de ser anunciado a todas las naciones. Con esto, no invalidamos la doctrina de la inminencia de su retorno. Por un lado, sólo Dios sabe cuándo el mundo habrá sido evangelizado; y por el otro, como por ejemplo ha ocurrido sorprendentemente en espacio de tan sólo unos pocos meses con el colapso del comunismo y la apertura de campos antes cerrados durante tanto tiempo, Dios bien puede precipitar de igual manera la evangelización de extensas regiones del planeta hoy cerradas a su Palabra (el caso de los pueblos musulmanes). ¡Y deberíamos orar por ello!

2. *El número de los escogidos debe completarse*. El Señor está haciendo que se añadan redimidos de toda la gentilidad al número de sus escogidos. En

este tiempo de endurecimiento de Israel, Él está tomando pueblo para su Nombre de todas las naciones, y en el fin de los tiempos habrá quienes hayan sido emblanquecidos por la sangre del Cordero procedentes de cada raza, etnia, pueblo, lengua y tribu.

- Romanos 11.25: «Hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles».
- Apocalipsis 5.9: De todos los grupos étnicos, entre los cuales hoy todavía existen varios miles que no cuentan ¡ni con un solo creyente!

La iglesia tiene «potestad»

Hay ciertas verdades de la Biblia que nos hacen estremecer. Una de ellas es cuando consideramos la enorme responsabilidad que el Señor ha depositado sobre nosotros, los creyentes. La Biblia dice que habremos de juzgar, en la consumación de los tiempos, al mundo y a los ángeles caídos (1 Corintios 6.2-3). La otra verdad tiene que ver con el momento del advenimiento de «Aquel Día». Aunque aparentemente reñida con la doctrina de la absoluta soberanía de Dios y del conocimiento que para nosotros está vedado acerca «del día y de la hora» (Mateo 25.36), los creyentes estamos, no obstante, en condiciones de modificarlo y apresurarlo. Para ello disponemos de dos poderosas armas:

1. *La oración*. El Padrenuestro nos enseña a orar así: «Venga tu reino» (Mateo 6.10).

2. *La predicación*. La proclamación del evangelio es un privilegio del cual han quedado excluidos los

seres celestiales. En lo que a la predicación se refiere, dice que «anhelan mirar los ángeles» (1 Pedro 1.12). La iglesia tiene el inconmensurable doble privilegio de anunciar las buenas nuevas en dos dimensiones: a) la de los seres vivientes que se desenvuelven dentro de esta presente vida terrenal; y b) la de los seres que operan en las regiones celestes (Efesios 3.10).

Igualmente sorprendente es el hecho de que la predicación del evangelio trasciende los alcances comúnmente asignados, y va mucho más allá. En ese sentido, la predicación es un medio que acelera la venida del Día de Cristo. En 2 Pedro 3.12 dice: «apresurándoos para la venida del día de Dios». En la Versión Popular se expresa así: «Esperando la llegada del día de Dios, y hagan lo posible por apresurarla».

En la medida que aceleremos la evangelización de los pueblos no alcanzados, apresuraremos el retorno de Cristo. Conviene recordar que en todo avivamiento de la historia estuvo siempre vivo el concepto de apresurar el retorno de Cristo mediante las misiones.

La urgencia teológica

Nuestras concepciones antropológica y escatológica nos urgen a la tarea de la evangelización mundial. Pero no son las únicas bases de argumentación; la tercera es Dios mismo, su naturaleza, justicia, y gloria.

Es un mandato de Dios

Se nos ha confiado nada menos que la predicación. Se trata, pues, de una orden que debe ser cumplida en obediencia. No es algo voluntario u optativo:

- Mateo 28.18-20: «A todas las naciones».
- Marcos 16.15: «A todo el mundo».
- Lucas 24.47: «En todas las naciones».
- Juan 17.18; 20.21: «Como el Padre [...] así yo os envío».
- Hechos 1.8: «Hasta lo último de la tierra».

Gregorio Magno (540-604 d.C.) afirmaba que:

> Quien rehúsa predicar, pudiéndolo hacer, aunque sea por motivos de humildad, es reo de «fraticidio», igual que el cirujano que rehúsa operar a un herido, dejándole morir. Si las almas que le fueron confiadas se pierden por falta de la palabra salvadora de Dios, el predicador será responsable de esta muerte, y a tantas habrá matado cuantas se pierdan por culpa de su silencio.[4]

A Dios así le agradó

Él quiso salvar a los hombres por la locura de la predicación. Podría haber escogido otro método para hacerlo, pero no lo hizo. No es que la predicación como tal salva (¡sólo Cristo salva!), pero la predicación es el agente que comunica las verdades salvíficas por las cuales el hombre, oscurecido en su

---

[4] Citado por Domenico Grasso en *Teología de la predicación*, Edicio nes Sígueme, Salamanca, España, 1968, pp. 126 [San Gregorio Magno, Regla Pastoral, 3.25: PL 77, 96, y Homil. in Ez., II, n. 9: PL 76, 909 910].

mente, logra tener la iluminación necesaria para arrepentirse y poner su fe en el único que puede salvar: nuestro Señor Jesucristo.

- 1 Corintios 1.21: «Agradó a Dios salvar [...] por la locura de la predicación».

Está en «juego» la gloria a Dios

Él no comparte su gloria con nadie. Todo anuncia su gloria (Isaías 6.3). Ni el estado del hombre caído, ni la pasión que sintamos en llevarle el remedio de la salvación, ni el sentimiento de un deber que nos compele, nada... debiera incentivarnos tanto para predicar con urgencia ¡como la gloria de Dios mismo!

Si tomamos en cuenta el estado de perdición del hombre, se desprende que Dios quiere que sus criaturas le den la gloria que se merece. Para eso fuimos creados (Isaías 43.7; Efesios 1.6). Hasta que el hombre no sea regenerado por el Espíritu Santo en la conversión, no puede dar gloria a Dios cabalmente. Por lo tanto, los paganos en distantes tierras, como los neopaganos que nos rodean en el mundo seudocristiano de Occidente, todos están bajo la ira de Dios (Romanos 1.18; Proverbios 3.33) y deshonran al supremo Creador hasta tanto obtengan perdón reconciliándose con Él mediante el evangelio redentor de Jesucristo.

Cuanto antes lleguen a conocerle (obviamente mediante la instrumentalidad de la iglesia), ¡tanto

más pronto podrán dar a Dios la gloria debida a su nombre!

Conclusión

La predicación del evangelio es, pues, ¡urgente! De Cristo no todos los hombres saben por igual en todas partes; para algunos Él es:

1. *Conocido*, como entre los verdaderos creyentes, que por su infinita gracia y misericordia han sido alcanzados y regenerados.

2. *Malconocido*, tal la situación de la mayoría de cristianos nominales de América latina, del mundo anglosajón, etcétera.

3. *Desconocido*, como acontece con millones que pueblan vastas regiones de Medio Oriente, Asia, África, ya sea que se trate de grupos «civilizados» como de los que viven en la «edad de piedra».

A dos mil años de haber recibido la Gran Comisión, y habiendo iniciado el tercer milenio de predicación del evangelio, debiéramos motivarnos en forma mancomunada, a hacer todo el esfuerzo posible en pro de alcanzar la meta de llegar con el mensaje de Jesucristo —por vez primera— por sobre la redondez de la tierra, a cada tribu, lengua, pueblo y nación.

¡Dios nos ayude a hacer nuestra parte con urgencia!

CAPÍTULO 5
Ensancha la tienda

> Ensancha el sitio de tu tienda, y las cortinas de tus habitaciones sean extendidas; no seas escasa; alarga tus cuerdas, y refuerza tus estacas. Porque te extenderás a la mano derecha y a la mano izquierda: y tu descendencia heredará naciones, y habitará las ciudades asoladas [...] Dios de toda la tierra será llamado (Isaías 54.2-3, 5).

ENTRE DOS DE los capítulos magistrales del profeta Isaías, el 53 que trata del sufrimiento vicario del Mesías, y el 55 que invita a todos a acercarse a la mesa gratuita de la bondad del Señor, nos encontramos con estos preciosos versículos del capítulo 54 que contienen un significado misionero muy especial para nuestros días.

Hace unos doscientos años que Guillermo Carey usó en Inglaterra este mismo pasaje bíblico, en 1792, en su famoso sermón y documento intitulado: *Una indagación acerca de la obligación de los cris-*

tianos de usar medios para la conversión de los paganos.[5] Esto generó —sin percatarse en aquel momento de lo que Dios estaba queriendo hacer a través de él— un tremendo despertamiento que llegó a convertirlo en el padre de las misiones modernas.

El mandato de Dios

El mandato de extenderse

Usando una ilustración típica de los beduinos del desierto que viven en tiendas o carpas, dice el Señor en el v. 2 que su pueblo debía «ensanchar», «extender» y «alargar» la tienda de su habitación, el lugar de su diario vivir. Para eso debían tener en cuenta cuatro cosas:

- el tamaño del terreno (sitio),
- las paredes y el techo (cortinas),
- los tensores (cuerdas), y
- el refuerzo de las estacas.

Al agrandar las carpas, todo debía redimensionarse y asegurarse de acuerdo al nuevo tamaño.

Me parece como estar oyendo al Señor decirlo nuevamente, pero esta vez a iglesia latinoamericana: «Agranda el sitio de tu habitación, porque te extenderás hacia nuevos horizontes. Lo que era

---

[5] Próximo a publicarse como libro de esta misma colección de Misio nes, de Editorial Clie..

suficiente durante décadas, ahora no alcanzará más. La vivienda deberá ampliarse».

El mandato de reforzar

Las estacas debían reforzarse. La Palabra del Señor señala que el agrandar la tienda conlleva asegurar la solidez de la nueva estructura. No se trata tan simplemente de extenderse; hay que hacerlo reforzando las estacas y clavándolas más profundamente en tierra. A mayor tamaño, la tienda embolsa más viento, y su eventual caída puede significar peor ruina.

No nos dejemos llevar por el simple entusiasmo del crecimiento y la expansión sin asegurar debidamente los sólidos fundamentos.

El mandato de la generosidad

La Palabra dice: «No seas escasa». Siempre hay la posibilidad de que por cautela, prudencia, inseguridad ante lo desconocido, etcétera, nos quedemos atrás al emprender nuevos proyectos. Recordemos que nuestro Dios es un Dios infinitamente grande y poderoso. No seamos mezquinos ni timoratos. Carey expresó hace doscientos años: «Esperad grandes cosas de Dios; emprended grandes cosas para Dios». No nos quedemos cortos.

La promesa de Dios

La promesa del avance

Luego de ordenar a su pueblo extenderse, Dios le da la promesa del avance. ¡Qué bueno saber que cuando el Señor nos da una orden, nos da una promesa también! En el v. 3 dice: «Te extenderás a la mano derecha y a la mano izquierda». No se trata de si vamos a crecer o no; la respuesta es un categórico: ¡sí!

Estamos en nuestros días presenciando uno de los mayores crecimientos de la iglesia de todos los tiempos. El cristianismo ha dejado de ser sólo la religión de los blancos europeos o norteamericanos; es una fe que avanza y conquista corazones de negros, mulatos, amarillos, de piel cobriza, pigmeos y altos, educados y analfabetos, gentes de países democráticos o bajo regímenes totalitarios. ¡Verdaderamente el evangelio es universal!

La promesa de la toma de posesión

A continuación, Dios le da a su pueblo la promesa de la toma de posesión. Dice: «Tu descendencia heredará naciones». Los pueblos y naciones son herencia de Jehová. Le pertenecen por derecho natural por ser el Creador de toda alma viviente. Al presente, sin embargo, están bajo un poder nefasto: Satanás. Él es el príncipe de este siglo, que mantiene a multitudes de pueblos sojuzgados bajo tinieblas, en ignorancia, con religiones idolátricas, superstición, incredulidad.

El Salmo 2.8 promete: «Pídeme y te daré las naciones por heredad». Debemos extendernos a ellas, tomar posesión de aquellas tierras y plantar el estandarte de la Cruz, ¡porque le pertenecen a nuestro Dios! Él quiere reinar entre las naciones. La iglesia del Señor debe llegar a esas regiones e implantarse en medio del islam, del hinduismo, del budismo, del animismo, etcétera.

Según leemos «tu descendencia», representa a nuestros hijos de sangre (o espirituales), quienes habrán de ser los futuros misioneros a lejanas tierras. Sí, hay niños y jovencitos, al igual que algunos de nuestros recién convertidos a los que un día no muy lejano les veremos partir a otros continentes por causa del amor de Cristo, y ellos habrán de heredar naciones para la gloria de Dios.

La promesa del asentamiento

Finalmente, la promesa del asentamiento. Dice este v. 3: «Habitarán entre las ciudades desoladas». Son ciudades desoladas por el pecado, la ignorancia y la opresión diabólica. No es cuestión de extenderse únicamente y conquistar territorio; ¡es cuestión de asentarse en las nuevas regiones! Es la proclama del evangelio, la plantación de la iglesia, y el afianzamiento de la misma en medio de la sociedad.

Veamos cómo viven algunos de los tantos pueblos no alcanzados, donde vagan mil trescientos millones de almas rumbo a perdición eterna,

desprovistas de todo conocimiento del amoroso Salvador que vino a este mundo hace veinte siglos.

Los xatriabá son una tribu de unas tres mil quinientas personas viviendo en la selva del Mato Grosso (Brasil) y no sabemos que hayan sido alcanzados; y todavía restan más cien otras tribus en las mismas condiciones en dicho país. Los tuaregs suman unos novecientos mil y viven mayormente en Níger como nómadas del desierto del Sáhara. Que sepamos, en ese país ¡hay sólo diez hermanos nuestros pertenecientes a esa raza!, lo mismo que los saharauis del Sahara Occidental, que suman cerca de ciento ochenta mil. Los kirguizes viven en Asia Central, suman más de dos millones y medio de almas ¡y tal vez puede que haya apenas una treintena de creyentes! Los zuangos son como quince millones viviendo en la China, y por lo que se sabe, este pueblo animista no ha tenido casi contacto con el cristianismo! Los kurdos de Turquía e Irak suman más de veinticinco millones; son labradores y pastores de montaña y es el pueblo más grande del mundo que no tiene un país propio. Entre ellos, quizás, haya ¡tan solo un puñado de creyentes! Los casimires, al norte de la India, son como cuatro millones, criadores de ovejas por siglos. De ellos los británicos explotaron la lana e hicieron los famosos cortes casimir. Entre ellos, pues, apenas si hay algún creyente.

¡Oh, cómo deberíamos clamar al Cielo para que pronto, urgentemente, en cada uno de estos pue-

blos, la iglesia de Cristo no solo avance y tome posesión, sino que se establezca como si fuera en casa, así como hoy lo está aquí en nuestra Latinoamérica!

El propósito final

Que Dios sea invocado en toda la tierra

¿Cuál es el propósito final de todo lo que venimos diciendo? ¿La expansión del cristianismo, como una religión occidental? ¿Llevar nuestra denominación, nuestra cultura, o un nuevo tipo de imperialismo del Tercer Mundo? ¿Acallar nuestra conciencia molesta? El v. 5 da la respuesta: que nuestro Dios sea llamado «Dios de toda la tierra». Y no hay meta más grande que ésta; hacia ella apunta todo el derrotero de la humanidad; hacia ella convergen todos los tratos de Dios con el hombre a lo largo de los milenios. He aquí, el plan eterno de Dios de reconciliar consigo mismo, en Cristo, todas las cosas. «Dios de toda la tierra será llamado». Todavía no vemos esto como una realidad, pero lo será en breve. Lo será cuando su iglesia se apresure hacia ese objetivo. Nuestra meta, visión y anhelo palpitante debiera ser que Él sea conocido e invocado como el Dios... ¡de toda la tierra! ¿Tenemos esa visión?

Tres albañiles se encontraban en una obra en construcción preparando mezcla, con cal, arena y cemento. Una persona de afuera se les acerca y pregunta a uno de ellos:

—¿Qué está haciendo?

—Y, ¿no ve que estamos revolviendo mezcla?

Luego, dirigiéndose al segundo de los albañiles, le pregunta de igual manera:

—Señor, ¿qué está haciendo usted?

—Estamos levantando una pared —fue la contestación.

Por último, le pregunta al tercero:

—Dígame, buen hombre, ¿qué están haciendo?

Este, levantando la mirada, le responde:

—Vea señor, ¡estamos edificando una catedral!

Tres albañiles trabajando juntos en lo mismo, pero cada uno con una visión distinta. Uno apenas veía lo que hacía en ese mismo instante: mezclar cal, arena y cemento. El otro, tenía la mirada puesta en el objetivo de ese día: levantar una pared. Pero el tercero, no solo tenía una visión más amplia de la obra, sino del proyecto terminado: la catedral.

Dios está construyendo su templo alrededor del mundo, no con ladrillos, sino con «piedras vivas» que son los creyentes redimidos por la sangre de Cristo, de toda raza, tribu, lengua y nación. Cuando el número de los escogidos se haya completado, el edificio quedará terminado. ¿Es esta tu visión? ¿Tienes presente el proyecto global y final de Dios para con la humanidad? ¿O estás tan solamente mirando la «mezcla» que revuelves en este mero momento? Algunos ven sólo a su iglesia local; otros van un poco más allá y ven a su barrio o denominación, pero allí termina su visión. Dios tal vez quiere que sigamos haciendo «mezcla» en el mismo lugar, pero

que tengamos frente a nosotros su modelo acabado: la iglesia del Señor, esparcida por sobre la redondez de la tierra, integrada por todas las etnias, lenguas, razas y naciones! (Apocalipsis 5.9; 7.9). ¡Y entonces vendrá el fin! (Mateo 24.14).

La factibilidad de completar la tarea

La tarea de la evangelización mundial es factible de cumplirse. No se trata de un sueño imposible; no lo fue hace siglos, menos lo sería ahora. Precisamos despojarnos de una mentalidad típica de los resignados: «Y, ¿quién sabe?... esto puede tardar mucho todavía». No, la evangelización de todo el mundo es posible completarla de una vez en nuestra propia generación.

Quedan como ocho mil grupos no alcanzados en el mundo. ¿Cómo llegaremos a ellos si son tantos? Pero, más bien debiéramos preguntamos: ¿son realmente tantos si tomamos en cuenta la cantidad de evangélicos que hay en el mundo? Si somos más de trescientos cincuenta millones de evangélicos en todo el mundo —y consideráramos un hipotético y razonable promedio de cien miembros por iglesia— contamos, entonces, con tres millones y medio de congregaciones locales. Ocho mil grupos repartidos entre tres millones y medio de congregaciones resulta en unas cuatrocientas treinta y siete iglesias por cada pueblo. ¿No serían capaces, acaso —¡nada menos que trescientas dieciocho iglesias!— en aso-

ciarse y hacer un esfuerzo común para llegar a un grupo no alcanzado determinado? ¡Claro que sí!

Este propósito podría estar a punto de cumplirse para el cambio de siglo. ¡La evangelización mundial es posible, es necesaria y es urgente! Hay indicios alentadores como para pensar que —pese a todo lo que dijimos anteriormente en cuanto a las ingentes necesidades que se presentan— podríamos acabar para comienzos del tercer milenio con la tarea de penetrar por primera vez con el evangelio a todos aquellos territorios hoy irredentos; y continuar luego con la evangelización y el discipulado entre ellos.

Conclusión

Debemos tomar pasos concretos para extendernos al extranjero. El plan Adopte un Pueblo[6] propone que iglesias, asociaciones y denominaciones se comprometan y «adopten» pueblos aún no alcanzados, iniciando esfuerzos deliberados para anunciar a Jesucristo entre ellos. Y ya se han tomado pasos importantes en tal dirección en diversos lugares. ¡Gloria a Dios!

En un horizonte cercano estimo que más y más iglesias incorporarán en sus calendarios de actividades la Conferencia Misionera Anual, nombrarán sus comités de misiones. Surgirán nuevas agencias

---

[6] Posteriormente, conocido también como Alcance un Pueblo, o Alcance una Etnia.

y juntas misioneras en nuestras denominaciones. Los seminarios e institutos bíblicos ofrecerán más cursos y especializaciones en misionología. Nuestros profesionales y hombres de negocios brindarán su apoyo a la causa de las misiones, no sólo sus recursos económicos, sino su inteligencia y sus conexiones. Los pastores inculcarán misiones en su congregación, y especialmente en los niños y la juventud. ¿Qué misionero sueco, alemán, escocés o norteamericano no le contó a usted cómo desde pequeño en su patria le «metieron bien adentro» el afecto por las misiones al extranjero? ¿Es de extrañar, entonces, que hayan salido tantos de ellos allende los mares para bendecirnos con el mensaje del evangelio? Pues, ahora nos toca a nosotros el turno. Ejemplo tuvimos; ¡imitémosle!

Sí, deberemos extendernos a un terreno más grande, conseguir más lona, palos más altos, sogas más largas y estacas más fuertes.

CAPÍTULO 6

El esfuerzo misionero en y desde América latina

AL REFERIRME AL esfuerzo misionero que actualmente se lleva a cabo en y desde nuestra América latina, haré en primer lugar un breve análisis de lo que podemos observar al respecto, siguiendo luego con una evaluación crítica, y terminando con algunos presupuestos teológicos, que a mi entender, son cruciales para el sano desarrollo de nuestra misión al mirar hacia el futuro.

Por razones de simplicidad y tradición (aunque sabemos lo discutible que es la cuestión) haremos uso de la acepción «misión» como la que clásicamente hemos utilizado, es decir, entendiéndola como la tarea de evangelización que se lleva a cabo en los lugares adonde el mensaje de Jesucristo no

ha irrumpido aún, y que conlleva, generalmente, algún tipo de esfuerzo transcultural.

Un análisis del avance misionero actual

En las últimas décadas se han producido importantísimos cambios en lo que hasta entonces era considerado como campos misioneros, según la perspectiva de los evangélicos anglosajones del Atlántico norte.

Rotación del Norte al Sur

Al analizar la historia y geografía del avance del evangelio, observamos una acentuada rotación del centro de gravedad del cristianismo evangélico, clásicamente ubicado en el hemisferio Norte durante siglos, al hemisferio Sur. Con hemisferio Norte hacemos referencia mayormente al sector que comprende a Europa central y nórdica, y Estados Unidos y Australia, lugares donde el protestantismo hizo casa a lo largo de siglos, mientras que con hemisferio Sur hacemos alusión a las regiones comprendidas por América latina, África y Asia, área comúnmente conocida como el Tercer Mundo (la reciente disolución de la URSS ha desactualizado el uso de dicha expresión) o el mundo de los Dos Tercios. Este fenómeno de rotación evangélica del Norte hacia el Sur se ha dado con mayor intensidad en los últimos cincuenta años, y particularmente en las dos últimas décadas.

En la tabla siguiente observamos de manera elocuente este cambio:[7]

ROTACIÓN DE EVANGÉLICOS DEL NORTE AL SUR

(las cifras expresan porcentajes)

AÑO	**1800**	**1900**	**1950**	**1975**	**1990**
Hemisferio Norte	99	90	75	50	25
Hemisferio Sur	1	10	25	50	75
TOTAL	100	100	100	100	100

La misma tendencia que se da en general con la cantidad de evangélicos, se da también en manera particular con la cantidad de misioneros. Según la tabla de más abajo, de continuar con los índices de crecimiento misionero del Tercer Mundo observados durante los últimos años, al cambio de siglo la cantidad de misioneros del Sur ha superado a la fuerza misionera anglosajona.[8]

---

7 Guillermo Taylor en: *El magnífico reto de la capacitación misione ra*, apuntes presentados en la III Consulta de Capacitación Misionológica organizada por Misiones Mundiales, Comibam Internacional y la Comi sión de Misiones de la Alianza Evangélica Mundial, en Thea, provincia de Córdoba, Argentina, 1991, 8 pp.

8 Larry Pate hizo proyecciones en base a las observaciones y tenden cias observadas. Ver pp. 51 52: Larry Pate, *From Every People, A handbook of Two Thirds World Missions with Directory/Histories/Analy*

ROTACIÓN DE MISIONEROS DEL NORTE AL SUR

AÑO	**1988**	**1995**	**2000**
Hemisferio Norte	85.000	100.00	120.000
Hemisferio Sur	36.000	85.000	160.000
TOTAL	121.000	185.000	280.000

Pareciera que el Espíritu Santo estuviera obrando como el agente «viajero» de la santísima Trinidad, a quien le ha placido derramar ahora de su rica bendición a esta parte Sur del mundo, sedienta de la Palabra de Dios, que incluye, obviamente a nuestra América latina. Si rastreamos los antecedentes de esta rotación hacia el Sur, es innegable que se dejan ver las huellas de incontables queridos *gringos*,[9] de cabello rubio, que vinieron a nuestras tierras, abandonando las del Noratlántico que les vieron nacer, para hacerse «uno» con nosotros, los de tez morena, negra, o amarilla, de estas latitudes australes. Si la cosecha es abundante aquí y hoy, no olvidemos que la siembra que ellos hicieron, también lo fue.

---

sis. MARC & OC Ministries, Monrovia, California, Estados Unidos, 1989, 320 pp. Estas proyecciones fueron, sin embargo, cuestionadas más adelan te por otros investigadores, tales como Michael Jaffarian (ver: «Are there more Non Western Missionaries than Western Missionaries», en Interna tional Bulletin of Missionary Research, Vol. 28, Nº 3, July 2004).

[9] En mi país, y en especial en la región litoraleña con el término *grin go* se hacía, y se hace, referencia mayormente a los inmigrantes italianos y sus descendientes, así como a los de otras nacionalidades europeas, sin de notar en ello connotación peyorativa.

Reconozcamos, con gratitud y emoción, a tantos de estos que dejándolo todo, cruzaron los mares para traernos este glorioso evangelio.

Aumento de la actividad misionera

Es evidente que se palpa simultáneamente, a lo largo y ancho de Iberoamérica, junto al sorprendente crecimiento evangélico, un incrementado sentido de participación misionera, más allá de las fronteras que nos eran habituales hasta entonces. Esto se está vivenciando mediante las numerosas consultas, congresos, conferencias y demás eventos misioneros que se llevan a cabo, como así mismo por los hombres y mujeres que Dios está enviando desde nuestras latitudes a otras partes del mundo.

Si nos acercamos más a esta realidad, observaremos algunas características:

1. *Los misioneros*. La cantidad de misioneros que han salido va en franco aumento. Si bien es cierto que como tercermundistas no contamos con buenas y suficientes informaciones —y que a los del Norte, amantes naturales de las estadísticas, seguro que se les pasó incluir datos que nosotros no andaríamos publicando— lo cierto es que la cantidad de misioneros del Sur, en comparación con la del Norte, lleva un ritmo de crecimiento tal, que de continuar la tendencia actual, en pocos años superará a la de aquéllos. Las investigaciones más recientes al respecto así parecen indicarlo.

Ya no resulta infrecuente cuando se viaja por Eu-

ropa, África o Asia, encontrar obreros latinos que están sirviendo al Señor en una nueva cultura. En Bangalore (India) me topé con una misionera brasileña; escuché de un matrimonio de misioneros costarricenses sirviendo en Camboya; un matrimonio santafecino residiendo en Uzbekistán (Asia central); y suman ya más de setenta los latinos viviendo en el norte de África y Medio Oriente, testificando como misioneros «clandestinos» entre los musulmanes. Las Asambleas de Dios del Brasil cuentan con más de doscientos misioneros en el exterior, y los bautistas de ese país con más de ciento cincuenta en treinta países.

2. *Los seminarios*. En éstos también se están dando importantes cambios. Antes, en la Argentina no había seminario ni instituto bíblico que enseñara misiones, pero en 1989 tuvimos una consulta para rectores de seminarios (asistieron directivos de más de sesenta instituciones teológicas del Cono Sur), y fue sorprendente constatar que, prácticamente no había ahora institución que no ofreciera siquiera alguna materia de misionología o estuviera a punto de iniciarla. El decano de uno de ellos manifestó que actualmente ofrecen cinco materias relacionadas a la misionología. Esto hubiera sido impensable hace tan sólo veinte años atrás.

3. *Las agencias misioneras*. La aparición de nuevas agencias misioneras es otro aspecto de la dinámica que evidencia este sentir misionero de América latina. Algunas agencias aparecen como

simples iniciativas misioneras, otras son fieles calcos de modelos copiados todavía del Norte; en algunos casos el misionero sale a título personal, en otros, es enviado por su iglesia, asociación o denominación, mientras que en otros se une a alguna «multinacional» misionera. Es de prever que en el futuro el número y las modalidades de agencias o estructuras misioneras habrá de ir incrementándose, y es de desear, así mismo, que las que vayan apareciendo, lo hagan conforme a modelos propios de nuestro contexto latinoamericano.

Características del movimiento misionero

En el accionar del avance misionero de nuestro continente se dan, entre otros, cuatro patrones típicos que deseo destacar:

1. *Un visionario*. Generalmente Dios levanta a un visionario, que con tesón y empuje parte a los campos lejanos. Inicia la misión golpeando puertas, buscando apoyo por aquí y por allá; y encontrándolo poco, sale para el campo con promesas de apoyo de algunos que reaccionan y deciden comenzar a hacerlo, tímidamente. Pero no es extraño observar que el misionero se da cuenta tarde que lo prometido por sus hermanos era simplemente eso: promesas, y al no saber cómo continuar alimentando a su familia, decide regresar a su patria o unirse a una misión internacional que pueda pagarle con divisas seguras.

Gran parte de nuestro esfuerzo misionero latino

partió así, de individuos visionarios, que desafiando la apatía y el desinterés de sus hermanos en la fe, se lanzaron al campo solos, provocando que recién con posterioridad se formalice una estructura de envío. Son pocos los misioneros que han salido en respuesta a un plan preestablecido, organizado por alguna agencia o junta misionera. En cierto sentido, es la ruta natural que también transitaron los anglosajones cuando iniciaron su carrera misionera hace dos siglos.

2. *Énfasis eclesiológico y denominacional.* Los esfuerzos misioneros están centrados desde la perspectiva de la iglesia local y no tanto en las organizaciones o agencias misioneras. Esto es explicable, por un lado, porque no hay todavía suficientes organizaciones misioneras[10] (con la excepción de Brasil y algún otro país, en los demás apenas si están iniciándose nuevas estructuras misioneras al exterior); y por otro, debido al fuerte concepto denominacional que nos marca aún en América latina. Gran parte de nuestra obra evangélica es el resultado de misiones anglosajonas interdenominacionales; sin embargo, nuestra concepción misionológica mantiene un fuerte arraigo a

---

[10] Esto hacía referencia a lo que sucedía en la década de los ochenta. Mientras tanto, la cifra de organizaciones misioneras latina se ha incre mentado notablemente, tal como lo documenta la reciente investigación de Ted Limpic, contenida en el *Catálogo de organizaciones misioneras ibe roamericanas*. Para mayor información, consultar: www.comibam.org.

patrones eclesiocéntricos, a diferencia de los del Norte.

No son muchos los líderes eclesiásticos que capten la existencia y la validez de alguna estructura bíblica que vaya más allá de la de la iglesia local. La mayoría se sienten molestos o amenazados cuando ven aparecer en escena nuevas organizaciones interdenominacionales, comúnmente calificadas como de paraeclesiásticas.

3. *La juventud.* Pareciera también notarse que la juventud está más lista para involucrarse de lleno en las misiones, mientras que la pastoral (los mayores) aún no lo está y responden de manera más lenta y cautelosa. La presión viene desde abajo, con jóvenes que están dispuestos a dejarlo todo, prepararse y ser enviados por sus iglesias, pero... encuentran a sus pastores y líderes que no los comprenden, o no saben cómo encaminarlos, o sus estructuras denominacionales no tienen aún los canales preparados hacia los campos misioneros.

No es raro, entonces, que se vayan con otras organizaciones juveniles, o lo que es peor, que la visión muera en ellos. Debemos confesar, como pastores, que hemos mezquinado a nuestros jóvenes para esos emocionantes programas (no hemos querido que nos los «roben»), pero tampoco hemos sabido encaminarlos debidamente a los campos misioneros.

4. *Lugares preferidos.* Tratándose de misiones transculturales y al exterior, los latinos que están

saliendo lo hacen mayormente a los siguientes lugares: España, la menos evangelizada de las naciones de Hispanoamérica (cabe aquí reflexionar que algunos, triste es decirlo, comprobaron con lágrimas que no es tan fácil trabajar allí; aunque con el mismo idioma y raíces, sin embargo, pertenece a un Primer Mundo); Marruecos, como cabecera de playa, es nuestra nación islámica más cercana; otros países de Latinoamérica, mayormente vecinos (algunos pocos están comenzando a trabajar con grupos aborígenes, luego de que los anglos nos abrieran el camino hacia ellos décadas atrás); el ex-imperio comunista de Europa oriental y Asia Central.

5. *El mundo islámico*. Otra característica que resalta, es la gran atracción manifiesta por el mundo musulmán en general, y por el pueblo árabe en particular. Dios ha dado un amor especial a los latinos por los descendientes de Ismael. Algunos se han aventurado a decir, incluso, que los latinos somos la clave para la evangelización de los musulmanes, aseveración ésta, que si bien contiene una elevada dosis de exitismo, no deja de tener sus buenos argumentos de peso.

Cuando se presenta el desafío de las misiones mundiales, casi inexorablemente, el islámico toca y mueve a los corazones como el que más. No hay dudas que los casi ocho siglos de ocupación mora que vivió España hasta hace quinientos años atrás, han dejado su profunda huella en la identidad latina con la árabe y nos conecta, casi mejor que ninguna otra

raza, con aquélla. No sería descabellado concluir que, si el Señor ha concedido una cosecha tan abundante entre nosotros, haya tenido en mente querer usarnos, más que a ningún otro pueblo, para llegar al corazón de los musulmanes, sin lugar a dudas el campo más negligenciado de todos en el mundo.

El desarrollo de la visión

1. *Algunos antecedentes*. Tuve un grandísimo privilegio, al estar dando mis primeros pasos en Cristo, cuando pude entrar como observador al primer Congreso de Evangelización Mundial que Billy Graham celebró en 1966 en la ciudad de Berlín (Alemania), donde residí durante cuatro años. A la edad de dieciocho años eso marcó mi vida. Más adelante, otros importantes eventos internacionales continuaron impulsando la visión mundial de la evangelización: Lausana, Suiza (1974); CLADE I, Bogotá, Colombia (1978), por mencionar sólo dos a los que no tuve igual privilegio de concurrir.

Un ultramarino, el más viejo del mundo en funcionamiento, el *Doulos*, patrocinado por Operación Movilización (OM), comenzó allá por 1979 a recorrer los puertos de nuestra América, por el lado del Atlántico y del Pacífico, de arriba abajo una y otra vez por espacio de casi cinco años. Su colorida y joven tripulación de más de una treintena de países descargó puerto tras puerto un gran peso de llamados macedónicos provenientes de otros continentes. Dios estaba preparando esta tierra para que

comenzara a ser bendición a otras partes del mundo.

2. *COMIBAM*. En México, auspiciada por CONELA y otras entidades conocidas, se lanza en 1984 la idea de realizar un gran congreso continental que ayude a las iglesias en su desarrollo misionero. Nace así COMIBAM (Congreso Misionero Iberoamericano) que se celebraría tres años después en San Pablo, Brasil. Desde su concepción, se procuró que COMIBAM no fuera sólo un evento, sino un proceso que llevara a la madurez misionera. Esto se dio a través de varios años de preparación en que se fueron realizando numerosas consultas y congresos misioneros en veintiún países de Iberoamérica. Se reunió al liderazgo nacional para reflexionar acerca del mandato misionero de la iglesia, se rastreó su historia misionera y se consideró el presente y futuro de la misma en y desde América latina. Luego, en 1987 se realizó el congreso, que sería una verdadera celebración en la que participaron más de tres mil entusiastas asistentes (fue el evento evangélico latino internacional más grande que se haya realizado hasta ese momento).

Después de COMIBAM 87 quedó formalizado un pequeño comité de continuidad, que manteniendo la misma sigla COMIBAM, cambió de «Congreso» a «Cooperación». Si bien se alzaron voces que lo pedían, no se estructuró intencionalmente ningún gran comité de seguimiento, ni se procuró montar otra estructura. Esto favoreció en los años subsi-

guientes la aparición de nuevas iniciativas y movimientos misioneros autóctonos en casi todos los países, cada uno con sus propias características e identidades, incluso con nombres distintos. Tal es así que existen Comités Nacionales de Misiones desde los hispanos de los Estados Unidos hasta Chile y Argentina. Algunos se llaman COMIBAM, otros COMHINA, COMIMEX, CONAMI, CNM, CONEMM, Misiones Mundiales,[11] etcétera. Algunos son completamente autónomos, otros funcionan bajo la cobertura de las alianzas o asociaciones nacionales de evangélicos. En casi todos los casos realizan más bien una función catalizadora e integradora de las misiones, a la que se le añaden aspectos informativos y educativos al más alto nivel del liderazgo nacional.

3. *Etapas en el desarrollo misionero*. En el desarrollo hacia la madurez misionera de la iglesia, se dan tres etapas complementarias:

- La *concientización* misionera, que suele lograrse mediante la realización de eventos (congresos, consultas, seminarios) como por la producción de diversos materiales (literatura, videos).
- La *capacitación* misionera a varios niveles (iglesia local, seminarios, candidatos a misionero, dirigentes misioneros).

---

11 Posteriormente se le antepuso «Red», de manera que hoy se la co noce como la Red Misiones Mundiales.

- La *canalización* de recursos humanos y materiales al campo misionero, a través de organizaciones, estructuras, agencias o juntas, redes de enlaces, etcétera.

Una evaluación crítica

Algunos puntos fuertes

Como todo movimiento relativamente joven, la iglesia latina se encuentra en su etapa de vigor y avance, transitando un camino que no le será muy fácil proseguir. Tiene la ventaja de construir sobre bases nuevas, aunque le llevará probablemente varios años hasta verse librada de la impericia propia de los comienzos.

1. *Capacidad de mimetización*. Los latinos contamos con una destacada capacidad para mimetizarnos en gran parte de los lugares más necesitados del evangelio de África, Medio Oriente y Asia. De esta manera resulta menos difícil una identificación más plena con el pueblo al que se va a servir. No se nos asocia necesariamente con los grandes poderes colonialistas que caracterizó a los anglosajones de los últimos doscientos años. Visitando cierto país africano, el policía de inmigraciones en el aeropuerto me dijo: «¿Argentina? ¿Sudamérica? ¡Bienvenido, pobres como nosotros!» Además, tenemos rasgos similares en cuanto a lo fisonómico (color de la tez), hábitos culturales tales como los fuertes vínculos fa-

miliares y un marcado sentido comunitario, entre otros.

2. *Confianza en los recursos sobrenaturales*. El fenómeno del crecimiento pentecostal, con su énfasis en el poder del Espíritu Santo, otorga al evangélico latinoamericano promedio un tipo de actitud que le permite confiar más en lo sobrenatural del evangelio y menos en las capacidades humanas o el poder del dinero. Es que en realidad, la empresa misionera no está basada en nuestros recursos ¡sino en el poder del Señor!

Se da también, que en razón de nuestras estrecheces económicas, hay una capacidad de adaptarnos a situaciones más precarias (aunque, en honor a la verdad, hemos sabido de latinos sufriendo a mares por no poder tomar su ducha diaria en el campo misionero, o extrañando su plato preferido, y algunos no estaban preparados para vivir más humildemente de lo que lo hacían en América latina).

Algunos puntos inquietantes

No todo es color de rosas. Ya estamos notando algunos puntos preocupantes de nuestros primeros años de hacer misiones al extranjero. Como somos conocidos por nuestro entusiasmo, también lo somos por nuestra generalizada falta de seriedad y perseverancia.

1. *Índice de deserciones*. El índice de los que

abandonan el campo misionero es relativamente alto.[12] Algunos estudios revelan que el misionero latino promedio no dura más de tres a cuatro años en el exterior. ¿Las razones? «No nos imaginábamos que iba a ser tan difícil»; «El dinero nunca nos llegaba a tiempo ni nos alcanzaba»; «Nadie nos preparó debidamente antes de salir al campo»; «¿Cómo íbamos a hacer con nuestros niños para educarlos en aquel país?», etcétera.

2. *El factor económico*. El gran temor continúa siendo el factor económico. La salida y el sostenimiento en el extranjero puede resultar de tres a diez veces más costosa que lo que el mismo obrero necesita en su propia tierra. Esto demanda fuertes convicciones para que los pastores y líderes sepan justificar racionalmente semejante inversión monetaria para las misiones al exterior, cuando acá, como arguyen algunos, hay tantas necesidades.

3. *Escasas conexiones directas*. Tenemos casi nulas conexiones directas con nuestros otros hermanos del Sur (África y Asia); todavía nos seguimos moviendo bajo el paraguas del Norte (ellos son nuestros modelos, o para imitarlos o para evitarlos), pero pocas noticias y vínculos directos tenemos con los africanos y asiáticos, siendo que entre ellos se dan las mayores y más apremiantes necesidades. Es

---

[12] Estudios posteriores han revelado que dicho índice no es muy diferente al que se da en otros países, algunos de los cuales pertenecen a sociedades afluentes y con una larga trayectoria en el envío de misioneros.

casi total la ausencia de información e interpretación de primera mano del acontecer misionológico en África y Asia; casi todo, de lo poco que tenemos, sigue siendo traducido del inglés, y desde la típica óptica de europeos o norteamericanos.

Algunas sugerencias

1. *Capacitación*. Sería conveniente tener muy en cuenta que los misioneros salgan con la mejor capacitación que les sea factible. Nuestros seminarios están marcados por modelos anglosajones, de neto corte académico, desvinculados grandemente de la praxis, y orientados fundamentalmente a preparar pastores monoculturales. Si bien eso ha sido hasta ahora conveniente en la etapa de afianzamiento del evangelio en esta parte del mundo, resulta inadecuado e insuficiente cuando se trata de formar a hombres y mujeres que irán a servir al Señor en culturas distintas y distantes a las suyas. Los programas que más se adecuan para este tipo de preparación transcultural incluyen también un currículo no formal o informal. Nuestras instituciones teológicas y formativas habrán de incursionar en el riesgo de la innovación en procura de nuevos modelos para la capacitación de millares de futuros misioneros que estarán saliendo de nuestras iglesias.

2. *Cooperación*. Si bien mencionamos anteriormente el generalizado sentido comunitario y familiar que nos caracteriza, también debemos decir que esa es solo parte de la verdad. En el campo misione-

ro ya se hace evidente el individualismo latino, renuente a cooperar con otros, y procurando llevar a toda costa los sellos distintivos de su propia iglesia u organización. ¿Será que en el campo de misión no haya ninguna iglesia del Señor a la que pueda unirse? ¿Importa tanto que los otros no sean de la propia denominación como para que no se pueda trabajar con ellos? ¿O será que los superiores en su patria le «tirarán de las orejas» porque se está arrimando peligrosamente a otros y no está demostrando lealtad a su denominación y énfasis particulares?

Nuestra misión no admite dudas: es extender el reino de Dios ¡y no la organización a la que respondemos! Por lo tanto, habremos de estrechar los vínculos de cooperación, tanto acá en nuestra tierra como allá en el campo de misión. ¿Es acaso ilógico suponer que si estamos dispuestos a transponer fronteras geográficas, no lo estemos cuando se trate de fronteras organizativas, e insistamos en no comprometernos con nada que no sea de nuestro propio círculo? Hemos criticado las divisiones de nuestra obra evangélica por causa, no nuestra, sino de las divisiones que tenían los que nos trajeron el evangelio. Ahora nosotros estamos a punto de repetir lo mismo, llevando cada uno nuestras divisiones al campo de misión. ¡Por favor, paremos! ¡No cometamos los mismos errores que condenamos en otros! Trabajemos mancomunadamente, y en el campo de misión, si hallamos que existe algo del Señor presente, autóctono, aunque incipiente, mandemos a

nuestros misioneros a que —hasta donde sea posible— se pongan al lado de ellos, hombro a hombro, colaboren y procuren fortalecerles, antes que hacer «rancho aparte».

3. *Enfoque pionero*. No es cuestión de salir por salir. Sabido es que el Señor es quien llama a la obra y quien envía, pero las evidencias parecen señalar que algunos salen por salir nomás, como disparados para cualquier parte, sin un plan o una estrategia establecida (y menos pensar en una coordinación a nivel nacional). Sería de desear que hubiera un enfoque deliberado hacia los grupos humanos menos evangelizados del mundo, de manera de mantener bien en alto el objetivo netamente pionero (la tendencia natural nos arrastrará siempre a encerrarnos en lo local o cercano).

Presupuestos teológicos que afectan a las misiones

Hacemos algunas consideraciones de orden teológico y conceptual, que a mi entender, deben pergeñar nuestras convicciones misionológicas para que se sustenten sobre fundamentos firmes. Una buena misionología debe partir de una sana teología.

La necesidad del enfoque transcultural

1. *En el Antiguo Testamento*. Desde las primeras páginas de las Sagradas Escrituras se trazan las diversas razas y grupos étnicos que conformarán, por los siglos subsiguientes, a la especie caída de Adán y

Eva. En Babel (Génesis 11) se confunden las lenguas y el hombre se desparrama por sobre la faz de la tierra, dando origen de esta manera a cada uno de los diversos componentes de la polifacética especie humana. Luego aparece en escena Israel —una nación más, entre las tantas que ya existían—, pero que señalaría el verdadero camino hacia el conocimiento de Dios. Todos los demás pueblos eran paganos e idólatras. Los profetas, entre ellos Jeremías (1.5), así como Jonás, Isaías y otros, tenían un claro llamado a las naciones.

2. *En el Nuevo Testamento*. En el tiempo del Nuevo Testamento, nuestro Señor y Salvador Jesucristo, llamado primeramente a las ovejas perdidas de la casa de Israel, visita una y otra vez a la Galilea de los gentiles (*ethné* en gr.: naciones, Mateo 4.15), y reconviene a los de su nación, recriminándoles que si en Tiro y Sidón (naciones paganas) se hubieran hecho los milagros que acontecieron en Israel, ya se hubieran arrepentido haría tiempo (Mateo 11.21).

A todas luces, no fue fácil para la iglesia apostólica, como tampoco lo fue para Israel en el Antiguo Testamento, el debido relacionamiento para con la gentilidad. Mereció todo un arduo y extenso tratamiento en Jerusalén (Hechos 15), para aceptar finalmente (¿finalmente?) que los gentiles podían ser admitidos por igual en el seno de la iglesia. Sin embargo, la iglesia de los grandes líderes en Jerusalén demostró tener poco interés en llevar el evangelio

más allá de sus fronteras. Fue así que el Señor levantó otra congregación, con una mentalidad distinta y multiétnica, en Antioquía (Hechos 11.19-21; 13.1-3), desde donde verdaderamente se iniciaría la labor misionera mundial, tal como el Señor lo había mandado, siendo Pablo (indiscutible modelo de todos los tiempos) el apóstol a los gentiles por excelencia.

Por fin, en el Apocalipsis, se nos trazan pinceladas magistrales de aquella escena final cuando en la consumación de los tiempos, habrá quienes alabarán al Cordero de Dios, provenientes de «todo linaje y lengua y pueblo y nación» (Apocalipsis 5.9).

Para cumplir la misión redentora de Dios debemos ver al mundo tal cual Él lo ve. Él ve y reconoce a todas las razas y etnias, y desea que en cada una de ellas haya quienes le conozcan y le alaben en comunión con los santos. Por lo tanto, no podemos conformarnos al concepto simplista que pretende que porque la iglesia de Cristo ya esté establecida en cada país del orbe, el evangelio lo esté igualmente en cada etnia. Que haya iglesia en cada país no implica que lo haya en cada nación (bíblicamente hablando) ¡Y aún nos quedan varios miles de esas naciones a las que deberemos llevar el evangelio por vez primera!

Tomar distancia de la herejía universalista

Aunque hemos abordado este tema en capítulos anteriores, nunca será demasiada la insistencia al rei-

terar la imperiosa necesidad de tomar distancia de toda tendencia a concepciones universalistas. Si alguna vez descubrimos, cuando estemos cara a cara frente al Juez eterno, que lo que identificamos como herejía universalista no era tal, creo que nada se habrá perdido. En cambio, si por el contrario, no encontramos frente al Trono a muchos de toda tribu, pueblo, lengua y nación, que podrían haber ocupado allí su lugar si tan sólo alguien les hubiera dado la posibilidad de conocer el Camino al cielo... ¿Cuál no será el reproche del justo Juez de las naciones? ¿Qué excusa —ya irremediable— intentaremos expresar, que justifique nuestra fatal irresponsabilidad?

Amalgamar la misionología con la escatología

Sostengo que deberemos amalgamar en nuestro debate, de una manera más coherente, a la misionología con la escatología. Desde que se anuncia el evangelio, hemos irrumpido en el fin de los tiempos. El fin propiamente dicho no vendrá, sin embargo, hasta tanto el evangelio sea predicado a todas las naciones. Misiones y escatología están estrechamente emparentadas.

Mantener un sentido de urgencia

Frente al desafío que se nos abre respecto a nuestro involucramiento en los campos misioneros de todo el mundo, es probable que nosotros, los latinos, po-

damos incidir decisivamente en la meta de terminar la Gran Comisión en nuestro días.

Como ya lo hemos expresado antes: Porque Él quiso salvar a los hombres por la locura de la predicación; porque anhela que sus criaturas le den la gloria que Él se merece; porque el mandato está dado, ¡debemos y podemos llegar con el mensaje de Jesucristo hasta lo último de la tierra en esta generación!

Los cuantiosos recursos humanos que disponemos de norte a sur y de este a oeste en las tres Américas, más el notable acercamiento que se da entre los pueblos con el aumento de la tecnología moderna (jets, fax, correo electrónico, internet, web, radio, televisión, video, etcétera), nos ponen en condiciones de afectar drásticamente el curso de la historia de la obra misionera mundial.

¡Dios ayude a su iglesia latina a hacer su parte con abnegación y urgencia!

CAPÍTULO 7

Hacia una cooperación interdependiente

HOY YA NO se puede seguir con el planteamiento, hasta hace poco válido, de dividir a la humanidad entre un Primero, Segundo y Tercer Mundo; o entre un Mundo Desarrollado y el otro en Vías de Desarrollo. Con la disolución del bloque comunista y la finalización de la Guerra Fría que nos marcó desde la Segunda Guerra Mundial, ya el cuadro geopolítico mundial precedente no sigue más en vigencia. Y a eso debemos añadir el hecho de la revolución tecnológica (ya sea que se dé por medio de viajes en jets que nos acercan a cualquier punto del globo en apenas horas o al imperio de novedosas e instantáneas formas de comunicación a través del la web y el correo electrónico, por mencionar algunas de las más conocidas).

Sí, nuestro mundo ha cambiado, ¡evidentemente! Y esto afecta, obviamente, también a la relación entre los cristianos de una y otra latitud. Si estamos tratando el tema: «Hacia una cooperación interdependiente»,[13] entiendo que lo estamos haciendo con el fin de clarificar algunos puntos en el relacionamiento mutuo que han sufrido de ciertos malos entendidos, o de trabas, y que no hemos sabido erradicar, de manera que podamos aprovechar al máximo los potenciales que cada uno de nosotros tiene, para el beneficio de la extensión del reino de Dios. Y es nuestro deseo que nos lleven a tomar medidas que ayuden, concretamente, a acelerar la evangelización mundial que nos resta completar.

Expectativas y medición de resultados

Hay diferencias de apreciaciones según las culturas. Hay diferencias de expectativas en cuanto a los resultados que se esperan obtener, así como en los métodos y objetivos de la medición final de los resultados. Para algunos, las cifras dictan la sentencia aprobatoria o reprobatoria; para otros, los números casi no tiene valor, y hasta diría más aún, sienten cierto rechazo a evaluar las cosas fríamente, regidos por simples cifras.

Recuerdo haber leído un artículo de Alwin Toffler

[13] Este tema fue tratado en un cónclave de líderes de misiones de todo el mundo, en Singapur (1990), auspiciado por la Comisión de Misiones de la Alianza Evangélica Mundial.

referido a cómo percibe él el mundo del mañana, que ya está vislumbrándose hoy día. La separación cada vez más evidente entre pueblos y naciones, según Toffler, no será tanto en base a pudientes y dependientes, como lo es hasta ahora, sino en base al criterio de veloces o lentas. Es decir, si los medios de respuesta de una sociedad X son ligeros, ágiles, o llevan un patrón natural de cambios lerdos. Esto, en parte, obedece a la influencia de la tecnología, pero también a otros factores.

Claramente podemos observar cómo en los países anglosajones, debido a varias razones (disciplina, especialización, división de tareas, mejor administración del tiempo, solvencia económica, cantidad de personal más numeroso, etcétera), la toma de decisiones, la comunicación de las medidas adoptadas y su implementación es sorprendentemente más ágil, directa y pragmática que en la mayoría de nuestros países del Sur.

Entre nosotros los latinos sucede que, generalmente, entre idas y venidas, procurando lograr consenso, buscando el apoyo o evitando crear malestar, el proceso de toma de decisiones es considerablemente más lento (a no ser que se trate de organizaciones manejadas por personalidades caudillistas). Y una vez las decisiones son tomadas, hasta llegarlas a implementar, también se ven largamente demoradas, entre otras razones, porque no es tan fácil contar con personal especializado, y los pocos que puedan estar disponibles con convicciones o capaci-

dades están, frecuentemente, con las manos ocupadas en mil otros menesteres. Esto que se da en el plano secular, lo vemos también acontecer en la obra de Dios. No es raro encontrar obreros que para subsistir trabajan en dos o tres ministerios cristianos a la vez, juntando de esa manera el sustento para su familia. Obviamente, se ve obligado a restarle la necesaria dedicación a cualquiera de los mismos como para lograr un resultado excelente. Es común escuchar el pesar de siervos que nunca alcanzan a concretar las demandas a las que están sometidos.

Al hablar de cooperación internacional no podemos menos que tener en cuenta estos factores. Por un lado, a algunos les parecerá como que están siendo atropellados por los de otra cultura con sus exigencias, cumplimientos de plazos estipulados, rendición de cuentas; y por el otro, estarán quienes verán a éstos como demasiado lentos, irresponsables en la palabra empeñada e imprevisibles para futuras operaciones. Se precisa, entonces, de una buena dosis de madurez y comprensión mutuas. Si queremos avanzar hacia una cooperación interdependiente, madura y eficiente, deberemos conocer, aceptar y reaccionar los unos hacia los otros dentro de este marco realista, que presenta sus lógicas limitaciones. No se trata tanto de cambiar la mentalidad y esquema del otro sino de entender cómo funcionar dentro de esta realidad heterogénea.

La barrera que impone el idioma

Deseo abordar un factor que, según considero, pasa frecuentemente desapercibido en ciertos círculos. No existen dudas en que el inglés es el idioma internacional por excelencia. Es la lengua comercial, de los avances tecnológicos, de la diplomacia, etcétera, y se asume naturalmente, que lo es también en la comunidad misionera internacional. ¿Lo es tanto? En foros internacionales evangélicos suele ser el idioma usual. Ahora bien, dada la influencia de Gran Bretaña a lo largo de la colonización de América del Norte, y países de África, Asia y Oceanía, por supuesto que el idioma inglés quedó allí arraigado, si no como primera lengua, al menos como segunda. Pero no aconteció lo mismo en el extensísimo continente americano, donde el castellano y el portugués fueron los idiomas que impuso la gesta conquistadora de la península Ibérica. Esta situación ha llevado a que si bien el inglés es considerado como un idioma importante de ser conocido, en realidad no son muchos quienes lo dominan en tierras hispanoamericanas. Apenas un ínfimo porcentaje de privilegiados que han tenido oportunidad de relacionarse o emigrar al Norte, puede dominar el inglés fluidamente.

Algunos líderes muy representativos para más de cincuenta millones de evangélicos del continente americano, me han manifestado en reiteradas ocasiones, que o bien no los han tenido en cuenta por no dominar el inglés, o que ellos mismos se autoeli-

minaron de encuentros internacionales dada esta real situación. Es de estilo que en los eventos internacionales el inglés ha sido casi siempre la única posibilidad de comunicación ofrecida. En algunos casos, se ha implementado la traducción simultánea, pero que igualmente, para el que tiene que depender de esta muletilla, no le permite sentirse verdaderamente integrado al evento. Presumo que en otros ambientes, más allá de lo que sucede en Latinoamérica, podría darse una situación similar que afecte la fluidez del contacto internacional.

El delicado tema de la cooperación financiera

Este es uno de los aspectos en la cooperación que ha sido siempre muy delicado y difícil de abordar. Partiendo de la realidad de las diferencias culturales, creo que han habido avances en los esfuerzos mutuos de encontrar formas viables y más prácticas de encararlo. No obstante, quisiera dejar mi impresión, fruto de la observación constante y de la experiencia propia, respecto a puntos latentes que deberán ser superados.

Tenemos por un lado el caso del dador que, entendiendo que es responsable por la entrega de fondos (ya sea porque en su país las leyes nacionales son muy exigentes, o sus benefactores lo necesitan), ejerce un control muy meticuloso sobre cómo, en qué y para quién se utiliza el dinero aportado. Esto lleva, inevitablemente, a una actitud directiva, que

como es sabido, puede ofender y trabar seriamente la tarea en un contexto donde las culturas reaccionan de manera distinta que en la del dador.

Por otro lado, el receptor, si las cosas no están convenientemente arregladas de antemano, puede reaccionar de dos formas: o desarrolla un sometimiento total a las directivas del que da con tal de no perder su ayuda, o comienza a experimentar un amargo sabor de sometimiento al cual no desea ni cree que debe acceder. Cualquiera de estas situaciones, ya sea en forma inmediata o a la larga, crea inevitablemente un escollo en la cooperación internacional.

Este es un aspecto que mencionamos aquí sólo en forma reducida, pero que vale la pena sea tocado en profundidad y, muy minuciosamente, si queremos crecer en cuanto a una cooperación madura, eficaz y que cumpla con su verdadera finalidad.

Cooperación internacional en América latina

Yendo a modo de ilustración a lo que se está dando dentro del contexto que tengo más oportunidad de conocer, es decir América latina, quiero poner como ejemplo, la cooperación creciente en el campo de las misiones foráneas, por cierto aún en cierne en la mayoría de los casos, de nuestro continente iberoamericano. Uno de esos ejemplos lo tenemos en COMIBAM Internacional, que intenta expresar el sentir de un creciente movimiento misionero, de

raíz latinoamericana propiamente dicha. En los diversos países de norte a sur y de este a oeste de las tres Américas (más de veinte naciones), este movimiento misionero hacia los pueblos no alcanzados del mundo toma las características propias de cada lugar.

En mi país, Argentina, se llama Misiones Mundiales, en Paraguay CONAMI (Comité Nacional de Misiones), en México COMIMEX (Comité Misionero de México), en Brasil AMTB (Asociación de Misiones Transculturales Brasileña), en Venezuela CNM (Comité Nacional Misionero), en Costa Rica FEDEMEC (Federación Misionera de Costa Rica), en Guatemala CONEMM (Comisión Nacional Evangélica de Misiones al Mundo), en El Salvador MIES (Misión Evangélica Salvadoreña), por citar algunos, pero todos nos sentimos hermanados en lo que es COMIBAM Internacional (Cooperación Misionera Iberoamericana), entidad que a su vez forma parte de CONELA (Confraternidad Evangélica Latinoamericana) que representa en la región a la Alianza Evangélica Mundial como su Comisión de Misiones.[14] Estamos, pues, aprendiendo el difícil arte del relacionamiento internacional y podemos ya ver los avances en este aprendizaje, gracias al Señor, relacionamiento que se están dando no sólo entre latinos, sino también entre latinos con anglos,

[14] En su momento.

africanos, asiáticos, etcétera, que anhelamos se vaya acrecentando cada vez más.

Es mi anhelo que no sólo seamos ilustrados acerca del valor de la cooperación, sino avancemos en pasos concretos que demuestren de manera creíble, que ponemos en práctica esto que el Señor nos mandó realizar como un sólo cuerpo.

C A P Í T U L O 8

Lecciones y modelos de misiones

HACE AÑOS ATRÁS escuché decir que «el que no quiere aprender de la historia, está condenado a repetirla». Quien lo decía se refería a lo político, pero creo que el dicho es perfectamente aplicable a lo espiritual. En tal caso, dos mil años de cristianismo son más que suficientes para ilustrarnos acerca de los avances (con algunos retrocesos), que hubo desde que aquellos humildes galileos comenzaron a desparramar por el mundo las buenas nuevas de Jesús.

Lo hicieron partiendo de un pequeño e intrascendente estado de Medio Oriente, que hacía ya más de quinientos años estaba sumido bajo sucesivos dominios imperialistas; de allí, precisamente, y con gente sencilla y común (diríamos hoy, pertenecien-

tes al Tercer Mundo) resonó sobre la faz de la tierra el mensaje de vida y esperanza, centrado en Aquél que es «el Deseado de todas las naciones» (Hageo 2.7).

Como es obvio, el cristianismo no nació en Iberoamérica, nos fue importado. Y lo sembrado por quienes nos lo trajeron —ya sean los europeos ibéricos (desde el tiempo de la Conquista) como los europeos anglosajones (en tiempos más recientes)— ha dejado sus profundas huellas en nuestra tierra. Damos gloria a Dios por los instrumentos que Él supo utilizar para traer a estas latitudes el glorioso mensaje de la cruz. Mas ahora, —¡y a no dudarlo!— nos toca a nosotros, los latinos, tomar la antorcha de la empresa misionera mundial. Como aquéllos, habremos de dejar nuestras propias huellas en distantes y hasta exóticos rincones del planeta. Surgen algunos interrogantes: ¿cómo lo haremos?, ¿cómo evitaremos los errores que otros cometieron?, ¿cuánta humildad tendremos para reconocer los propios y corregirlos?

Los aciertos y fracasos de otros nos ilustran, ya para imitarlos, ya para evitarlos. Al observar la todavía corta historia de las misiones latinoamericanas, quiero hacer en primer lugar, un breve análisis de los modelos «a la latina» que hemos podido detectar; y luego, presentar algunas lecciones que los mismos nos ofrecen.

Modelos de misiones latinas

1. *El modelo «Dios te bendiga»*. Lo encontramos en la gran mayoría de los misioneros latinos que han salido al campo. Es un modelo de fe, donde se resalta el valor de la confianza en la provisión de Dios, fuente de toda riqueza y sustento. Los que salen son luchadores, visionarios, hombres y mujeres (un gran porcentaje son jóvenes) que salen con la bendición de la iglesia (si es que la consiguen), bendición que consta prácticamente del conocido: «¡Dios te bendiga, estaremos orando por ti!».

Al ausentarse de la ciudad, de los seres queridos y de su iglesia, sale a lo sumo con alguna ofrenda que la iglesia le brinda, más algunas otras que pudo recoger de amigos que simpatizan con su idea de hacer misiones. En el transcurso de los siguientes meses, las ofrendas prometidas se irán haciendo cada vez más escasas y salteadas.

Resulta que el pastor y los diáconos no tienen internalizado debidamente lo de «las misiones» y todo el apoyo que pueden darle es meramente por compromiso moral o por la emoción del momento. Con el correr del tiempo, si el pastor y la iglesia no tienen fuertes convicciones bíblicas y misioneras, todo se irá diluyendo.

Los misioneros que así salen pagan un alto costo por la inseguridad que deben afrontar bajo este «sistema», que más que sistema, es una deficiencia que obedece a una falta de planificación, entremezclada con el concepto de que «Dios proveerá todo lo

necesario a su siervo». Claro que quienes tienen tal opinión, pasan por alto que si en casa propia (la patria) bien cuesta conseguir sostén, cuánto más en el campo de misión. Como quiera que sea, el misionero del tipo «Dios te bendiga» es un aventurero de fe, que abre puertas, inspira a otros, demuestra que no hace falta tener una gran organización detrás que lo ampare, y que las misiones se pueden hacer «confiando en Dios, más que en los hombres». Lo que duele, sin embargo, es cuando ese misionero debe regresar a su patria al cabo de unos pocos meses (o años), porque no pudo seguir permaneciendo en el campo: le faltó el apoyo de la iglesia local, no tuvo la preparación suficiente, las finanzas no alcanzaban, no pudo enfrentar adecuadamente la educación de sus hijos en el exterior, etcétera.

El «Dios te bendiga» puede resultar (¡y ha resultado!), pero cuidado, puede ser nefasto si detrás de eso se esconde la indolencia e improvisación del pastor, de los líderes y de la iglesia, que no supieron encaminar y apoyar debidamente al que tenía un verdadero llamado a las misiones.

2. *El modelo «a la anglosajona»*. Dado que la inmensa mayoría de los evangélicos latinos provenimos del catolicismo romano que ha permeado nuestro ser desde hace siglos, el modelo misionero que más ha repercutido en nosotros, por contraposición, ha sido el de nuestros hermanos anglosajones. Es axiomático que tomemos distancia de todo lo que nos huele a catolicismo, y hasta con razón.

Debemos a nuestros hermanos *rubios* el inestimable legado de la fe evangélica que trajeron a nuestra América latina. Pero eso no nos debe confundir, al punto de que todo lo anglosajón deba ser bueno y la manera en que ellos hacen misiones sea la única como se debe hacer. Se percibe la influencia (consciente o inconsciente) de algunos modelos anglosajones de hacer misiones: en el proceso de selección de los misioneros, en los altos requerimientos académicos exigidos, en la seguridad económica que le debe brindar la organización enviadora, etcétera. El obrero «a la anglosajona» saldrá al campo a plantar una iglesia de su misma denominación («conforme a su imagen y semejanza»), se regirá firmemente por los principios de su organización, y de hecho, trabajará en un campo «no alcanzado», vale decir, donde su propia denominación no ha plantado aún su bandera, ¡sin importar si existen o no iglesias de otra denominación!

3. *El modelo «mestizo»*. Por mestizo entendemos la cruza de raza ibérica con indígena, ¿pero qué de la mezcla anglosajona con la latina en lo referente a las misiones? En este experimento mestizo de hacer misiones se da una suerte de simbiosis entre algunos elementos anglosajones y algunos latinos. Generalmente, se trata de una organización que reside en Norteamérica (o en el Sur, pero bajo conducción *gringa*) que toma la iniciativa y comienza a buscar colaboradores entre los latinos, ofreciendo algún tipo de ayuda para trabajar en conjunto.

Actualmente lo están haciendo tanto iglesias anglosajonas como organizaciones paraeclesiásticas. El modelo, como el otro, es válido, y más en esta hora de la internacionalización y globalización que experimenta la iglesia. Lo que no podemos dejar de observar, sin embargo, es que los altos mandos de este tipo de misión siguen estando todavía en manos de los anglos. En algunos casos es porque nos aventajan en experiencia; en otros, porque «el dinero lo ponen ellos» (¡y el que pone el dinero manda!); y en algunos, porque hay todavía latinos que ni siquiera se dieron cuenta de que pueden ser capaces de pensar y actuar por cuenta propia y a su manera.

4. *El modelo «multinacional»*. Este modelo surge bajo el patrocinio de organizaciones misioneras anglosajonas que han ido conquistando más y más sangre joven. Estas organizaciones internacionales han ido delegando responsabilidad poco a poco a los hispanos, al menos localmente. Son las que primero ofrecieron motivación, infraestructura, conexiones, experiencia y caminos abiertos en el exterior para que salgan centenares de jóvenes a las misiones (por ejemplo: Operación Movilización, Juventud con una Misión, Cruzada Estudiantil y Profesional para Cristo, Cruzadas Internacionales, etcétera). Son mayormente de corto plazo, si bien algunas de ellas han ido incrementando paulatinamente su servicio a plazos más prolongados.

En muchísimos casos han sido la única alternativa práctica y valedera que han encontrado nuestros

jóvenes para tener su primera experiencia en el campo misionero. Admitamos con franqueza, como pastores y líderes, que en muchas de nuestras congregaciones, asociaciones y juntas denominacionales, no hemos tenido ni idea de cómo encauzar a la juventud en su inquietud misionera. Lo más que hemos hecho es decirles que trabajen en la iglesia local, y luego «despacharlos» a algún seminario, pero no les hemos sabido orientar concretamente en cuanto a las misiones; mientras que estas organizaciones misioneras ¡sí lo supieron hacer!

En estas misiones «multinacionales» los jóvenes adquieren visión, se exponen a convivir con otros en las más disímiles situaciones, y si llegan a escoger el servicio misionero como la opción máxima para sus vidas, las experiencias vividas le habrán ayudado —al menos en parte— a saber de antemano «en qué se metieron».

5. *El modelo «a lo nuestro»*. Es difícil decir que contamos con un modelo propio de hacer misiones. La idiosincracia de nuestro pueblo, viviendo en un continente tan vasto (por más que tengamos una lengua en común) es muy variada; además, el movimiento misionero es muy joven como para que podamos perfilar a esta altura un perfil definido. Sin embargo, por las evidencias iniciales, se aprecia uno en donde el protagonismo central lo tiene la iglesia local o la denominación. Iglesias y pastores no poseen, quizás, demasiada experiencia misionera transcultural, pero sí una buena dosis de intrepidez

y creatividad. Centran mayormente todo el empuje en torno a la iglesia local (u organización denominacional a la que pertenece). Quiere ser parte del envío, del sostenimiento y de la supervisión del misionero. A medida que van apareciendo los problemas, se van resolviendo sobre la marcha y formando las políticas operativas.

Tienen al frente un pastor fuerte y con visión misionera, hay iniciativa propia, seguramente que una buena dosis de espontaneidad (o improvisación), y un entusiasmo contagiante.

Lecciones que podemos extraer

En base a lo que hemos compartido, hacemos algunas consideraciones, con la oración al Señor de que las use y sirvan de estímulo para un sano desarrollo de este enorme arsenal que Dios tiene entre los latinos de las Américas, de manera que pueda «bendecir a todas las familias de la tierra».

Las mencionamos sin orden de preferencias:

1. *Aprovechar la capacidad de mimetización*. Sea por los rasgos fisonómicos, los valores sobre la familia, la amistad, la expresividad, etcétera, nuestra clara identificación hispánica es con el Tercer Mundo (aunque con la caída del muro de Berlín toda esta categorización ha perdido prácticamente su vigencia, mientras aguardamos nuevos ensayos que reemplacen lo viejo). Lo cierto es que en otras latitudes no ven a los latinos embanderados necesariamente con los poderes coloniales de las grandes

potencias mundiales. ¡Que nuestros misioneros logren identificarse plenamente con otras culturas, que procuren ser uno con el pueblo al que van a servir, buscando contextualizar el mensajero y el mensaje a la cultura en la que vivirán el evangelio, para que toda la gloria la reciba el Señor!

2. *Procurar a toda costa la cooperación*. Un buen porcentaje de misioneros que han salido está repitiendo exactamente los mismos errores que nosotros criticamos en los gringos. Nos trajeron el evangelio, sí, pero nos trajeron también sus divisiones, sus organizaciones, sus puntos distintivos. Como resultado, podemos contar por centenares las denominaciones, asociaciones, corporaciones, etcétera, en América latina. Ahora nosotros estamos comenzando a hacer lo mismo que nos dolió ver acontecer en nuestro medio: estamos llevando nuestras divisiones al campo de misión. ¿Podremos, al fin, procurar hacer realidad la oración del Maestro: «Que todos sean uno [...] para que el mundo crea» (Juan 17.21)?

Esta cooperación puede y debiera darse tanto en el país de envío como en el campo de misión. Aspectos tales como la información, capacitación, supervisión, transferencia de fondos, trámites, asistencia pastoral en el campo, recorrida de iglesias cuando el misionero retorna a su patria por licencia, etcétera, son algunos de los muchos puntos donde podemos demostrar si sinceramente queremos cooperar con otras iglesias, o seguiremos siendo islas, con tal de

no correr el riesgo de perder nuestra identidad, por la satisfacción del protagonismo central, y por qué no decirlo, por los laureles.

3. *Brindar la mejor preparación transcultural.* La mayoría de nuestros pastores han sido formados (si es que han tenido la dicha de pasar por las aulas de un seminario o instituto bíblico) a través de una capacitación teológica y ministerial que ha apuntado, de manera casi uniforme en toda Iberoamérica, para llegar a ser un pastor que ejerza un ministerio monocultural, y para más, en una iglesia ya establecida previamente. Lentamente, vamos captando que para ser misionero, y servir en una cultura diferente, tal preparación no es suficiente ni adecuada. Todavía cuesta romper con el molde de que ese perfil pastoral sea el único o el mejor para todo aquel que aspira a servir al Señor.

Sugiero a quienes tienen en sus manos el poder de decisión en cuanto a la capacitación de los obreros y obreras de su iglesia, denominación y seminarios: consideren no suprimir el clásico modelo pastoral, pero sí añadir el modelo del misionero. Apunten a brindar currículos teóricos y prácticos que ofrezcan alternativas de capacitación misionera a los aspirantes que están esperando la oportunidad de alistarse antes de salir a la misión. Pero que no se sigan «porque sí» los patrones que han marcado la educación teológica de nuestras instituciones teológicas. Lo académico no es la única medida para juzgar la eficiencia; incluyamos aspectos prácticos, lo

no formal, y hasta lo informal ¡sin temor a considerar que por ello estamos bajando de nivel o prestigio!

4. *Mantener la dependencia del Espíritu Santo*. A lo largo y ancho del continente se percibe en el pueblo latino un soplo «suave y apacible» (¡en algunos casos puede ser más ruidoso, también!). Es el mover del Espíritu de Dios en nuestro medio. ¡Gloria al Señor! Sin grandes recursos, aunque con mucha siembra, contamos con una gran cosecha de aproximadamente sesenta millones de evangélicos y millares de congregaciones. ¡Eso lo hizo realidad el Espíritu Santo, quien tocó y movió los corazones! No perdamos la *dinamita* (Romanos 1.16) del evangelio, y dejemos que el mismo Espíritu Santo, que como en Antioquía dijo: «Apartadme a Bernabé y a Saulo» (Hechos 13.2), sea quien envíe a nuestros misioneros al campo de misión (v. 4).

Lo que muchas de nuestras iglesias experimentan (fervor evangelístico, vida de oración y ayuno, expulsión de demonios, sanidades, milagros, etcétera), son algunos de los recursos sobrenaturales que el Espíritu Santo más puede utilizar para despertar y sacudir la conciencia adormecida de una sociedad pagana, donde Krishna, Buda, una serpiente, una vaca, o el mismo Alá, aparentan ser todos similares.

¡Que permanezcamos flexibles para adaptarnos a nuevas situaciones y sepamos aprovechar para bien esa gran capacidad (¿capacidad?) de improvisación

que poseemos, y bajo la renovada unción del Espíritu de Dios, hagamos misiones en su poder!

5. *Desarrollar un sentido de seria responsabilidad*. Una de las aristas más inquietantes, si no la que más, es cuál va ser la relación de la iglesia enviadora con su misionero, a partir de la llegada de éste al campo. Terminaron las lágrimas de despedida, los votos de apoyo por él o por ella ya se silenciaron... Bien, ¿qué sucede con esa iglesia seis meses después? Es más que probable, como dijimos anteriormente, que se olvide paulatinamante de su misionero. Insistamos en que nuestro compromiso sea tan serio como el de los gringos, que cuando prometen una cosa la cumplen contra viento y marea, aunque hayan pasado largos años. Sumado a eso, que nuestra responsabilidad se extienda en la atención del misionero en su campo de acción, con visitas de pastoreo (sí, el misionero lo precisa, deseperadamente, en la soledad de la lejanía). Con el transcurrir de los años se verá si la responsabilidad asumida fue «a la latina» o ¡como Dios quiere!

6. *Enfocar objetivos netamente pioneros*. Los misioneros que salen lo hacen en gran parte a campos ya cristianizados, donde llevarán a cabo frecuentemente una labor monocultural. Trabajarán con latinos en los Estados Unidos, Europa, Australia o algunos países asiáticos. ¡Bien! Pero todavía son pocos los que lo hacen en campos verdaderamente no alcanzados con el evangelio, donde el cristianismo es desconocido. Me refiero a los campos

islámicos, tribales, hinduistas, confucianistas y demás religiones orientales. No perdamos el desafío de las misiones netamente pioneras.

No se trata de hacer misiones al extranjero, simplemente. Tengamos como objetivo los miles de grupos étnicos donde la iglesia aún no está establecida, tal como era la consigna del apóstol Pablo: «Me esforcé a predicar el evangelio, no donde Cristo ya hubiese sido nombrado» (Romanos 15.20). Y si enviamos a esos campos, que se tenga siempre bien en alto la necesidad de plantar iglesias locales que sean autóctonas, ¡y misioneras desde el principio!

7. *Atreverse a innovar*. Dado que no contamos con demasiados antecedentes propios y estamos en el comienzo de lo que puede llegar a ser una gran oleada de misioneros latinos atravesando los mares del mundo, podemos sembrar pautas para el futuro. No estamos atados a convencionalismos ni a una larga historia de misiones que nos condicione. No tengamos, entonces, miedo de innovar, de ser creativos, y procurar nuevos modelos, al estilo de los que llegaron a Antioquía, que: «Hablaron también a los griegos» (Hechos 12.20), haciendo algo que hasta ese momento no era de estilo hacer, y dieron comienzo así, de manera inédita, a lo que sería la iglesia misionera por excelencia del Nuevo Testamento, la iglesia de donde partiera el primer equipo apostólico a las naciones.

8. *Mantener en firme el modelo sacrificial*. En países de Asia y África, y en Latinoamérica desde

México hasta Tierra del Fuego, las iglesias están haciendo misiones en medio de las más adversas economías y con monedas que poco valen en el escenario mundial. Algunas deben hasta pasar por fuertes presiones de gobiernos hostiles al evangelio y toda suerte de restricciones. En contraste, tengamos en cuenta a la numerosa iglesia hispana en los Estados Unidos, que está asentada y se nutre de la potencia económica más rica del mundo, y que es a la vez la iglesia que mayor aporte ha hecho a la causa de la evangelización mundial (¡con recursos materiales y experiencia misionera de casi dos siglos!). No existe otro país que ofrezca semejantes posibilidades y antecedentes para expandir el evangelio como el que encontramos en el Norte. Intentemos unir societariamente estos tremendos recursos con los de nuestros hermanos de raza del Sur. ¡Hagamos uso de esta condición favorable o en el Día final será tarde para lamentarlo!

Que podamos experimentar —¡en el buen sentido!— como aconteció en el Antiguo Testamento, cuando el pueblo escogido se «aprovechó» de los tesoros de los egipcios: «Y Jehová dio gracia al pueblo delante de los egipcios, y les dieron cuanto pedían; así despojaron a los egipcios» (Éxodo 12.36).

Las iglesias de Macedonia y Acaya, en extrema pobreza y bajo persecuciones (2 Corintios 8.1-4), se solidarizaron con sus hermanos pobres de Judea, y participaron en una misión de socorro al exterior. Por más necesitados que estaban, y por nuevos que

eran en la fe (se habían convertido del paganismo recientemente), no se privaron del privilegio de cooperar en la causa de Cristo, con sacrificio, amor y gozo, en regiones distantes, más allá de sus cuatro paredes.

¡Imitémosle!

CAPÍTULO 9

Y por los que jamás oyeron, ¿quién se preocupa?

LOS ESTUDIOSOS NOS dicen que hay miles de grupos etnolingüísticos que no cuentan con una iglesia cristiana establecida. Las cifras anteriores hablaban de dieciséis mil quinientos de tales pueblos, luego se bajó a doce mil, un poco más adelante a once mil, y ahora parece ser que la cifra ha bajado más aún (ocho mil), todo lo cual nos señala, obviamente, de los asombrosos avances que se están logrando.

Si bien en la mayoría de estos grupos humanos se están haciendo intentos por llevar el evangelio de nuestro Señor Jesucristo, lo cierto es que son más de mil trescientos millones las almas que están fuera del alcance evangelístico de cualquier iglesia. Son almas que vagan rumbo a la condenación, sin saber

que hay esperanza de vida eterna mediante Cristo Jesús, situación ésta muy distinta a la de los millones en nuestros países, que estando también perdidos, tienen, sin embargo, más que suficientes medios a su alcance para poder encontrarse con el Salvador, si tan sólo quisieran.

¿Pero qué de los paganos en otros continentes, que viven y parten a la eternidad bajo el poder de las tinieblas que los han dominado desde tiempos inmemoriales?

Guerra espiritual, aquí, ¿y allá?

Mucho se suele hablar hoy de guerra espiritual, de espíritus territoriales, de atar al hombre fuerte, de liberación, etcétera —y ¡gloria a Dios por ello y por el poder que tenemos en el Nombre que es sobre todo nombre, Jesús!—, pero confieso, francamente, que me preocupa que cuando se habla de guerra espiritual, se hace escasa o nula mención a la espantosa situación que viven millones y millones de almas bajo el islam, el budismo, el hinduismo y las religiones tribales.

¿Será que estamos tan absortos con lo que sucede aquí que no nos interesa el destino eterno de aquellos millones? ¿Será que el poder que tenemos en Cristo es sólo para quienes estén a nuestro alrededor, en nuestra patria, pero para los que están lejos... ¡pues que se encarguen otros! ¿Será que deberemos continuar enseñando a nuestros feligreses que hagan uso de los recursos sobrenaturales

del Espíritu Santo para vencer a las huestes del enemigo aquí, pero guardando un comprometedor silencio sobre la obligación misionera que ellos tienen para un mundo pagano que perece? ¿Será que estamos tan afanados por el presente tiempo de cosecha evangelística, que pensamos que las misiones —esas son «palabras mayores»,— es para gente más comprometida, para cuando los «nuevos» estén más firmes, para más adelante...? ¿Llegará, acaso, el utópico día cuando podamos decir con satisfacción, finalmente, que estamos listos para las misiones?

¿Cómo podremos hacer mención en nuestros encuentros evangélicos del poder de Cristo liberando a los oprimidos por el demonio, aquí, en nuestro medio, y olvidar por completo a los que están tan remotamente apartados de cualquier conocimiento de Cristo, y que estarían anhelando que alguien les lleve la Verdad?

Miopía y egoísmo

Me atrevo a decir, que a menos que comencemos a pensar y clamar seriamente por la salvación de los pecadores en tierras donde el evangelio jamás penetró, y sigamos insistiendo sólo en las necesidades locales (o nacionales), pensando sólo y ocasional o circunstancialmente en las misiones al extranjero, estaremos evidenciando una vez más —perdón por la franqueza— nuestra miopía y egoísmo.

Y si las misiones a los pueblos paganos no es abordada por los más altos dirigentes evangélicos,

al nivel que naturalmente les debiera corresponder por tratarse de una cuestión de semejante importancia, ineludible, entonces, no nos extrañemos si nuestros jóvenes se van con otros movimientos y organizaciones, o lo que es peor, los veamos desinflarse, perdidos para la vocación con que el Señor supo en un momento llamarlos.

Mirar hasta lo último

Es cierto, hemos avanzado en cuanto a las misiones foráneas, pero hasta ahora, los que han salido, lo han hecho mayormente a países «cristianos» de Europa o las Américas, y son escasísimos los que lo han hecho a pueblos realmente carentes del más mínimo conocimiento del cristianismo.

A ellos deberíamos enfocar —¡al fin!— nuestra atención.

C A P Í T U L O 10

El gran misterio revelado a las naciones

> A ellos Dios les quiso dar a conocer la gloriosa riqueza que ese designio encierra para todas las naciones. Y ese designio secreto es Cristo, que está entre ustedes y que es la esperanza de la gloria que han de tener (Colosenses 1.27, VP).

SI BIEN EL tema que tenía asignado originalmente era «La creatividad latina en el envío de misioneros», me he tomado —con vuestro permiso— la libertad de modificarlo. Arribar a una conclusión no es tarea que resulte fácil, máxime teniendo en cuenta el calibre de la exposiciones que me precedieron, la fructífera dinámica que caracterizó a todo este cónclave y la talla espiritual de los hombres y mujeres de Dios presentes.

Pero en un intento de atar cabos, y buscando del

Señor alguna palabra oportuna para compartir con todos ustedes, he encontrado que el texto recién leído de Colosenses 1.27 bien podría encerrar, cual resumen, la mejor expresión de todo lo que está en juego detrás de estos intensos y provechosos días vividos aquí.

Valga la pena recordar, como aclaración introductoria, que frecuentemente, cuando nuestra Reina-Valera 1960 traduce «gentes» o «gentiles», otras versiones, tales como la Versión Popular o la Nueva Versión Internacional, lo hacen por «naciones». Al rastrear de cerca el Nuevo Testamento griego observamos que la expresión utilizada es *ta ethné,* de donde deriva en castellano la voz «etnia». De ahí que utilizaremos de manera indistinta, cuando corresponda, las acepciones «naciones» o «etnias» para hacer más claro el significado bíblico.

Un misterio oculto durante siglos

Se trata, en síntesis, de que hubo un misterio que permaneció oculto a lo largo de los siglos, y fue revelado para conocimiento de todas las etnias del mundo. Este misterio es: «Cristo en vosotros, la esperanza de gloria».

Por razones exclusivas que hacen a su propia omniciencia y predeterminado consejo, Dios lo mantuvo «oculto desde tiempos eternos», o como lo expresa la Nueva Versión Internacional: «ocultó su misterio durante largos siglos» (Romanos 16.25). Efectivamente, los pueblos del mundo estuvieron

privados y alejados de la revelación salvífica de nuestro gran Dios. Han estado ajenos, totalmente, a «la adopción, la gloria, el pacto, la promulgación de la ley, el culto y las promesas» (Romanos 9.4) —que les cupo disponer un día, cual enorme privilegio, al pueblo de Israel—; han vivido sin el conocimiento del Altísimo y con una mente oscurecida por el operar diabólico (Efesios 2.2-3).

Para nosotros, con más de quinientos años de cristianismo en América latina, nos resulta carente de novedad hablar del evangelio, de buenas nuevas. Que cuando los conquistadores europeos desembarcaron en nuestras tierras venían con la espada y la cruz (¡vaya novedad!), no nos toma por sorpresa... ¡lo sabemos desde niños! Pero, hermanos, no deberíamos jamás perder el sentido de novedad, de tenerlo como algo que recién acabamos de enterarnos. Y aunque nosotros estuviéramos ya habituados, para aquellos otros pueblos —saharauis, bubis, yanomamis, misquitos, ixtiles, cuibas, chuks, uolofes, uzbecos, shui, mantí, ticunas, por citar solamente unos pocos de los que hemos mencionado en estos días— que están en la más absoluta ignorancia, el evangelio, al estarles así velado, les resulta como un misterio. Llegaría a ser para ellos una tremenda novedad ¡si tan sólo tuvieran la dicha que nos tocó a nosotros cuando nos trajeron las buenas nuevas!

Podemos imaginarnos cuál es la expectativa que

ellos albergan cuando leemos Hageo 2.7: «Vendrá el Deseado de las naciones». ¡Sí, lo están esperando!

El misterio fue ya revelado

Pero «cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo» (Gálatas 4.4) y lo reveló a la humanidad, dándolo a conocer al mundo entero. Como vimos en Colosenses 1.27 el misterio revelado es «Cristo en vosotros», pero se trata de un Cristo revelado en un plano de total igualdad con Israel y el resto de las etnias del mundo. Efesios 3.6 dice: «El designio secreto es este: que por el evangelio Dios llama a todas las naciones [etnias] a participar, en Cristo Jesús, de la misma herencia, del mismo cuerpo y de la misma promesa que el pueblo de Israel» (VP). Sí, los gentiles (léase: etnias, razas, lenguas), son copartícipes —junto con el pueblo de Israel—, de una salvación tan espectacular que Dios ha consumado sobre la tierra.

Es importante señalar que el mandato de Dios es que hagamos discípulos a *todas* las naciones. Romanos 16.26 dice: «Se ha dado a conocer a todas las naciones [etnias]» (VP); por lo tanto, no debería quedar ni una sola de todas ellas excluida de este propósito. Cada una requiere ser considerada en forma debida, de manera de asegurar que ninguna quede fuera de este plan universal de redención divina. De ahí, la importancia que reviste el trabajo de investigación misionológica que se lleva a cabo en diversos frentes del mundo no alcanzado. Se trata

de documentar, fehacientemente, dónde se encuentran los grupos humanos que jamás oyeron de Cristo, cómo están conformados, cuáles son sus necesidades y formas de vida, y cómo mejor entrar a ellos con el mensaje de Vida. Por la gracia de Dios, se han hecho avances enormes en los últimos años, y hoy disponemos de información más que suficiente como para saber cuáles son aquellas «naciones» donde la bandera del crucificado no ha sido aún enarbolada.

Doxología paulina

La doxología paulina de Romanos 16.25-27 incluye tanto una cosmología como una misionología, aplicadas directamente a los grupos étnicos no alcanzados del mundo. La gloria sea al «único y sabio Dios», en la medida en que se cumplan sus designios de ser «dado a conocer a todas las gentes [etnias] para que obedezcan a la fe» (v. 26).

Desde el trono fue emanada una orden: «Se ha dado a conocer [...] de acuerdo con el mandato del Dios eterno [...] a todas las naciones [etnias]». Tal mandato debe, pues, ser obedecido, dado que nace de su propio corazón; y aunque Él no estaba obligado a hacerlo, lo hizo. «Por las Escrituras de los profetas [...] se ha dado a conocer a todas las gentes [naciones, etnias] para que obedezcan a la fe» (v. 26) y tributen honor y gloria al Señor.

Preso por las etnias no alcanzadas

En Efesios 3.1-13 el apóstol trata acerca de este misterio y comienza expresando: «Yo Pablo, prisionero de Cristo Jesús por vosotros los gentiles [las etnias]» (v. 1). Es como si dijera: «Estoy preso por causa de vosotros, los que pertenecéis a los más diferentes grupos étnicos o raciales, que jamás soñasteis con cosa semejante; es por vosotros que sufro la privación de mi libertad».

A él le costó la cabeza: de honda raigambre judía como era, cuando en obediencia al llamamiento celestial se lanzó en su carrera misionera para alcanzar a la gentilidad (saliéndose así de los cerrados cánones raciales y religiosos que lo caracterizaban como hebreo), provocó serios conflictos en el seno de la iglesia primitiva, razón esta última por la cual fue, finalmente, encarcelado y enviado a Roma.

Nuestra misión afecta las esferas celestes

Cuando pensamos en la evangelización mundial y cómo esta tarea afecta a la vida de los pueblos, nos damos cuenta de que el evangelio, más allá de tocar simplemente la esfera humana, afecta también a las esferas celestiales. En Efesios 3.8-13 el apóstol dice: «Recibí esta gracia de predicar a las naciones [etnias] las incalculables riquezas de Cristo [...] El fin de todo esto es que la sabiduría de Dios [...] se dé a conocer ahora, por medio de la iglesia, a los poderes y autoridades en las regiones celestiales» (VP).

Hermanos, sea que estemos predicando el evan-

gelio, o que planeemos hacerlo para que pueda llegar hasta los confines de la tierra, sepamos, ciertísimamente, que hay algo más allá del alcance medible con nuestros sentidos humanos. Esto que hacemos no afecta simplemente a una etnia, o un pueblo determinado, sino que es algo que se proyecta hacia dimensiones espirituales que trascienden lo meramente terrenal.

El v. 10 nos dice que tal autoridad ha sido conferida a la iglesia: «Para que [...] sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia». Es la iglesia el agente que llevará a las etnias el conocimiento de la verdad de Dios y que, a la vez, afectará también las regiones celestiales. Existen principados y potestades, como el apóstol lo manifiesta en Efesios 2.2-3 y 6.11-16, que están gobernando y dominando extensas regiones del mundo. Cuando la iglesia hace misiones y llega allá, está sacudiendo los poderes territoriales que gobiernan a la gente. La iglesia está afectando no sólo la vida de las personas aquí en la tierra —y el destino de sus almas para la eternidad—, sino que estará conmocionando también las fuerzas de aquellas legiones celestiales que están dominando al mundo y privando a los hombres del conocimiento de la verdad.

Esto era un misterio y Pablo recalca: «Yo tuve el privilegio de conocerlo, me lo han encomendado, y lo que ahora sufro, encarcelado, es por ustedes —las etnias— para que también puedan conocerlo».

¿Por qué misiones ahora y no antes?

Tal vez pudiera sonar crítico, y aclaro que no es mi intención serlo con nadie —en lo más mínimo—, pero resulta que a veces me he preguntado por qué estamos hablamos hoy de misiones y no lo hacíamos veinte años atrás. ¿Será porque es un mover del Espíritu Santo? ¿O que Dios nos está recién revelando algo que antes no sabíamos?

Frecuentemente, los medios de comunicación (manejados mayormente por intereses y capitales del Norte) nos influyen con una perspectiva muy particular en lo concerniente a la economía, la geopolítica internacional, etcétera. Pero basta con hacer un viaje a la India, China u Oriente para darse cuenta de que la percepción del mundo (o cosmovisión) de aquéllos es totalmente distinta de la nuestra. En las últimas décadas hemos venido hablando del Primer Mundo capitalista, del Segundo Mundo comunista y del Tercer Mundo en vías de desarrollo. Pero, derribado recientemente el muro de Berlín y el bloque comunista (con poquísimas excepciones), me pregunto: ¿cuáles son ahora nuestro Primero, Segundo y Tercer Mundo? Hemos concluido cuarenta años de Guerra Fría entre el Este y el Oeste, donde por momentos parecía que casi se armaba la Tercera Guerra Mundial. Ahora hablamos de nuevas relaciones entre el Norte y el Sur, los pudientes del Norte y los endeudados del Sur.

Los estereotipos clásicos

Hay ciertas situaciones que a lo largo de la historia nos han ido estereotipando a los latinoamericanos, como pertenecientes al Tercer Mundo, al Sur, a Occidente. Pero, ¿cuán válidos son tales criterios? Para nosotros, hablar de Latinoamérica como de una América latina única —porque simplemente hablemos español o portugués, o tengamos un antecedente católico común—, nos muestra lo inadecuada que resulta tal categorización, dado que podemos llegar a ser muy distintos un sudamericano de un centroamericano, un brasileño de un andino, o un descendiente europeo de un aborigen (de cualquiera de los cuatrocientos y tantos grupos tribales que hay, auténticos dueños de este suelo pródigo). Evidentemente, no resulta tan cierto que por el hecho de ser latinos todos seamos similares.

Se habla hoy de globalización, de aldea mundial, pero a la vez ciertas regiones de Europa y Asia Central se están fragmentando, más y más, con el resurgir de los etnocentrismos y las lealtades raciales, y «nuevas» fronteras políticas están reapareciendo.

¿Qué hay detrás de estas «nuevas» misiones?

Celebramos un resurgir espiritual en América latina, pero fenómenos religiosos similares se dan también con otras religiones; es que luego de un marcado materialismo filosófico en que estuvimos inmersos durante un siglo, el péndulo ha oscilado

ahora hacia el misticismo, una nueva religiosidad, el pensamiento mágico, la nueva era, el esoterismo.

Entonces, refiriéndonos a las misiones: ¿por qué es que las estamos haciendo? ¿Puede haber detrás de este empuje ciertas motivaciones *non sanctas* que nos estén impulsando? ¿Es que ahora, por fin, tenemos una identidad propia? Hemos salido de regímenes dictatoriales y vuelto a la democracia. Vamos rumbo a una economía estable, la inflación descontrolada se ha ido deteniendo progresivamente, comenzamos a tener proyección internacional, etcétera, ¡y claro!, todo esto ha favorecido que nuestra autoimagen se nos afiance y podamos exclamar: ¡Podemos hacerlo! ¿Será que algunos de estos factores nos están influyendo, tal vez inconscientemente?

Sam Wilson, conocido misionero que trabajó con Visión Mundial, me invitó un día a almorzar y me compartió: «En Norteamérica vimos salir el mayor oleaje de misioneros al extranjero luego que terminó la Segunda Guerra Mundial». Cuando, sorprendido, le pregunté el porqué, me aclaró: «Porque al terminar la guerra teníamos un sentimiento de que habíamos triunfado y nuestra autoestima se elevó».

Si Latinoamérica está despertando a su responsabilidad misionera (como debería haberlo hecho hace mucho tiempo), ¿lo estará haciendo, ahora, impulsada realmente por obra del Espíritu de Dios o movida por una identidad propia que se viene

acentuado en los últimos tiempos? ¿Qué puede haber detrás de esto?

Cuando analizamos la historia del norte de África —donde actuaron durante los primeros siglos del cristianismo famosos padres de la iglesia, tales como Tertuliano, Orígenes y Agustín—, observamos que el cristianismo fue luego borrado del mapa. Lo mismo aconteció en Asia Menor (hoy Turquía), donde las iglesias habían florecido, fruto de la labor paulina. Iglesias como las de Éfeso, Colosas, Galacia y las siete del Apocalipsis desaparecieron al cabo del tiempo. Había llegado al escenario una nueva religión monoteísta y rival: el islam. Transcurrieron mil trescientos años y la situación no ha sido revertida ni el terreno recuperado. ¿Por qué?

Europa central vivió la Reforma protestante del siglo diecisíes y los grandes avivamientos posteriores del pietismo, de Whitefield y Wesley, de los moravos, etcétera, pero hoy está en declive y bancarrota espiritual, con sus bases cristianas erosionadas mortalmente. En muchos casos los grandes templos y catedrales quedan como silenciosos mausoleos que recuerdan un pasado glorioso que supo tener en un atardecer no muy lejano.

Pienso en China, cuando en 1949 durante la revolución de Mao Tse-Tung se calculaba que había, tal vez, un millón de evangélicos. Los misioneros extranjeros fueron expulsados, las imprentas confiscadas, los templos clausurados, y miles y miles martirizados. Corrió mucha sangre inocente. Cerra-

da al mundo occidental, y no habiendo pasado más de cincuenta años, China tiene hoy tantos cristianos evangélicos como toda América latina, sin haber podido disponer de imprenta, radio, televisión, seminarios, computadoras… ¡ni nada!

¿En qué se sustenta, verdaderamente, nuestro ministerio? ¿En qué hemos confiado para llevarlo a cabo? En nuestras tierras latinas se invirtieron millones y millones de dólares provenientes del Norte, mientras que en la China Dios ha obrado cosas asombrosas sin semejantes inversiones. Hermanos queridos, no quiero ser ácido, pero ¡pensemos seriamente en el resultado que ha producido toda nuestra maquinaria organizativa y burocrática de occidente! Reconozcamos cuánto ha habido de esfuerzo humano, planificación, racionalidad, poder del dinero y espíritu mundano que ha estado influyendo en nosotros.

Quién afecta a quién

Creo notar que a lo largo de la historia, vez tras vez se nos señala, que en vez de ser la iglesia la que afecte al mundo, ha sido ella la afectada por el mundo. La jerga que utilizamos, nuestro vocabulario, los énfasis, etcétera, muchas veces, inadvertidamente, se toman prestados del mundo. ¿Será que cuando hoy hablamos de globalización, de alianzas estratégicas, es porque el mercado secular y consumista está utilizando estos términos? Cuando las grandes economías y las multinacionales se están aliando en

procura de asegurar su mercado y lograr mayor competitividad, nosotros, los evangélicos, recién comenzamos a hablar de cooperación, de alianzas y de evitar duplicación. ¡El mundo va delante y nosotros nos enganchamos en el tren como furgón de cola!

¡Cuán distinto era lo que pensaba el apóstol! La iglesia está para anunciar el mensaje divino en los lugares celestiales, cambiar el destino de las naciones e influir en sus sociedades. Tomando en cuenta los antecedentes históricos, ¿dónde nos encontraremos los creyentes latinoamericanos de aquí a veinte años, si el Señor no viene antes? ¿Hasta dónde habrá llegado nuestro empuje misionero?

No guardamos proporción con el celo misionero de otros

Hoy hablamos de misiones y nos gozamos por ello, pero déjenme recordarles que cuando estuvimos en Costa Rica, en 1992, en ocasión de la Primera Consulta Iberoamericana Adopte un Pueblo, y evaluamos la cantidad de evangélicos que habría en América latina, llegamos a la cifra de sesenta millones, aproximadamente. ¡Si tan solamente imitáramos el ejemplo de los suecos que envían un misionero al exterior por cada ciento treinta y siete miembros en su patria! ¡O a los moravos del siglo dieciocho, que llegaban hasta un promedio de dieciocho miembros por misionero en el campo!

Manteniendo similares proporciones, deberíamos estar enviando, en el primero de los casos, a

más de cuatrocientos mil misioneros, ¡y a más de tres millones, en el segundo! Ciertamente, no estamos haciendo gran cosa todavía. No nos vayamos de aquí creyendo que ya tocamos el cielo. Y si razonamos que no hemos hecho más porque los gringos que vinieron no nos lo inculcaron antes, déjenme decirles: nosotros teníamos disponible la Biblia, no un año o diez, sino ¡cincuenta y más! Y en esa Biblia podíamos haber leído muy claro que debíamos misionar por todo el mundo. ¿Por qué no lo vimos antes o por qué no lo supimos hacer? ¿Por qué tardamos tanto?

Si tomamos la cifra de sesenta millones de evangélicos en América latina, a un promedio de cien miembros por iglesia, contamos, pues, con más de seiscientos cincuenta mil congregaciones. Achiquemos la cantidad para no pecar de exagerados, digamos a medio millón; o mejor aún a trescientas mil congregaciones. ¿Cree usted que siquiera un diez por ciento de ellas ora por las misiones, celebra una Conferencia Misionera Anual, o está realmente preocupada por el destino eterno de los paganos?

Cristo, esperanza de gloria

El apóstol conocía que el misterio que había sido revelado, era algo absolutamente novedoso y radicalmente diferente de todo lo conocido. Era imposible de ser retenido, y por lo tanto, debía ser anunciado urgentemente por sobre la faz de la tierra. ¿Y qué

era aquel misterio revelado sino «Cristo en vosotros, la esperanza de gloria»?

No se trata, pues, de COMIBAM Internacional, ni de la iglesia de fulano, ni de la denominación de mengano, ni de la agencia de zutano, ¡sino de Cristo! «Cristo en vosotros», el de la gloria, trascendente, pero inmanente a la vez, presente en los corazones de aquellos que lo reciben. Es el Cristo que soportó la cruz, que se levantó y ascendió al cielo; y que todo lo llena con su presencia. Ese es el «Cristo en vosotros, la esperanza de gloria» —diría Pablo—, que me lleva a comunicarles esta revelación a ustedes, los gentiles [etnias], «por lo cual también trabajo luchando según la potencia de Él, la cual actúa poderosamente en mí».

Hermanos, confieso que me he preguntado una y otra vez: «¿Qué estoy haciendo? ¿Creo, realmente, en el valor de lo estoy haciendo? ¿Creo que es algo que afecta el destino de las naciones y las esferas espirituales; que se trata de algo que el Cielo me lo entregó?» Pues, lo tienes en tu mano, ¡hazlo, entonces, correr!

Los latinos comenzando misiones

Pienso en las etnias que mencionábamos y doy gracias al Señor por el trabajo iniciado entre ellas, porque significan un tremendo avance. Apenas veinte años atrás, jamás hubiéramos soñado con la participación de latinos evangelizando a los grupos más exóticos o inverosímiles que uno podría imaginarse.

Hoy nos encontramos con luso e hispanoparlantes aprendiendo nuevas lenguas, enfrentando la malaria, el tifus, sufriendo por el dinero que no llega a tiempo, viviendo en las selvas con mosquitos o en el desierto... ¡atravesando por mil aventuras!, luchando en tierra de misión, palmo a palmo, para arrebatar terreno al enemigo. ¡Qué extraordinario resulta reflexionar sobre todo esto! Ellos son punta de lanza, los adelantados de la iglesia del Señor en los confines del mundo. Son pioneros que abren surco en una tierra dura y siembran la bendita simiente. ¡Cómo debe alegrarse el corazón del Señor! ¡Cómo debe estar mirándolos desde los cielos, Él, que quiso y nos mandó dar a conocer a los gentiles estas riquezas inescrutables en Cristo!

Estamos cerca del fin

Estos pueblos que todavía no disponen de este mensaje, algunos de cuyos nombres no sabría ni siquiera pronunciar, cuyos rostros no me puedo imaginar y cuyas costumbres ignoro —¡tan distintas de las mías!— cada uno de ellos deberían llegar a tener la posibilidad que se nos brindó a nosotros: ¡conocer al amado e incomparable Jesús!

Sostengo que nos hemos arrimado al borde de los tiempos; no creo que pueda quedar mucho para el retorno de Cristo. Estamos en las postrimerías del presente siglo malo y en la medida en que acentuemos nuestro énfasis en alcanzar aquellos últimos

rincones, apresuraremos el retorno del gran Rey (2 Pedro 3.12).

¡Sí, las misiones están en el corazón de Dios! Él las quiso y las mandó. Algo que permaneció oculto y se nos reveló, novedoso. Preservemos su frescura y novedad, dejemos que nos siga sorprendiendo y cautivando a cada instante. ¡Que el evangelio no termine acostumbrándonos ni aletargándonos en la monotonía! ¡Que permanezca con su perenne lozanía y haga latir nuestro corazón con su vibrante sentido de urgencia!

A poco que me había convertido a Cristo, hace de esto cuarenta años, leí un pensamiento que quedó marcado en mí y me sirviera en muchas ocasiones a lo largo del tiempo: «Cualquier cosa, por buena que fuera, que incluso otros llegaran a practicar o recomendar, pero que a ti te quita el deseo de leer la Biblia, de orar y de predicar a Cristo, deséchala». Si alguna cosa pudiera actuar como soporífero, anestesiando aquel nervio de devoción a Dios en tu vida de oración, de estudio de su Palabra y de pasión por las almas, ¡deséchala, porque no procede de Dios! Si fuera de Dios, te llevaría a buscar su Palabra, a presentarte ante Él en oración y procurar la salvación de los perdidos.

Habrá fruto de la aflicción

El apóstol dice en Colosenses 1.24: «Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su

cuerpo, que es la iglesia». Siempre me ha llamado la atención por qué lo dice. Como evangélicos, provenientes del movimiento de la Reforma, afirmamos una y mil veces, que la obra de Cristo fue consumada en la cruz de una vez y para siempre. En Hebreos 10.14 está más que claro: «Con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados». ¿Acaso, precisará que sea completada? No obstante, Pablo dice: «Cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia», como que hubiera sido necesario de algo que él tenía que hacer. De ninguna manera creo que sostuviera alguna teología retributiva; pero sí me puedo imaginar que estaba soportando aflicciones y prisiones por causa de las naciones y etnias de su tiempo que no estaban alcanzadas.

Viene a mi mente el pasaje de Isaías 53.10-11, contenido en el capítulo profético-mesiánico por excelencia del Antiguo Testamento: «Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje [...] Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho». ¿Qué será esto? Es como que el Señor, cuando hubo entregado su vida en propiciación por nuestros pecados, vio un linaje (una raza, un pueblo, una nueva nación) como fruto de su sacrificio. Cuando los horrores del Getsemaní apesadumbraron su alma con el pecado del mundo que estaba siendo depositado sobre sus hombros, cuando sufrió en carne propia la cruz del Calvario, y cuando experimentó, cual eternidad, la separación

del Padre al punto que lo obligó a exclamar: «¿Por qué me has desamparado?», Jesús lo sufrió todo, derramando hasta su última gota de sangre, por nuestra salvación y por la de aquellos centenares de pueblos vírgenes. ¿Lo crees?

¿Saben cuánto me emocionó escuchar que el Instituto Lingüístico de Verano está cerrando sus oficinas en varios países del continente, para iniciar trabajos en otras regiones del orbe? Ellos ahora pueden decir con satisfacción: «Tarea cumplida: la Palabra está traducida a los idiomas indígenas, ya hay hijos de Dios emblanquecidos por la sangre del Cordero, cuentan con sus propios pastores, las iglesias se están multiplicando, y el Cordero es alabado en el idioma propio de cada uno de ellos. Nos vamos, pues, a otras regiones del mundo a iniciar el proceso».

El Señor estará mirando y diciendo: «Realmente, quedo satisfecho por lo que hice. Me costó, me dolió, fue una hondísima aflicción para mi alma, ¡pero bien valió la pena!» Puedo imaginar también al apóstol: «Sufro cadenas a modo de malhechor, estoy en prisiones; pero lo hago por ustedes y sé que un día habrá recompensa».

La cruz, centro de nuestra misión

Estudié dibujos animados en Berlín, Alemania, con compañeros musulmanes, hinduistas y budistas, pero ninguno supo presentarme a un Salvador como mi Jesús. El apóstol Pablo dice en Gálatas

2.21: «Si por la ley fuese la justicia, entonces por demás murió Cristo». La muerte de Cristo indica que no existe ninguna otra manera para alcanzar la justificación de nuestros pecados: ni Buda, ni Mahoma, ni Confucio, ni nadie, ¡sólo Cristo! De haber sido factible que la redención nos llegara por otro medio —fuera de Cristo y su muerte expiatoria en la cruz— «por demás murió Cristo». La cruz de Cristo nos muestra que se trata del único camino. Los pueblos están perdidos, los paganos se van al infierno y es únicamente mediante el sacrificio de la cruz que pueden obtener redención.

¡Que cuando nos acerquemos a la mesa del Señor, pensemos en que Aquel que derramó su sangre y se entregó totalmente, lo hizo por todos los pueblos del mundo!

Como quiera que sea, sigue fiel

Estamos en una lucha constante, ¿y quién es el que no habría de tener problemas? Si hay aflicción de corazón, un día habrá también satisfacción. No aflojemos en esto de las misiones mundiales —que recién comienzan entre nosotros— que puedan proyectarse mucho más y alcancemos a ver con nuestros propios ojos el día en que estos comienzos tan tímidos, se hayan multiplicado por sobre la redondez de la tierra. ¿Qué más puedo decirles, queridos hermanos? Ustedes me han dado un gran privilegio de compartir esto.

Mi esposa Marta suele sentenciarme: «Has pre-

dicado tanto de ir a los campos del mundo pero vas a terminar tus días en Santa Fe, la ciudad que te vio nacer». Si no he salido al «campo», quizás sean otros a los que hayamos ayudado a salir. Como quiera que sea, yendo o quedando, que tengamos claro que este es un misterio revelado que se nos entregó y que es su mandato que corra hasta lo último de la tierra.

Un día, todos los sinsabores de la obra misionera que podamos haber pasado —estrechez económica, inseguridad, conflictos, enfermedades, e incluso la muerte—, no habrán sido obstáculo para que podamos exclamar en aquella hora: «Mi alma está satisfecha, profundamente satisfecha; no me arrepiento de lo que hice. Bregué, luché a brazo partido, seguí insistiendo sin cansarme porque había que hacer conocer a todos los pueblos este misterio que fue revelado: Cristo, la esperanza de gloria».

No abandones antes de tiempo. Si en algún momento pensaste que la carga era demasiado pesada y se te hacía cuesta arriba, que las finanzas no llegaban, que ningún resultado se hacía visible en el horizonte, que algunos te criticaban —y has estado a punto de claudicar en tu misión—, piensa: «Verá la aflicción de su alma y quedará satisfecho».

CAPÍTULO 11
Desafío y promesa

> Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra (Salmo 2.8).

EN ESTE PRECIOSO salmo mesiánico el Señor le da a su bien amado Unigénito dos cosas: por un lado un desafío, y por el otro, una promesa. Le hace el desafío de que le pida las naciones, y le da la promesa de que se las concederá. Por extensión, esto es igualmente aplicable a nosotros, su iglesia, que hemos sido llamados a reinar juntamente con Él (Apocalipsis 5.10; 2.26-27; 1 Corintios 6.2-3).

Debemos reclamar en oración clamorosa ante el Trono de gracia que las miles de naciones (*ethné*) y grupos humanos que están hasta hoy fuera del alcance de su soberanía y Reino, pronto lleguen a experimentar el salvífico conocimiento de Jesucristo.

Nada es más urgente y necesario; nada puede ni debe suplantar o postergar este supremo propósito.

Nuestro Maestro nos dejó su Gran Comisión: «a *todas* las naciones» (Mateo 28.19). Como iglesia latina no podemos considerarnos eximidos de responder a tan magno mandamiento. Sumarán centenares las naciones que —aunque todavía hoy bajo las tinieblas del príncipe de este siglo— de aquí a poco pasarán a la «luz admirable» porque creyentes latinos supieron responder y fueron a ellos, como portadores del estandarte de la cruz.

¡Dios nos ayude a ser instrumentos idóneos en Sus manos!

El creciente movimiento misionero

Uno de los fenómenos de nuestro tiempo es el veloz crecimiento y la proliferación de iglesias evangélicas por toda Latinoamérica. Algunos han opinado que nuestro continente se está volviendo más rápido al evangelio que la Europa del centro y del norte durante el tiempo de la Reforma protestante del siglo dieciséis.

Acompañando a este fenómeno, se da otro igualmente digno de destacar, y es el creciente número de misioneros que nuestras iglesias están enviando a otros países y pueblos. COMIBAM Internacional ha estado observando tan alentador progreso y sirviendo como uno de los catalizadores de este movimiento, al actuar como ente de enlace y coordinación de

numerosos eventos e iniciativas misioneras a lo largo y ancho del continente.

Como todo movimiento que se encuentra en plena etapa de desarrollo, no podemos evitar enfrentarnos con algunas facetas preocupantes. Por ejemplo, ¿con qué tipo de preparación salen nuestros misioneros al campo? ¿Cuánto es el tiempo de permanencia efectiva en el campo extranjero? ¿Cómo son enviados y sostenidos? ¿Ante quién responden en el campo misionero? ¿Cuántos llegan a los campos misioneros verdaderamente no alcanzados, o están yendo meramente adonde el cristianismo de una u otra manera ya es conocido?

El plan Adopte un Pueblo

Luego de cinco años del histórico congreso COMIBAM 87 celebrado en San Pablo, Brasil, se llevó a cabo en San José, Costa Rica, la Primera Consulta Iberoamericana Adopte un Pueblo (6 al 10 de octubre de 1992).[15] El propósito era considerar más de cerca algunos de estos y otros puntos, con el objetivo de buscar maneras prácticas de implementar la salida de misioneros latinos a unos tres mil pueblos no alcanzados, es decir, aproximadamente el veinti-

---

[15] Dicha consulta contó con la adhesión de CONELA y congregó a más de setenta y cinco directivos nacionales de alianzas evangélicas, movimientos misioneros e investigadores de veintiún países. Durante la misma, se elaboró la Declaración de San José, donde se ratificaba el compromiso latinoamericano de adoptar a tres mil pueblos no alcanzados.

cinco por ciento de los ocho mil grupos humanos que no cuentan con una iglesia establecida en su medio.

Qué es Adopte un Pueblo

El plan Adopte un Pueblo[16] no es un paquete importado ni impuesto desde afuera. Es algo sencillo, justo y equitativo. Es repartirse en forma proporcional al tamaño de la iglesia de cada país de Latinoamérica la evangelización de tres mil de esos grupos etnolingüísticos que aguardan ser tocados por primera vez con el mensaje redentor de Jesucristo.

A esta altura tenemos suficiente información sobre cuáles son estas razas, dónde se encuentran localizadas, de cuántos habitantes se componen, cuáles son sus necesidades, etcétera. Mucha de esta información está disponible, y mucha más se está procurando obtener, procesar y hacer disponible a los interesados.

El concepto Adopte un Pueblo por cierto que no es nuevo. En esencia, consiste en que una iglesia —o un grupo de ellas (asociación, denominación)—, o una agencia misionera, se comprometa (adopte) a hacer todos los esfuerzos necesarios con el fin de plantar la iglesia de Jesucristo en alguno de los numerosos pueblos o grupos etnolingüísticos donde

---

[16] Como se explicó anteriormente, dicho plan se lo conoce hoy tam bién como Alcance una Etnia.

jamás hasta el presente se ha predicado el evangelio.

Las ventajas del plan

Creemos que detrás de este concepto se encuentran razones de peso suficientemente valiosas como para suponer, que en las manos de Dios, llegue a ser un instrumento determinante para ayudar al cumplimiento de la Gran Comisión en esta generación. ¿Qué ventajas tiene el plan?

Algunas de ellas son:

1. Divide de manera proporcional la tarea a realizar.

2. Involucra a nivel de base, es decir, de iglesia local, la participación de recursos de personal y finanzas.

3. Ofrece una alternativa largamente esperada en ciertos círculos, que si bien han estado motivados fuertemente para hacer misiones a los campos vírgenes, no tenían claro el dónde.

4. No depende de un programa importado, dado que cada iglesia o denominación busca la manera más adecuada para lograr sus objetivos conforme sean sus posibilidades.

5. Evita el riesgo de tener que estar «sometido» a controles de terceros.

6. Permite a cada iglesia, denominación o agencia misionera trabajar a su manera, o en cooperación con otros, según sean sus posibilidades.

7. Con su red de enlaces mundial, posibilita con-

tar con un caudal de información y coordinación que permitirán tener acceso a la información precisa y necesaria.

8. Facilita que cada iglesia, denominación o agencia misionera pueda elaborar y llevar a cabo maneras creativas y novedosas de misionar.

Los objetivos generales

Como decíamos, el plan consiste en repartirnos entre los latinos la evangelización de tres mil de los ocho mil pueblos aún no alcanzados con el único mensaje de salvación, el glorioso mensaje de nuestro Señor Jesucristo. Entre las metas que aspiramos el Señor nos conceda alcanzar, figuran las siguientes:

1. Que cada país de Iberoamérica cuente como mínimo con un divulgador o ente coordinador del plan (comités nacionales de misiones o Comibames).

2. Que cada país disponga de un centro de investigaciones e informaciones misioneras a cargo de alguien dedicado a la informática que vaya registrando todos los avances que se vayan logrando.

3. Que desarrollemos en Iberoamérica una base central de información, y otras que se interconecten entre sí, y con otros continentes, para recibir y compartir información misionera.

4. Que elaboremos un cronograma de trabajo que

nos proyecte hacia las acciones concretas que habremos de asumir.

Los resultados del proceso de adopción

Esperamos que como resultado de este proceso:

1. La iglesia iberoamericana habrá sido desafiada a involucrarse de lleno en las misiones mundiales. (En la Primera Consulta Iberoamericana Adopte un Pueblo, los representantes asumieron el compromiso de enviar misioneros a tres mil grupos humanos aún no alcanzados. Si pensamos en tres mil nuevos esfuerzos misioneros, a razón de un matrimonio con un acompañante —como equipo mínimo—, entonces, ¡serían aproximadamente unos diez mil latinos saliendo!)

2. Las iglesias locales se verán directamente involucradas en el proceso de adoptar a tres mil pueblos aún no alcanzados.

3. Cada país hará planes tendientes a adoptar una cantidad de pueblos no alcanzados proporcional al porcentaje evangélico de su población (consultar la Tabla de Adopción de Pueblos).

4. Se deberán definir estrategias prácticas y efectivas que den asistencia a cada país para que sus iglesias y organizaciones misioneras tomen pasos concretos en la adopción de pueblos.

5. Se precisará anticipar el tipo de esfuerzos que serán necesarios a niveles nacionales, regionales y continentales para llegar a implementar efectivamente los compromisos contraídos.

6. Se deberá evaluar crítica y constructivamente los pasos que algunos ya han comenzado a dar en el proceso.

7. Se desarrollarán planes para establecer centros nacionales de investigación misionológica que proveerán la información necesaria para que las iglesias seleccionen y adopten los pueblos, y sepan cómo llevarles el evangelio.

No tema, adopte un pueblo

Algunos podrían temer que el énfasis de Adopte un Pueblo vaya en desmedro de otras actividades y planes de la iglesia. Sin embargo, aunque debiera estar claro que las misiones pioneras a los pueblos vírgenes figuran en el mismo corazón de la Gran Comisión que nos dejó nuestro Señor Jesucristo (recuérdese: «haced discípulos a *todas* las naciones» en Mateo 28.19), conviene recalcar que la adopción de un pueblo no alcanzado no debe necesariamente incidir ni competir con las demás actividades de la iglesia, al igual que la adopción de un niño en el seno de una familia no debiera significar el abandono de los deberes para con los demás integrantes de la misma.

De todas maneras, claro que tal cosa posiblemente resultará en un inevitable reordenamiento de los planes y prioridades de la vida familiar, ¡y debiéramos esperar que así fuera! Desde todo punto de vista, traerá gran bendición.

Las posibilidades latinas

Con la cantidad de millares de iglesias que tenemos, no debiera asustarnos la meta de llegar en los próximos años a tres mil grupos humanos no tocados con el evangelio.

Hagamos un sencillo cálculo: si somos aproximadamente sesenta millones de evangélicos y consideramos una cifra sensata de cien miembros por congregación, arribamos a la cantidad de seiscientas mil iglesias en Latinoamérica. Ahora bien, si seiscientas mil iglesias se dividen la tarea de llegar a tres mil naciones (*ethne*), las matemáticas nos dicen que podemos disponer de doscientas congregaciones por grupo a alcanzar. ¡Nada menos que doscientas!

¿Es que doscientas iglesias no podrán, acaso, encomendar hoy día a por lo menos un matrimonio misionero, enviarlo al exterior y sostenerlo dignamente para que plante la iglesia del Señor Jesucristo en uno de esos ocho mil desdichados pueblos donde Cristo no ha sido mencionado? ¿Podremos decir que no contamos con gente? ¿Podremos aducir en aquel Día que no tuvimos dinero suficiente, cuando en realidad lo que hicimos fue invertirlo —en algunos casos cifras millonarias—, en campañas masivas, radio, televisión, construcciones de artesonados templos y edificios educativos, aquí donde la bendita Palabra y la iglesia está establecida —ya sea bien o pobremente— desde hace décadas?

Si hace algún par de años atrás decíamos que de-

bíamos hacer misiones, hoy ya no podemos continuar sembrando conciencia misionera, meramente. Nuestra gente ahora quiere desafíos concretos, y nuestra gente dará también para desafíos concretos.

Esto de «adoptar» un pueblo es, pues, algo muy concreto. Cada iglesia o denominación puede elegir su propio objetivo misionero, y elaborar su plan de acción de acuerdo a cómo juzgue mejor hacerlo. Nadie impone nada a nadie, simplemente se trata de dividirse la tarea, algo así como hizo Josué con Israel al ir a tomar posesión de la tierra prometida.

Claro, que algunos consabidos individualismos tendrán que ser depuestos si la tierra ha de ser tomada en posesión. Quiero decir que hay denominaciones, iglesias o agencias que tal vez ya cuenten con su misionero en el exterior, pero lo que se anhela ver con Adopte un Pueblo es que la tarea sea hecha coordinadamente, no cada cual disparado para donde sea. Que haya un centro común donde podamos obtener información adecuada de quién está haciendo qué en otra parte del mundo, reportar los avances que se vayan logrando y no duplicar esfuerzos.

CAPÍTULO 12

Dos décadas de empuje mundial

DURANTE LAS ÚLTIMAS dos década[17] el tema de las misiones ha venido evolucionando favorablemente, como tantos otros aspectos de la obra del Señor en nuestros países latinoamericanos. No podemos ignorar que las misiones recibieron su beneplácito en el seno de la iglesia desde los albores de su inserción en nuestro medio, hace ya mucho tiempo. Sin embargo, el despertar misionero que se observa en nuestros días ha sido fruto de un proceso que necesitó años de gestación.

Hace ya bastante tiempo que hermanos fieles, en obediencia al inequívoco llamado celestial, dejaron patria y seres queridos para ir a servir al Señor en

[17] Nótese que este capítulo fue escrito originalmente en el año 1982.

otros países. Recorriendo las Américas nos encontramos con valerosas mujeres y hombres latinoamericanos que llevan adelante importantes ministerios pastorales o evangelísticos en otros países hispanoamericanos, que no son los suyos: Canadá, Estados Unidos, México, Guatemala, Puerto Rico, Costa Rica, Panamá, Venezuela, Colombia, Perú, Bolivia, Chile, Paraguay, Uruguay, Brasil, por mencionar algunas naciones. Igualmente sabemos de otros que llevan fructíferas labores viviendo en España, Francia, Italia, Suecia, Australia...

Ellos salieron, incluso, antes de que se hablara de misiones tal como lo hacemos hoy día. Pero en su gran mayoría salieron, digámoslo de una vez, «a solas», es decir, por cuenta propia. Ni nuestras iglesias ni nuestras instituciones estuvieron detrás para enviarlos o apoyarlos. Tampoco ellos, por ende, se sintieron «enviados» por la iglesia, y es probable que en más de un caso hasta se hayan desvinculado, con el correr del tiempo, de sus congregaciones que los vieron nacer.

No podemos dejar de hacer memoria de los evangelistas itinerantes (equipos evangelísticos) que han bendecido a multitudes en otras naciones con la predicación del evangelio. Ellos, así mismo, han hecho y están haciendo una contribución muy significativa a la causa de la evangelización, mayormente en áreas urbanas de América latina, y por qué no, de Europa, Asia, y recientemente, en regiones de África.

Veinte años atrás, nada más que veinte años, apenas si había algún seminario o instituto bíblico que enseñara misiones a sus alumnos. Misiones era la gran ausente en los currículos de las instituciones teológicas. Hoy, se cuentan por centenas los seminarios bíblicos, diurnos y nocturnos (a todo nivel académico) que incluyen, si más no fuera, alguna materia de misionología. Unos cuantos ofrecen una acabada especialidad en misiones, y es más que probable que nuevos se vayan agregando.

Veinte años atrás, nada más que veinte años, cualquier joven o señorita que sentía alguna inquietud por el campo misionero extranjero podía golpear las puertas en su propia congregación local o denominación en procura de orientación y sostenimiento para encausar su llamamiento, pero se daba la cara contra una pared. La indiferencia y falta de respuesta de los líderes era desalentadora. Hoy se suman día a día las iglesias que llevan adelante un programa anual de Conferencias Misioneras y establecen algún comité o departamento de misiones. Las principales denominaciones han creado, o están a punto de hacerlo, sus propias juntas misioneras para enviar al extranjero a los hombres y mujeres que Dios ha llamado con vocación apostólica.

Aunque no disponemos de cifras exactas, hay investigaciones que estiman que hay más de nueve mil misioneros transculturales latinos, centenares de instituciones teológicas que ofrecen algún tipo de capacitación misionera, y más de cuatrocientas or-

ganizaciones (denominacionales e interdenominacionales) que procesan a sus candidatos y los envían. Algunas han lanzado sus proyectos a distantes y exóticos campos que apenas hubiéramos atinado a soñar hace veinte años.

Algo emocionante —tal como lo fueran en su tiempo Allen Gardiner llegando a los aborígenes de Tierra del Fuego, o Hudson Taylor a los paganos en el interior de la China, o Guillermo Carey a la India—, es constatar a los latinos aprendiendo a hablar idiomas tan distintos al español o el portugués como lo son el árabe, el uzbeco, el hindi o el japonés. Es que ellos, cual nuestros héroes de antaño cuyas biografías supimos leer alguna vez (¿o es que ya no se leen más aquellos títulos?) nos inspiran con sus vidas llenas de amor por los perdidos. Amor verdadero y apasionado por aquellos que yacen bajo las sombras del paganismo, hinduismo, islamismo o budismo... Han salido para ir a hablarles de Jesús, el eterno Salvador, aún cuando eso implicara largos años de aprendizaje de lenguas extrañas y someterse a un sinnúmero de cambios y ajustes transculturales. Un día las biografías de estos latinos serán leídas con admiración, junto a las de aquellos famosos anglosajones que hicieron historia, abriendo surco en tierra de misión.

Hace veinte años, tan sólo veinte años, noticias relacionadas con los misioneros en el campo, comenzaron a esparcirse de una manera más amplia y popular. Mucho más allá de lo que hasta ese mo-

mento solía acontecer, con la aparición de tímidos artículos sólo en libros y revistas especializadas de circulación limitada, ahora revistas, publicaciones y diversos órganos de comunicación social del mundo evangélico, incluyen las historias, viscisitudes, luchas y conquistas de estos valerosos pioneros, siendo puestas a nuestro alcance y el de todo el pueblo de Dios.

Sin embargo, hay algunas cosas preocupantes que están afectando el desarrollo misionero. Primero, una suerte de evangelio *light* que se escucha predicar desde determinados púlpitos, estadios, y micrófonos radiales o televisivos. Es un evangelio —si de tal se puede hablar—, de la oferta, que atrae a almas necesitadas pero que poco y nada dice acerca del arrepentimiento, el renunciamiento, y el costo que la Cruz demandan. En ese ambiente, obviamente, las misiones tienen poca chance de cultivarse y sobrevivir.

Segundo, y lo digo como uno «del interior», pareciera como que nuestra gente de tierra adentro de nuestros países latinoamericanos, ha mostrado, por lo general, más interés, compromiso y carga por los perdidos en lejanas tierras, que los que viven en las grandes ciudades capitales, apreciación ésta que comparten otros consiervos según me consta. Pensemos, por ejemplo, en el poder de convocatoria y decisión, las relaciones y cooperación entre cabeceras denominacionales, conexiones internacionales, disponer de embajadas de la mayoría de los países

del orbe y de bancos para hacer transferencias a cualquier destino; en fin, cuántas valiosas herramientas ofrecen ciudades como Montevideo, Río de Janeiro, Buenos Aires, Lima o México D.F., —por mencionar sólo algunas—, para favorecer la causa de las misiones mundiales, y que en el interior difícilmente pudieran obtenerse. Me pregunto, ¿adónde podrían llegar nuestros países si semejante potencial estuviera funcionando a plena máquina?

Tercero, cuando comiencen a retornar los misioneros, nos iremos percatando de que no se trataba meramente de mostrar entusiasmo, dar una calurosa despedida con un «¡Dios lo bendiga!» o enviar alguna que otra esporádica ofrenda. Será entonces cuando mejor comprenderemos que la obra misionera mundial exige de entrega, sacrificio y perseverancia, tanto del que sale como del que queda.

Veinte años, apenas veinte años. Pero años que están marcando un emocionante rumbo en el alcance de la iglesia. Durante un siglo se estuvo sembrando y cosechando en nuestro suelo. ¡Ahora es el tiempo de dar al resto del mundo de tan abundante cosecha obtenida! A inicios del siglo XXI, si la iglesia de Jesucristo logra desprenderse de buena parte de su ensimismamiento que la caracterizó por largas décadas y se proyecta universalmente con arrojo, pasión y seriedad, podrá experimentar, no nos quepa la menor duda, la validez y vigencia de las palabra del Maestro: «Más bienaventurado es dar que recibir» (Hechos 20.35).

La iglesia del Señor es misionera... ¡o deja de ser iglesia!

CAPÍTULO 13

Pasado y presente del movimiento misionero latino

LLEGAR A ESTE momento significa una ocasión muy especial para ofrecer gratitud a nuestro buen Dios por su misericordia. Alabamos su nombre por su fidelidad y provisión para que este II Congreso Misionero Iberoamericano COMIBAM 97, en Acapulco, México se concretara. Seguro que hubo que atravesar diferentes contingencias para que hoy pudiéramos encontrarnos en este lugar tan bello. Los días que habremos de vivir serán muy intensos y provechosos, no sólo para nosotros los que estamos aquí, sino muy especialmente, para aquellos que llegarán a formar parte del pueblo de Dios en virtud de los efectos que habrá de producir este cónclave.

El tema que se me ha asignado tiene que ver con el pasado y el presente del movimiento misionero iberoamericano. Confieso que es un gran privilegio que se me ha otorgado, pero debo advertir que hacer un recuento y una evaluación de lo que ha venido sucediendo en el transcurso de los últimos años, en lo referido al tema en cuestión, es tarea nada fácil. He viajado, sí, por casi todos los países de Iberoamérica, participando en encuentros misioneros de diversa índole; mantengo relaciones epistolares (más bien, *e-mailares*) fluidas con queridos colegas en diferentes latitudes. Pero advierto que con todo, si bien eso me dio un grado de conocimiento de la realidad que vivimos, es totalmente insuficiente como para emitir una opinión acabada. No obstante, intentaremos llevar adelante la tarea propuesta.

No haremos una historia de las misiones en y desde Iberoamérica, tan útil como pudiera serlo; ni analizaremos la evolución del pensamiento misionológico en Iberoamérica, cosa que igualmente sería de muchísimo valor. Me limitaré, sencillamente, a compartir unos cuantos puntos que estimo podrían ser de utilidad para comprender mejor de dónde venimos, dónde estamos parados, y a partir de allí, proyectar lo que podría ser el rumbo a seguir.

La desconexión con los antecedentes católicos

Desde los albores del cristianismo en nuestras tie-

rras —léase la venida de los frailes, misioneros y curas que, junto a los conquistadores llegaron hace quinientos años—, se puede hablar de la gesta misionera que experimentó nuestro continente, claro que católica. Con el correr del tiempo, ya avanzado el siglo pasado, es que prosiguió la obra misionera con la llegada de evangélicos. La mayoría de todos nosotros tenemos raíces evangélicas en estructuras eclesiásticas que no son tan antiguas, y si remontáramos la historia hasta sus orígenes, nos daríamos cuenta de que, quizás, no llegarían en su inmensa mayoría a poco más de unas cuantas décadas. Sí, nuestro movimiento evangélico, cuanto mucho, puede pasar apenas los cien años de existencia. Y si hablamos del sentir misionero, mucho menos aún.

Como quiera que sea, observo que por lo general, nuestro pueblo poca o ninguna vinculación ha tenido —o querido tener—, con las misiones católicas que nos precedieron desde el tiempo de la Conquista y la Colonia. Quizás esto se explique por desconocimiento involuntario, o por querer tomar distancia (consciente o inconscientemente) de todo aquello que pudiera conectarnos con un sistema que, doctrinal y estructuralmente, siempre hemos considerado hereje y corrupto. Pero no podemos ignorar que nacimos y nos criamos en una tierra que fue un marcado objetivo misionero de los «cristianos» de la península Ibérica, y que por lo tanto, somos fruto, hasta cierto grado, de la visión y celo misionero que

tuvieron otros hace muchísimo tiempo (errados o no, esa es otra cuestión).

Tal disociación entre la visión misionera de nuestro pueblo evangélico y la de los católicos que nos precedieron, se me ocurre que tiene un aspecto bastante similar al panorama de los hispanos residentes en el gran país del Norte o en naciones anglosajonas de Europa: viven prácticamente al margen del acontecer misionero de aquellos pueblos, que están entre los que mayor aporte han hecho a la causa de la evangelización mundial. ¿Cómo se da eso? Viviendo todos los días entre los que han hecho semejante tarea, apenas si han sabido percatarse de ello, y mucho menos, capturar algo de los principios que podrían haber adaptado con excelencia para acrecentar su propio potencial.

Creo que como la mayoría de los misioneros que nos trajeron el evangelio procedían de una Europa o Norteamérica protestante, poco sabían ellos (o poco les interesó) cuáles pudieran haber sido las convicciones, las metodologías y el esfuerzo misionero de los católicos que les habían precedido. Más aún, casi toda la bibliografía que hemos venido utilizado fue traducida del inglés, idioma en el que se escribió originalmente para ser usada en un contexto muy diferente del nuestro.

En una palabra: ¿no hubo situaciones, acaso, en las que podríamos haber aprendido algo del celo y de la praxis misionera que tuvieron, por ejemplo, algunos jesuitas y franciscanos? ¿Cuántas cosas que

nosotros intentamos hacer hoy, no las procuraron hacer ya siglos atrás las diversas órdenes católicas? ¿Podremos sostener, entonces, que lo del movimiento misionero latino es algo realmente nuevo?

Salvada esta circunstancia de ausencia de reflexión misionológica que se ha dado históricamente entre católicos y evangélicos, pasemos a considerar el quehacer misionero, propiamente evangélico, que es lo que nos atañe verdaderamente en esta ocasión.

No nos debiera resultar nuevo

Como decíamos, si hablamos de un cristianismo evangélico que está apenas en su juventud, si lo comparamos con el milenario de Medio Oriente o Europa, es mucho más joven es en su efervescencia misionera. Con todo, de ninguna manera quisiera insinuar que el tema recién aflora sobre el tapete. En honor a la verdad, visión y acción misionera tuvimos desde los albores de la iglesia evangélica en las Américas. En aquellos tiempos —y me estoy refiriendo a circunstancias que se dieron a principios de siglo—, cuando las iglesias eran pequeñas y escasísimas, dispersas en un continente tan vasto, aquellos creyentes supieron tener verdadero celo y empuje misionero.

Déjenme mencionarles sólo un caso que conozco más de cerca: en mi país, apenas cinco diminutas iglesias de tres ciudades decidieron asociarse para

formar lo que sería la Convención Evangélica Bautista Argentina. Su principal objetivo fundacional fue unir esfuerzos y cooperar para que el evangelio se predicara en el vecino país de Chile, al que luego se sumó el Paraguay. ¡Y eso fue allá por el año 1909! Así nacía una convención nacional, a principios de siglo, con un propósito expresamente misionero, foráneo, como fruto de la visión de un grupito de hermanos nativos junto a la concurrencia de otros contados misioneros anglosajones. No, ¡de ninguna manera podemos pretender que lo de las misiones mundiales sea un «descubrimiento» de nuestros días!

Nuestras iglesias son evangélicas en su teología, y evangelísticas en su accionar. Por gracia del Señor su Palabra, en términos generales, ha sido sembrada prolíficamente a lo largo y a lo ancho de nuestro continente. Los resultados obtenidos son elocuentes: Latinoamérica es la región, que como tal, ostenta el mayor índice de crecimiento evangélico del globo. Si bien se reporta un notable aumento de la iglesia en Asia o África, éste queda circunscripto a algunos países debidamente delimitados en la geografía (por ejemplo, el caso de Corea del Sur, China, algunos países de África negra), mientras que en nuestro contexto el vertiginoso avance se da de manera generalizada y bastante uniforme.

Pero este crecimiento numérico ha quedado hasta el presente encerrado entre nuestras propias fronteras. Vale decir, no ha asumido aún un com-

promiso serio con la gran Causa más allá del Atlántico y del Pacífico. En líneas generales, centenares y millares de congregaciones locales no han captado aún la visión de los campos que se hallan en «lo último de la tierra». En el fervor evangelizador, las grandes necesidades son las puertas abiertas, y a toda costa deben ser aprovechadas, aquí, a nuestro alrededor. ¡Y es justo hacerlo!

Lentamente, se va sintiendo cada vez más la presencia evangélica en la sociedad. Del ostracismo y la apoliticidad que nos caracterizó por largo tiempo, hoy se sabe de los evangélicos porque tienen programas de radio y televisión, ocasionalmente llenan estadios y tribunas, y alguno que otro hermano nuestro irrumpe en la arena política de nuestros gobiernos (algunos de los cuales nos habrían hecho un gran favor si nunca lo hubieran intentado). El aspecto social y educativo tampoco es de desestimar ya que se cuentan por miles las escuelas, colegios, dispensarios, hospitales, clínicas, hogares de niños, de ancianos, de recuperación de drogadictos, etcétera. Y todo esto, sin contar con apoyos oficiales como acontece usualmente con la iglesia católica. Se presentan muchas oportunidades de servicio, grandes necesidades locales, y bueno... ¡ya habrá tiempo para dedicarnos más adelante a las misiones foráneas!

Tal es el denominador común en el pensamiento de un altísimo porcentaje de pastores y líderes latinos, excluidos —¡por supuesto!— los que nos damos

cita en este magno congreso. Pero en realidad, la iglesia como un todo, apenas si ha levantado la mirada más allá de la vereda de enfrente. Suficientes quehaceres nos entretienen —y muy necesarios, no lo dudamos—, como para que nos hagamos cargo de «los ajenos».

No obstante lo expresado, debemos manifestar que las misiones foráneas, al exterior, transculturales, pioneras, fronterizas, a los no alcanzados, o como prefiramos denominarlas, han comenzado a instalarse, conceptualmente, en nuestro medio. Que haya habido visión y acción misioneras desde los mismos inicios de nuestra historia evangélica no priva de reconocer que ellas se dieron en su momento más bien en el terreno de lo particular. Es decir, la visión misionera del «hasta lo último» fue cosa de unos pocos visionarios que «la tenían clara», pero que fueron más bien solitarios que transitaron el camino sin que nadie pudiera en su época acompañarles. En aquellos años —y estoy pensando en apenas una o dos décadas atrás— las organizaciones denominacionales y las instituciones teológicas no se prestaron para acompañar ni ideológica ni prácticamente a esos «adelantados» que tuvimos. Recién en los últimos años los organismos comienzan a percatarse de que la Gran Comisión no termina con «toda Judea», y ni siquiera en «Samaria». Ya comienza a incluirse, al fin, el tema de las misiones mundiales en el currículo de los seminarios, y a

formar parte de la agenda de las cúpulas denominacionales.

El aporte anglosajón

Fui invitado a un congreso anual de pastores de una denominación que cumplía noventa y siete años de existencia en el país. Me habían solicitado que hablara sobre las bases bíblicas de la misiones. Al segundo día se me acercaron algunos consiervos y me comentaron: «¿Cómo puede ser que ese tema, estando allí en la Biblia, tan clarito, no lo hayamos visto antes? ¿Tuvieron que pasar casi cien años para darnos cuenta de que lo que decían los libros escritos por los gringos que nos trajeron el evangelio a fines del siglo pasado, es lo mismo que nosotros debemos hacer ahora?»

No sé por qué, aunque abrigo algunas sospechas, la situación parece indicar que donde mayor presencia e influencia *gringa* ha habido, menor ha sido la respuesta misionera por parte de los nacionales. Casi hasta podría decirse, y no quisiera herir a ninguno, que el resultado ha sido inversamente proporcional al aporte efectuado. Excepciones, por supuesto que las hay; pero parecería como que la explicación de este fenómeno se podría buscar en expresiones tales como dependencia, paternalismo, viveza criolla, y algunas por el estilo.

Un querido rubio del Norte, que ha hecho un tremendo aporte a las misiones de la mayor denominación de mi país, me compartió que constataron en

un encuentro de todos los misioneros norteamericanos de su organización que trabajan en Latinoamérica (más de cuatrocientos), que solamente él y otro más —es decir, sólo dos—, están afectados a desarrollar el potencial misionero de las iglesias. Y me lo decía con gran pesar.

En COMIBAM 87 declarábamos desde San Pablo, Brasil, que América latina dejaba de considerarse «campo» misionero y se constituía en «fuerza» misionera. Si nos costó entenderlo luego de casi un siglo, parece que algunos del Norte también lo están comenzando a entender, aunque lentamente. Por eso, algunas corporaciones anglosajonas están repensando y reacomodando su agenda: ven el enorme potencial que significan para la evangelización de la ventana 10/40 los sesenta millones de evangélicos del Sur, y desean explotar tan inagotable mina de recursos espirituales. ¡Bienvenidos! Pero desearíamos que no pasaran por alto que si de iniciativas y de personal se trata, los latinos los poseemos y no nos quedamos cortos. Nos gustaría que si disponen de experiencia y de recursos múltiples, los pudieran aportar a solicitud nuestra y en un trabajo mancomunado, adonde el poder del dinero y el aparato propagandístico no desestabilice ni fagocite los esfuerzos que con tanto sacrificio lleva a cabo gente de nuestra tierra.

La visión siempre ha partido de un Dios que está sentado en el trono y decide revelar su llamado a un escogido suyo. Así, las misiones inician su recorrido

en el mero corazón de Dios, para luego continuar en el corazón de aquellos que son llamados. Puede que tal llamado produzca solidaridad en otros, o que no; en tal caso, el que fue llamado deberá prestar obediencia y peregrinar «solo». Sin embargo, la historia nos dice que aunque ocurra tarde, la visión logrará contagiar a otros que a su tiempo se irán añadiendo.

Este patrón también se da en cuanto a las estructuras de envío, las cuales frecuentemente se van conformando en razón de la «presión» que ejercieron los pioneros. Cuando estas organizaciones ya se encuentran establecidas, los próximos que saldrán tendrán la mitad del camino recorrido. Y así como luego de los pioneros surgen las organizaciones, luego de que empiezan a aparecer estas organizaciones misioneras, también comienzan a formarse estructuras asociacionales o representativas que las contengan. En los inicios de ese proceso nos encontramos en este momento.

El surgimiento de los movimientos nacionales

En COMIBAM Internacional hemos estado procurando que la visión y participación misionera se desarrolle y fortalezca, pero lo hemos intentado pensando no tanto en el individuo como en el movimiento que afecta a todo un país. Nos ha preocupado la integración de la fuerza misionera en un mismo espíritu, tanto a nivel nacional como conti-

nental, y de este, al resto del mundo. En casi todos los países de Iberoamérica existe alguna suerte de movimiento misionero, latiendo y sufriendo para que la Gran Comisión se implemente y los pueblos del mundo sean tocados con la maravilla del evangelio.

Hemos procurado, así mismo, que las misiones estén convenientemente articuladas dentro del seno de la iglesia o fuerza eclesial. Sabemos que los «agitadores» de las misiones tienen la tendencia de cortarse solos, y crear nuevas estructuras que con el tiempo se desligan de la iglesia y comienzan a correr por carriles paralelos. Por eso nos ha animado constatar que en muchos países los líderes de misiones son hermanos reconocidos, que gozan del respeto de todos, y profundamente involucrados en las actividades eclesiásticas de las que forman parte.

Si miramos las Declaraciones que se elaboraron durante las consultas misioneras nacionales que todos nuestros países llevaron a cabo en el transcurso de este año, notaremos con alegría los enormes avances que se han logrado si tomamos en cuenta lo que teníamos apenas pocos años atrás. En casi todos los países no sólo existen iglesias y agencias misioneras, sino que hay estructuras nacionales que representan, o aspiran representar, al quehacer misionero de los más variados segmentos de la iglesia evangélica.

Por otro lado, en los mismos documentos, hay

como un hilo que entrelaza a cada uno de ellos, y es la expresión común de un sentido de dolor por lo poco que hemos logrado hasta el presente, o por despertar tan tarde al mandato del Señor. Pero sigamos adelante, animados en creer que aunque vamos algo lento, estamos procurando hacer buena letra para que el trabajo final luzca con excelencia, como sólo a Dios se le podría ofrecer.

Similar a como juzgamos a una iglesia para catalogarla de madura o desarrollada porque se autogobierna, autosostiene y autopropaga, los movimientos misioneros nacionales (o Comibames, o los nombres que puedan tener) precisan desarrollar una gestión con ideología propia, sostenimiento económico propio, y capacidad de perpetuarse y reproducirse. En aproximadamente un setenta y cinco por ciento de nuestros países ya existe un movimiento misionero autóctono. En algunos está más desarrollado que en otros; en algunos apenas está en cierne, en otros lleva más de quince años de existencia. ¡Damos gloria a Dios por esta favorable evolución!

Mantenerlos con vida y operatividad estructural, cuando en algunos casos las distancias a zanjar son muy grandes, y los recursos materiales «para eso», tan difíciles de obtener, puede tornarse en toda una pesadilla. Es que todavía, por inmadurez, hay pastores y líderes eclesiásticos que no alcanzan a vislumbrar lo importantísimo que sería, en términos estratégicos y de largo aliento, si ellos decidieran

apoyar, siquiera mínimamente a los comités nacionales.

Brasil, nuestro hermano mayor, nos lleva la ventaja por lejos en cuanto a historia de misiones: fueron los primeros en organizar estructuras misioneras y crear vínculos fraternales entre ellas. Eso mismo comienza a darse, cautelosamente, también en otras naciones.

Ahora bien, no todos los cuerpos enviadores están muy interesados en lo que hacen los demás, ni procuran unirse a ellos. Hay casos donde tienen iniciativa, creatividad y abundante dosis de ingenio propio como para no necesitar de otros, así que se lanzan a la aventura sin esperar nada de los demás. Ya estamos observando que acontece lo mismo que nos dolió presenciar en nuestro medio: que algunos llegan a tierra de misión y poco y nada les preocupa establecer conexiones con los locales. Simplemente, arriban al lugar designado por el Señor y comienzan su labor, ignorando que pueda existir una iglesia en el lugar, a la cual preguntar, y a la cual ofrecerse.

Las revelaciones del catálogo

En otro orden de cosas, y gracias al esfuerzo de tantos hermanos de todos nuestros países, se pudo publicar por primera vez el *Catálogo de organizaciones misioneras iberoamericanas*,[18] una importantísima obra que insumió incontables horas a muchos de ustedes, y que estuvo coordinada por el director del Departamento de Investigaciones, nuestro apreciado hermano Ted Limpic. La obra reporta datos específicos de unas cuatrocientas organizaciones misioneras que operan en y desde nuestros países, con una fuerza misionera del orden de los cuatro mil misioneros. Seguramente, habrá muchos más que no aparecen enlistados en este catálogo, omisión que se procurará subsanar en futuras ediciones. Los que en este catálogo están incluidos, son los que reunían ciertos requisitos: debía tratarse de esfuerzos iberoamericanos, y contar con personal que trabajara dentro del país en situaciones transculturales o en el exterior. Los resultado obtenidos nos señalan algunos datos interesantes:

- Un 11 por ciento de nuestros misioneros trabaja dentro de ventana 10/40 y el 64 por ciento restante en la propia Iberoamérica.
- Las creación de nuevas organizaciones misioneras ha ido en franco aumento, con una curva

---

[18] Datos actualizados de este catálogo pueden encontrarse en su nueva edición de 2006, visitando el sitio web: www.comibam.org.

de crecimiento notable durante la última década.

- Los países extracontinentales con mayor presencia de latina son España, seguido de Mozambique, detrás de lo cual vienen los del Norte de África.
- El país en donde trabajan más misioneros es Brasil —y son casi todos nativos—, mientras que los que lo hacen en España son casi todos extranjeros.
- En cuanto al tipo de organizaciones con las que han sido enviados, casi la tercera parte lo hace con estructuras de tipo denominacional, seguido por organizaciones autóctonas. Sólo un diez por ciento lo hace con organizaciones que nacieron en latitudes fuera de Latinoamérica.

¿Son muchos nueve mil misioneros? Dependerá de con quién y cómo nos comparemos. Si miramos hacia atrás, apenas veinte años, hemos experimentado un notable avance. Si lo comparamos con otros, por ejemplo, con Corea del Sur, nos sentiremos en situación desventajosa. Ese país cuenta con una población evangélica ocho veces menor que la de Iberoamérica (es decir, unos siete millones) pero ha mandado más misioneros al extranjero que todos nosotros (más de diez mil a ciento treinta y ocho países). Si guardáramos igual proporción, ¡deberíamos estar enviando a más de ochenta mil!

El elemento pneumatológico

El mover misionero de los últimos dos siglos procedió de naciones anglosajonas protestantes, las que hoy podríamos encuadrar como históricas, evangélicas, o conservadoras. De ellas nos llegaron sus amados mensajeros, con su visión, su liturgia y su cosmovisión. Ahora bien, fue en esta tierra que la bendita semilla germinó, y echó raíces y se multiplicó, tomando sabor propio. Partiendo de aquellos orígenes, la mayoría del movimiento evangélico en nuestra tierra ya no es de corte «conservador» sino pentecostal, neo pentecostal o carismático. Y ese elemento pneumatológico —y lo dice un no pentecostal— ha tenido incidencia muy profunda y arraigada en nuestra sociedad latina.

Me pregunto, entonces, ¿cómo incidirá en el campo misionero la salida de un número cada vez más importante de obreros, que provienen de iglesias acostumbradas a la vivencia diaria de lo sobrenatural y de la efusión del Espíritu Santo? Puedo solo augurar que esto deberá servir —¡en buena hora!— para un mayor avance de la expansión del Reino de Dios y una mejor inserción de la nueva iglesia en territorio de misión.

No perdamos la capacidad de asombro

Desearía ahora que volquemos nuestra atención a Habacuc 1.5: «Mirad entre las naciones, y ved, y asombraos; porque haré una obra en vuestros días, que aun cuando se os contare, no la creeréis». El

contexto histórico del oráculo que llegó al profeta está relacionado directamente con la inminente invasión del ejército caldeo al pueblo de Dios. Sin embargo, el apóstol Pablo, muchos años más adelante, utiliza esa misma referencia escritural cuando está cerrando su sermón en Antioquía de Pisidia (Hechos 13.41), y la aplica al asombro que produciría la obra expiatoria del Mesías, colocándola a modo de advertencia para sus oyentes.

Tomándome alguna licencia hermenéutica, desearía aplicar ese versículo al contexto misionológico que estamos viviendo. Se torna así en un claro mandato para que miremos a las naciones y observemos lo que acontece en ellas. El Dios soberano está haciendo una obra que nos deja pasmados de asombro. No es una obra del pasado ni del futuro, sino del presente, contemporánea («en vuestros días»); es una obra que por su magnitud y significado sería difícil de aceptar como real. Y al tratarse no de una obra humana sino divina («haré», dice Jehová), queda en evidencia que el mérito le corresponde sólo a Él.

Hemos rastreado algo de la historia, y hemos llegado hasta nuestros días. Analicemos lo que está sucediendo en nuestras naciones, y elevemos nuestros ojos a las que están aún más allá, observando lo que acontece también entre ellas. El peso de las evidencias acumuladas nos llevarán, forzosamente, a concluir que Dios está haciendo grandes cosas en nuestros días. Hermanos, quede bien en claro que

nadie podrá arrogarse mérito alguno, ¡jamás! Todo es obra pura y exclusiva de nuestro buen Padre, mediante su precioso Hijo, a través del Espíritu Santo.

Que al mirar durante estos días lo que acontece en las naciones como resultado directo del obrar de Dios, podamos caer antes sus pies y confesarle: «Señor, es asombroso constatar lo que tú estás haciendo en nuestros días, ante nuestros ojos. Nuestra capacidad de creer y de asombrarnos ha sido rebasada, mas sostenemos firmemente, que tú estás en control absoluto de la situación. Las naciones del mundo te pertenecen, y tú las estás llevando a que se sometan a tu Hijo (Salmo 2.8-12). Gracias, Señor, por habernos escogido como tus colaboradores!».

CAPÍTULO 14

Wal-Mart llegó a mi ciudad[19]

NACÍ Y VIVO en la ciudad de Santa Fe, Argentina, una ciudad de unos cuatrocientos mil habitantes que está rodeada de agua: al Este, al Sur, al Oeste, todos son ríos y lagunas. Es que el emplazamiento original de la ciudad, que don Juan de Garay fundara hace casi cuatrocientos cincuenta años, fue a orillas de un afluente del gran Paraná, un caudaloso río que desciende, majestuoso, desde Brasil y Paraguay, atravesando la extensa pampa húmeda de mi país. Pues bien, tiempo atrás, una enorme superficie ubicada al este de la ciudad, que

---

[19] Este artículo fue publicado originalmente con el título: «Internacio nalización o anglonización de la misión» en *Misión transcultural*, Comibam Internacional y PM Internacional, Argentina, 2000, 90 pp., y reimpreso posteriormente en el fascículo Nº 3 de la Biblioteca Misionera de Comibam Internacional, Editorial Patmos, Miami, 2006.

generalmente estaba cubierta por las aguas marrones del río, comenzó a ser rellenada. Una draga fluvial de gran porte estuvo extrayendo del fondo del lecho, noche y día, miles de metros cúbicos de arena que iban siendo depositados mediante largas tuberías de acero sobre aquel terreno.

Lentamente y sin pausa, la zona inundable se fue elevando hasta alcanzar más de tres metros sobre su altura original. El agua se escurrió, la arena se compactó, y los albañiles comenzaron a construir unas enormes instalaciones, para nosotros descomunales hasta ese entonces. Se trataba de un gigantesco centro comercial, con playas de estacionamiento, tiendas, microcines, etcétera. En un tiempo récord (menos de un año), con una inversión multimillonaria, se había ganado terreno al río, y una adormecida ciudad del interior contaba ahora con su propia sucursal de la famosa cadena de supermercados norteamericanos: Wal-Mart.

Ni qué hablar de los comerciantes de la ciudad: ¡estaban aterrados! La multinacional, con la anuencia de políticos que nunca se sabe para qué lado juegan, se había instalado frente a sus narices, y venía a rivalizar con ellos, con precios subsidiados con los que jamás podrían competir. En medio de la aguda recesión, los negocios tendrían pocas posibilidades de sobrevivir y serían llevados al cierre. La gente perdería sus ya escasas fuentes laborales... Así, los negros nubarrones se cernían sobre el horizonte de

una ciudad que nunca se había caracterizado por ser demasiado próspera.

Irrupción de misiones anglosajonas

Sirva esta ilustración para abrir el tema planteado: la internacionalización o la anglonización de la misión. En un momento de franco despertar misionero mundial que experimentan nuestras iglesias en América latina, de carácter verdaderamente autóctono, se divisa sobre el horizonte un llamativo número de iniciativas misioneras que, procedentes del Norte, están desembarcando sobre nuestras playas. Tal es así que ahora podemos contar por docenas las organizaciones y esfuerzos anglosajones que se han instalado en nuestro medio, todos con el fin de «colaborar» con nosotros en la evangelización mundial, particularmente en la ventana 10/40. Y se trata de un fenómeno relativamente nuevo, de quizá no más de cinco años.

Como evangélicos latinoamericanos tenemos una enorme deuda de gratitud con nuestros queridos hermanos rubios, que desde hace más de un siglo nos trajeron el evangelio y nos bendijeron con su presencia. Nos ayudaron con la traducción bíblica para que nuestros pueblos aborígenes contaran con la Palabra de Dios en su propia lengua, nos ayudaron con el establecimiento de congregaciones y la construcción de millares de templos y capillas, así como de numerosas instituciones teológicas y educativas de diversa naturaleza, estudios de radio y te-

levisión, orfanatos, hogares de niños y ancianos, imprentas, hospitales, dispensarios, etcétera, imposibles de cuantificar. ¡Gloria a Dios por semejante esfuerzo, y por tantos de ellos que dejaron también sus restos mortales en nuestro querido suelo!

No nos estamos refiriendo, pues, a esa larga trayectoria misionera de los anglosajones en nuestro medio, por la que estamos tan reconocidos. A lo que estamos apuntando es a algo que en su enfoque nos resulta novedoso. Antes, nos habían visto necesitados y por eso nos trajeron el evangelio: ahora nos ven «útiles» y nos quieren llevar por todo el mundo. ¡Nos están haciendo partícipes de lo que ellos vienen haciendo desde hace más de un siglo!

Un misionero me comentó hace cuatro años que las Asambleas de Dios, que contaban con cuatrocientos cincuenta misioneros norteamericanos en Latinoamérica, tenían solamente a dos apoyando el surgimiento del movimiento misionero de su denominación. Recientemente, en un cónclave de líderes bautistas sudamericanos «para la aceleración de la evangelización mundial», conversamos con uno de los principales directivos mundiales de Richmond, quien nos informó que de los mil misioneros norteamericanos que operan en nuestro continente, ¡no había uno que estuviera designado oficialmente para apoyar el desarrollo misionero de las iglesias bautistas!

¿Por qué no nos enseñaron misiones antes? Cuando salieron de sus países (Estados Unidos, Ca-

nadá, Inglaterra, Alemania, Suiza, Suecia, Noruega, Australia, Nueva Zelanda) lo hicieron en calidad de misioneros, y cuando vuelven allá de licencia se la pasan predicando de misiones. Pero aquí, ¿por qué hasta ahora no nos hablaron de ello? ¿Será que no estábamos listos? ¿O que no nos creían capaces? ¿O que las misiones no eran parte de «todo el consejo de Dios» (Hch 20.27)?

Además, hubo otros dos elementos ausentes en su prédica: no nos enseñaron ni mayordomía ni participación cívica. A la primera falencia la remediaron hace unos treinta años, cuando comenzaron a predicar sobre mayordomía cristiana, y es por eso que ahora entendemos y practicamos el diezmo y las ofrendas. Respecto a lo otro, tampoco nos enseñaron a participar activamente en la sociedad (¡ni qué hablar de la política!), por más que allá en el Norte es común encontrar a funcionarios y políticos de renombre que se declaran evangélicos *born again*.

Pero afortunadamente, parece que las cosas se están revirtiendo y la hora ha llegado (¡tardamos cien años, apenas!): el Sur está ahora habilitado para encarar la empresa mundial.

Modelos de misiones internacionales

Como decíamos, no estamos considerando la labor de las organizaciones misioneras anglosajonas que operan en el sentido clásico dentro de nuestro contexto, sino la de aquellas que lo hacen con la mira

puesta en otras fronteras. ¿Cómo es o debería ser nuestra relación con ellas? En general, celebramos su participación e involucramiento con nosotros en la Gran Comisión, pero consideramos necesario hacer algún análisis respecto a los modelos que se están empleando, tanto para optimizar como mayordomos de Dios el potencial de ellos y el nuestro en pro de los no alcanzados, como para evitar una repetición de errores que la historia nos enseña hasta el hartazgo. Nos parece que hay modelos que contribuyen sanamente al fortalecimiento de nuestro joven movimiento misionero latino, pero hay otros que pareciera más bien que lo están debilitando o fragmentando.

De una manera muy simplificada, se dan en principio tres modelos diferentes, que con sus variantes, tipifican este reciente surgimiento misionero anglosajón:

1. El primero es el modelo *anglófilo*, donde la organización del Norte abre una «sucursal» en el Sur, que llega a ser fiel reflejo de lo que ella es y hace en su tierra de origen. Cual filial de ultramar, mantiene su mismo «nombre de marca», estatutos, principios operativos, directivas, etcétera. Los altos mandos son todos *anglos*, y reclutan a los latinos según sus prácticas y procedimientos. En su envío al campo misionero, la carga por su responsabilidad económica y logística corre fundamentalmente por cuenta de la agencia gringa. La gente dice: «¡Se los llevaron a trabajar con ellos!»

2. El segundo modelo es el *participativo*, donde la organización anglosajona se establece en nuestro medio, con una relación que puede resultar más o menos estrecha con los locales. Se firman convenios laborales y la iglesia local asume alguna participación en el proceso de la salida de sus misioneros, pero a todos les queda en claro que es la organización extranjera la que finalmente está detrás. La gente dice: «¡Qué bueno que contamos con su apoyo!»

3. El tercer modelo es el *servicial*, es decir, cuando la organización anglosajona viene a nuestro medio con una real actitud de sierva, dispuesta a ponerse bajo las órdenes de pastores y líderes latinos, y ofrece desinteresadamente su servicio y sus recursos, sin imponer condiciones ni lineamientos. En ocasiones, ni su nombre de marca aparece publicado, y la gente, notando que no están tirando agua para su molino, expresa: «Estos, aunque no hablen bien el castellano, ¡son de los nuestros!»

Algunas «santas» tentaciones

Como es de suponer, en un terreno en el que ha sido bastante árido sembrar y cosechar, el de las misiones, todo aquel que ha venido batallando para ver cambios en una iglesia acomplejada, distraída por otros énfasis y apática en cuanto visión misionera, se sentirá naturalmente atraído ante cualquier ofrecimiento de apoyo y cooperación que facilite sus objetivos misioneros. Y es aquí, precisamente, donde

conviene detenerse y considerar que «no es oro todo lo que brilla». Algunas situaciones, que en principio parecerían halagüeñas, a la postre pudieran terminar siendo un lastre.

Se hace innecesario hablar a estas alturas de los males que aún aquejan a la Obra por causa del paternalismo gringo, pero no neguemos el oportunismo latino con el que hemos intentado «desplumarlos» más de una vez. Por la dignidad del santo evangelio: ¡ni lo uno ni lo otro!

En un espíritu de mayor acercamiento intereclesiástico e intermisionológico que se está dando, mientras observamos que aquellas barreras que suponíamos infranqueables están cayendo, todo nos lleva a augurar que estamos frente al día cuando, unidos como nunca antes, podamos sumar y potenciar los recursos humanos, económicos, logísticos, etcétera, que el Señor nos ha dado para completar la tarea de la evangelización mundial.

El tema de la cooperación misionera es uno de los predilectos de COMIBAM Internacional (de ahí su nombre: *Cooperación* Misionera Iberoamericana). Desde mediados de la década del ochenta se ha venido machacando con la unidad de la iglesia y las misiones (Jn 17.21), y no creo exagerar si afirmo que no ha habido otro tema que más nos haya unido que precisamente este, el de las misiones. De las más disímiles corrientes teológicas y litúrgicas, allí se encuentran hermanos unidos, participando en incontables congresos, consultas y conferencias mi-

sioneras, celebradas a lo largo y ancho de nuestro vasto continente. Las misiones unen.

En este ambiente misionológico están corriendo nuevos vientos de cooperación internacional, alianzas estratégicas, acercamientos Norte-Sur. (Merecería un análisis más profundo si detrás de este sentir no existe alguna influencia, por inconsciente que fuera, del mundo empresarial y globalizado, en el que las multinacionales y la banca mundial establecen redes y se fusionan, únicamente con el fin de asegurar sus capitales y lograr pingües ganancias...)

Sorpresas de la convivencia

En las relaciones Norte-Sur se suele dar por sentado, ingenuamente, que salvando la cuestión idiomática (es decir, que en definitiva el latino termine aprendiendo el idioma universal: ¡el inglés!), todo lo demás correrá automáticamente y sin mayores inconvenientes. Algunas misiones exigen a los obreros latinos que dominen la lengua de Shakespeare, como para comunicarse con sus colegas de equipo en el campo misionero, a lo que deberán agregar la de los nativos, que es la verdadera herramienta que necesitarán dominar si es que van a ser fieles al llamamiento que tuvieron. Si de misión transcultural se trata, el dominio del idioma local es fundamental. Puede llegar a ser una carga excesiva que el obrero que procede de una cultura monolingüística como la hispana, se vea forzado a desenvolverse en dos nuevos idiomas aprendidos cuando ya no es un

niño. Una cosa es saber comunicarse en una lengua extranjera como «para no morirse de hambre», otra es compartir el evangelio, y otra es tratar temas más abstractos, subjetivos, íntimos, si no se domina un vocabulario abundante. Más de un latino se ha visto hondamente frustrado por no poder comunicarse con sus compañeros de misión en el extranjero al nivel afectivo que hubiera deseado.

Se debe tener en cuenta, además del factor idiomático enunciado, que existen otras situaciones de convivencia en cualquier equipo internacional, referidas a patrones de conducta, hábitos, valores culturales, maneras de hacer las cosas, formas de tomar decisiones, etcétera, que exceden a la comunicación verbal, y que también pueden llevar a fricciones.

¿Cuál será el mejor modelo?

Se ha oído por el continente la queja: «Nos trajeron el evangelio, ¡pero también sus divisiones!» Ahora las misiones nos están uniendo, pero ellos regresan, esta vez para «ayudarnos» con las misiones, y nos vuelven a dividir... ¿Será para tanto? Cuando nuestras iglesias se cuentan por millares y las instituciones evangélicas por centenares, y hay gringos que desean venir a colaborar con nosotros para llegar a los pueblos no alcanzados, ¿cuál debería ser la manera más adecuada para que lleven adelante sus intenciones? ¿Sería sabio que se establezcan como misiones autónomas, levanten sus propias oficinas, hagan un buen marketing con folletos a todo color, y

emprendan vigorosos planes de reclutamiento? Al fin y al cabo, hay libertad y cada uno deberá responder al Señor por los talentos recibidos. Pero cabe preguntarse si, existiendo una iglesia nacional que está dando sus primeros pasos en las misiones, ¿no convendría más bien relacionarse antes con ella y ofrecerle sus servicios?

La diferencia de poderío del Norte comparado con el Sur es abismal. Me constan algunos lamentables casos de incipientes organizaciones misioneras latinas, que a duras penas podían sostener a sus misioneros en el exterior (por no mencionar a sus oficinas de envío), tuvieron que atravesar la dura experiencia desestabilizadora provocada por ciertos grandes emprendimientos del Norte que habían llegado a establecerse en sus inmediaciones. Decían que venían a cooperar (y no dudamos de sus motivaciones), pero trajeron más problemas que bendiciones. Con su vasta experiencia, prestigio institucional, estabilidad financiera, conexiones internacionales, tecnología de punta, y contagioso entusiasmo, ¿podría competir con ellos la pequeña misión del Tercer Mundo? ¿No sería más conveniente abandonar los esfuerzos y unirse a los expertos? ¿Valdría la pena seguir bregando por un ideal, si «otros» con mucho menos sacrificio lograrían mucho más?

Todos estos temas merecen ser considerados de una manera franca y madura, sin prejuicios ni condicionamientos. El modelo neotestamentario nos

muestra que aquellos cristianos participaron mancomunadamente de las misiones mundiales, cruzando fronteras de cientos y miles de kilómetros que los separaban. Macedonia y Acaya (dos naciones dentro del imperio romano) salieron en socorro para ayudar a sus hermanos pobres de Judea (otra nación), y el misionero Pablo solicitó ayuda a la iglesia de la capital (Roma) a fin de que lo patrocinara para llegar a los confines del Mediterráneo (España), su nuevo campo no alcanzado (Ro 15.25-31). Iglesias jóvenes ayudaron a una antigua. Cristianos que no se conocían, entrelazados en vínculos fraternales del amor y solidaridad. Pobres ayudando a pobres. Se hacían misiones. Pertenecían a razas diversas. Tenían planes. Había desprendimiento. ¡Y no disponían ni remotamente de los medios de comunicación, transporte, seguros, transferencias bancarias, etcétera, que nuestro siglo nos ofrece!

Conclusiones

En 2 Corintios 8.13-15 dice: «Es más bien cuestión de igualdad. En las circunstancias actuales la abundancia de ustedes suplirá lo que ellos necesitan, para que a su vez la abundancia de ellos supla lo que ustedes necesitan. Así habrá igualdad, como está escrito: Ni al que recogió mucho le sobraba, ni al que recogió poco le faltaba». La iglesia es el cuerpo de Cristo, y cada miembro es una parte del todo. Nos necesitamos y nos debemos mutuamente uno al otro, en igualdad de condiciones, más allá de consi-

deraciones ideológicas o materiales. Si existen desequilibrios, estos deben ser compensados. Debemos velar para que las desigualdades sean eliminadas. Hay cuantiosos recursos humanos y financieros en el Norte y en el Sur que aún no se han dado la mano convenientemente.

La internacionalización de la misión es bíblica, y unir adecuadamente los maravillosos recursos que el Espíritu Santo repartió, generosamente en el Cuerpo, debería ser nuestra ambición, a fin de cumplir con el mandato que nuestro Señor nos entregó: «Haced discípulos a todas las naciones» (Mt 28.19).

CAPÍTULO 15

Testimonio acerca de la Iglesia Nordeste[20]

NO DEBERÍA sorprendernos que una iglesia haya celebrado conferencias misioneras por treinta años, como tampoco debería asombrarnos que predique el evangelio, consecutivamente, a lo largo de ese tiempo. Si no nos llama la atención esto último, tampoco debería hacerlo lo anterior. Sin embargo, comprendo que para algunos pudiera resultar llamativo, máximo si tenemos en cuenta que hay aún un número importante de pastores para quienes el tema de las misiones resul-

---

[20] El presente capítulo fue publicado originalmente en *Conciencia mi sionera II*, de Andrés Robert (Red Misiones Mundiales, Argentina, 2005, 208 pp.) y es usado aquí con el amable permiso de su autor. La Iglesia Evangélica Bautista Nordeste celebró durante 2006 su XXXII Conferencia Misionera Anual.

ta si no desconocido, al menos relativamente novedoso.

En nuestro caso, la Iglesia Nordeste ha atravesado un largo proceso que se remonta a la década del sesenta, cuando quien esto escribe fue marcado por Dios de manera especial, en una etapa de su vida en que apenas comenzaba a dar sus primeros pasos en Cristo. Y no puedo sustraerme a tener que hacer referencia a mi experiencia personal si habremos de explicar cómo se dieron algunas cosas.

Cuando tenía diecisiete años y cursaba la escuela secundaria, acostumbraba a ir al cine los fines de semana. Al consultar con tal propósito la cartelera de espectáculos en el vespertino de mi ciudad, *El Litoral* (en aquel entonces se ofrecían tres películas *en continuado*, más el Noticiero Argentino y las *colas* de las películas por estrenar), me llamó la atención un anuncio recuadrado sobre el programa de los cines, que rezaba algo como: «Las profecías bíblicas sobre el fin del mundo. Escuche al orador internacional Samuel O. Libert. Entrada libre y gratuita». Como yo había adquirido una Biblia algunos años atrás en un stand de Sociedad Bíblica, en la exposición rural anual de mi ciudad, y la estaba leyendo, ese anuncio del diario me produjo gran inquietud, así que en vez de ir al cine fui a escuchar a un para mí desconocido conferencista.

Entré por primera vez al templo de la que llegaría a ser «mi» iglesia por cuarenta años. Me senté y escuché atentamente la exposición del pastor Libert, y

cuando hizo la invitación para aceptar públicamente a Cristo, yo fui el primero que me puse de pie y pasé al frente. La noche siguiente la llevé a mi madre, quien igualmente tomó una decisión pública por Cristo. Impactado por aquella experiencia, seguí asistiendo a Nordeste durante medio año más, hasta que por razones familiares viajé con mi madre a Berlín *Occidental* (en aquellos momentos).

Primeros pasos en misiones

En Alemania trabajé y cursé estudios de Dibujos Animados. Cumplí allá los dieciocho años cuando Billy Graham celebraba el Primer Congreso de Evangelización Mundial (1966), en plena guerra fría. Berlín Occidental estaba rodeada por el Muro, en medio de un *mar* comunista constituido por la ex República Democrática Alemana, y reinaba tensión por la constante amenaza de una tercera guerra mundial, con el uso de armamento nuclear. En aquel congreso de evangelización, el primero de su tipo en el siglo XX, se dieron cita mil doscientos delegados de todo el planeta. Allí me reencontré con el pastor Libert y conocí, además, a otros compatriotas: Daniel Monti, Dan Nüesch y Carmelo Terranova. Este último me consiguió un salvoconducto especial para entrar a la *Kongresshalle* y asistir a las reuniones (luego me enteraría de que el ingreso estaba absolutamente vedado a cualquier persona que no fuera congresista, y que hubo pastores y perio-

distas alemanes que, aunque lo intentaron, no lograron el objetivo).

Escuché el testimonio de los aucas que habían matado a los misioneros en Ecuador, a los traductores de la Biblia al idioma tibetano, a Fernando Vangioni analizando el sermón que Pedro predicara en Pentecostés, al emperador cristiano de Etiopía, Heile Selasie... En la clausura, Billy Graham se dirigió a los asistentes confrontándolos con una vida de santidad: si había «manchas en el altar de la consagración» deberían arrepentirse y confesar su pecado; que ninguno se creyera que por ser predicador, pastor o misionero ganaría mérito alguno ante un Dios santo; y que era menester acudir a la fuente inagotable de limpieza, que es la sangre de Jesucristo. Mil doscientas una personas (yo era aquella *una*, «infiltrada») terminamos arrodillados, confesando nuestros pecados y buscando limpieza en la fuente sin igual del Calvario. Así culminó aquel evento histórico.

Precisamente por esos días, un equipo de Operación Movilización (que estaba aún en la fase inicial) había estado visitando las iglesias de la ciudad. Entre ellas, estuvieron compartiendo el desafío misionero mundial en el grupito de jóvenes de la pequeña iglesia barrial a la que yo concurría, la Landeskirchliche Gemeinschaft de Berlin-Spandau (Radelandstrasse 6), de corte luterano.

Estas dos situaciones vividas con escasos días de separación: el congreso de evangelización y la visita

de esos jóvenes a nuestra iglesia, dejaron una huella en mi ser que me acompañaría a lo largo de la vida. Como resultado, participé en tres sucesivas cruzadas de verano con Operación Movilización: en Viena (donde fui bautizado en el río Danubio); en Zaragoza, Pamplona, Santiago de Compostela y La Coruña, en España; en Zaventem, Bélgica; y en Bromley, Inglaterra). Me impresionó la visión mundial de hombres como George Verwer, Greg Livingston, Dale Rhoton, Jonathan McCrostie, Johann Van Damm. Y como teníamos asignada la lectura obligatoria de algunos libros, dos de ellos marcaron mi vida a fuego en aquellos años: *Pasión por las almas*[21] (Oswald Smith) y *Avivamiento* (Carlos Finney).

Sabiendo que el Señor me llamaba para dedicarme al ministerio, interrumpí mis estudios de Dibujos Animados e ingresé en la Bibel und Missionsschule Brake, también con fuerte orientación misionera mundial. Pero ya llevaba casi cuatro años de estar ausente de mi país, y sentía que de continuar los estudios hasta finalizar, al volver a la Argentina estaría demasiado descontextualizado de la realidad que había dejado cuando abandoné el país con diecisiete años. Así que emprendí retorno a la Argentina e inmediatamente ingresé al Instituto Bíblico Buenos Aires (IBBA, de la Alianza Cristiana y

---

21 Oswald J. Smith: *Pasión por la almas*, Editorial Clie, Barcelona, 2003, 180 p., libro que integra actualmente esta colección de Misiones.

Misionera), gracias al contacto y la gestión que había hecho a mi favor el pastor Carmelo Terranova.

Inicio del pastorado

En mi cuarto y último año de estudios, mi iglesia Nordeste me invitó a asumir el pastorado. Su fundador, don Jorge Folta, se jubilaba y estaban buscando a alguien que tomara su lugar. Este checoslovaco, verdadero hombre de Dios, había sido pastor de la grey durante veintinueve años. Era pastor laico, y tenía a su cargo una importante empresa constructora de prestigio en la ciudad. Con abnegada consagración, acompañado siempre de su fiel esposa Bárbora, también checoslovaca, había llevado adelante el ministerio en la ciudad y otras localidades de la provincia.

Acepté la invitación, no sin ciertas dudas de cómo habría de hacerle frente, cual «pichón» que recién egresaba del instituto bíblico, a las demandas de una congregación que se había formado a la sombra de un varón de Dios de la talla de «Don Jorge» (como le decíamos cariñosamente), y que permanecería en la misma como miembro. Valga la pena aclarar que, al margen de que el veterano jamás significó ninguna amenaza al liderazgo del joven novato (todo por el contrario, fue uno de sus más fervientes «apoyadores»), él había contribuido decisivamente a la amplia visión de la feligresía. Recuerdo que solía mencionar que: «El pastor no es siervo de la iglesia sino de Dios, y su campo de ac-

ción no es la congregación local sino todo el mundo». Esta proyección de ministerio que había inculcado ayudó enormemente para que el programa misionero se instalara posteriormente con facilidad.

El 6 de enero de 1974, con veinticinco años, fui ordenado al pastorado, y dado que tenía fijo en mente que adonde fuera a servir al Señor procuraría hacer frente al desafío de la obra misionera mundial, propuse a la congregación que ese mismo año celebráramos una conferencia misionera (entendía que esa era mi responsabilidad, tal como lo había leído que hacía Oswald Smith en la Iglesia de los Pueblos, Toronto, Canadá).

Para aquella primera ocasión invitamos como orador a Jack Shannon, quien era profesor del Instituto Bíblico Buenos Aires. Él apenas estaba regresando del Congreso Mundial de Evangelización que se había realizado en Lausana, Suiza. Nos trajo así, aparte de la medular inspiración bíblica que siempre lo caracterizó, información misionera «bien fresquita» de los campos del mundo. Por otro lado, la misionera Raquel Grazioli, santafecina que trabajaba entre los aborígenes tobas del Chaco, nos compartió de la importante labor desempeñada en el norte argentino. Esa primera conferencia misionera fue realmente impactante para la pequeña congregación, que a la sazón contaba con un poco más de cincuenta miembros en comunión. La visión misionera comenzaba a forjarse.

Nuestra primera Promesa de Fe

Al año siguiente organizamos la segunda conferencia, que igualmente fue un desafío para toda la feligresía; y al tercer año, otra más. Para esa ocasión invitamos por primera vez al pastor Andrés Robert, que había sido profesor de Evangelismo Personal en el Instituto Bíblico. En esta ocasión nos enseñó sobre la base de las Sagradas Escrituras, que: «la suprema tarea de la iglesia es la evangelización de todo el mundo». Y no sólo nos motivó mediante su predicación sino que nos desafió a que también lo pusiéramos en práctica, apelando a nuestros bolsillos.

En reunión de diáconos ese sábado por la noche nos lanzó el desafío:

—¿Por qué no comienzan con un plan de Promesas de Fe para la obra misionera?

En aquel momento (1976), la iglesia no superaba los sesenta miembros. El presupuesto se nos iba prácticamente en el sueldo pastoral, el alquiler del departamento donde vivíamos, la compra de literatura evangelística, el pago de la energía eléctrica, y algunos otros gastos extras... a lo que se le sumaba afrontar la edificación de la casa pastoral y planta educativa en la que nos habíamos embarcado hacía poco tiempo. ¡No nos sobraba ni un solo centavo!

—Y ¿cómo quiere que hagamos —fue al unísono la inmediata respuesta de todos— si ni sabemos cómo juntar lo necesario para cubrir el presupuesto actual?

¿Cómo íbamos a proponer a la congregación, responsablemente, un nuevo rubro presupuestario, cuando nos costaba tanto atender, mes a mes, las necesidades que se presentaban? Confieso que en aquella noche, y luego de unos cuantos titubeos, fue más por no desairarlo que por convicción, que resolvimos aceptar la propuesta del predicador invitado.

Rápidamente para el día siguiente, domingo, se fotocopiaron las tarjetas Promesas de Fe, y en la reunión de clausura se las repartió entre todos los asistentes. Se explicó su uso y propósito, cada uno que quiso la llenó y se recogieron en el momento. Hecha la suma no podíamos creerlo: ¡la cifra prometida ascendía a un monto equivalente al presupuesto mensual!

Así, sorprendentemente, de un mes al otro, comenzamos a recoger una importante suma, dedicada con exclusividad a las misiones, sin mermas en las ofrendas habituales. Por un tiempo fuimos ahorrando el importe mientras orábamos al Señor para que nos indicara cómo y dónde invertirlo.

Nuestro primer misionero

Por otra parte, sin que nosotros lo supiéramos, Norberto Clarke (hoy en la presencia del Señor), inspector de la Dirección General Impositiva (DGI), oriundo de la ciudad de Gálvez, se hizo cargo de la delegación provincial del Chaco. El radicarse allí le llevó a conocer el trabajo que realizaba un grupo de

misioneras bautistas entre los aborígenes tobas de esa provincia, entre las que se encontraba Alba Leticia Montes de Oca. Percibiendo la gran necesidad de obreros, Norberto se ofreció como voluntario a la Junta de Misiones de la Convención Evangélica Bautista, dispuesto a renunciar a su cargo en la DGI, pero el pastor Miguel Bolatti, director de la Junta, le recomendó que no renunciara hasta tanto se pudiera conseguir un sostenimiento digno.

Cuando consultamos por nuestra parte al pastor Bolatti para que nos orientara sobre qué campo podríamos apoyar, él nos mencionó que oráramos para ver si el Señor nos indicaba General San Martín, Chaco, adonde Norberto tenía planeado involucrarse. Luego de orar, decidimos por esa opción y le enviamos el primer importe mensual. Para entonces, Norberto ya había renunciado al alto puesto que tenía y se había trasladado de Resistencia a General San Martín para dar inicio, por fe y sin contar todavía con sostenimiento firme, a sus labores como misionero. Cuando nos conocimos algunos meses después nos comentó que al enterarse de que una iglesia en Santa Fe había decidido correr con su sostenimiento no pudo menos que, en medio de lágrimas, prorrumpir en alabanzas de gratitud a Dios por su tan oportuna provisión.

El apoyo a Norberto Clarke en su trabajo entre los tobas continuó por varios años, no sólo mediante la oración y las ofrendas sino también con brigadas de jóvenes que viajaban al lugar para ayudar en

tareas de evangelización, discipulado, arreglos materiales y provisión de elementos (medicina, ropa, alimentos, motosierra, etcétera). Luego de contraer nupcias con Alba y trasladarse ambos a la tarea misionera en Chimbote, Perú, la iglesia continuó igualmente apoyándoles en el extranjero, con el cariño y el respeto que se habían ganado.

Vivencias en el desarrollo del plan

No habían transcurrido dos o tres meses desde que habíamos comenzado con el fondo misionero, que en un culto de domingo, casi al terminar el mismo, una hermana de la congregación pidió la palabra. Se puso de pie y dijo: «Hermanos, siento decir que nuestra iglesia ha estado viviendo en pecado». Con esa introducción, más de uno se incomodó pensando qué nuevo pecado se estaba por ventilar, en una congregación que hacía poco había tomado medidas disciplinarias con algunos miembros que habían incurrido en pecados morales y financieros. Pero ella continuó: «Porque, ¿cómo puede ser que de un mes para otro pudimos duplicar el presupuesto mensual de la iglesia sin haber experimentado un aumento en la membresía ni en los sueldos? Quiere decir que el dinero lo teníamos pero no lo estábamos dando, y como dice la Biblia: "Al que sabe hacer lo bueno [dar ofrendas en este caso] y no lo hace, le es pecado"». ¡Y tenía razón la hermana Beatriz Salvaj de Zarazaga! Así que como iglesia tuvimos que confe-

sar al Señor el pecado de haber retenido lo que estábamos en condiciones de darle.

En otra ocasión, como nos encontrábamos en plena etapa de construcción de la vivienda pastoral y del edificio educativo en la planta alta, y teníamos que pagar los materiales, la mano de obra, la devolución del crédito que habíamos solicitado, etcétera, en un momento dado y «nada más que como excepción», tomamos prestado cierto importe del fondo de misiones y lo usamos para hacer frente a los ingentes gastos de la construcción. Eso lo sabíamos solamente el tesorero, Juan Folta, que además como constructor estaba a cargo de la obra, y este servidor. Prontamente Dios habló a nuestros corazones y fuimos redargüidos de no haber actuado correctamente. Decidimos no dejar pasar un domingo más sin aclarar la situación ante la congregación.

—¿Pasás vos o paso yo al frente para hablar? —intercambiamos brevemente entre pastor y tesorero.

—Paso yo, que soy el pastor —le dije, pero él insistió:

—No, paso yo, que estoy a cargo de la obra y soy el tesorero.

Y pasó nomás al frente. Explicó que por algún tiempo, el dinero que debería haberse destinado al campo misionero había ido a parar a la construcción, que la necesidad nos había impulsado a echar mano a ese dinero, y que habiendo entendido que eso no era correcto, el pastor y él querían confesarlo públicamente y pedir perdón al Señor. La feligresía

fue muy tocada por aquellas palabras. Oramos, nos aseguramos del perdón concedido, y dispusimos que ¡nunca más utilizaríamos el dinero que les pertenece a los misioneros para comprar ladrillos!

El avivamiento misionero expande la obra

Dentro de lo que podríamos denominar el *despertar* o *avivamiento* misionero que experimentamos inicialmente, fue sorprendente constatar que mientras más se impulsaba la visión hacia afuera, más se robustecía la visión hacia adentro. Empezaron a incrementarse las vocaciones de servicio, la cantidad de horas felices, las reuniones al aire libre y en los hogares, la visitación casa por casa, el comienzo de anexos en otras localidades y más. Las Conferencias Misioneras Anuales llegaron a ser una de las actividades mejor preparadas y más esperadas en el calendario de actividades de la iglesia.

En ese espíritu que vivía la congregación, se dio que a los cinco años de haber iniciado el programa misionero, alojamos en el templo a un equipo del barco *Doulos*, que a la sazón recalaba en el puerto de Rosario (1979). Surgió en ese momento el contacto con el líder del grupo, el ingeniero Pablo Carrillo, con quien trabaríamos no solamente amistad sino el inicio de una larga relación con lo que luego se conocería como la primera misión latina al mundo islámico, es decir, PM Internacional (en sus comienzos se la conoció como Proyecto Magreb). Un poco más adelante nacería la iniciativa nacional de-

nominada Misiones Mundiales (hoy Red Misiones Mundiales), y otra vez, sería el templo de Nordeste el hospedador de la primera reunión organizativa de la flamante comisión directiva que había sido nombrada durante el congreso organizado por la Misión Evangélica Iberoamericana (MEI). Fue en el año 1982. Aquel grupo de pastores iniciadores de Misiones Mundiales pasó la mañana en oración, y luego, por la tarde, se abocó a delinear los rumbos generales que habrían de guiar al movimiento misionero nacional (¡el primero de su género en toda Iberoamérica!).

Del barco *Doulos* recibí la invitación de colaborar un tiempo a bordo como capellán de la tripulación latina. Compartí la invitación con la iglesia, que me *autorizó* a embarcarme con mi esposa y tres hijos (en ese entonces) e iniciar un periplo por puertos del Pacífico. Sostenidos con las oraciones y ofrendas de Nordeste volamos a Guayaquil, Ecuador, adonde abordamos el *Doulos*. De ahí bajamos al puerto de El Callao, Perú; y a los de Antofagasta y Valparaíso, Chile. Fueron algo más de tres meses de ministrar entre la tripulación latina y predicar en las conferencias públicas que se hacían diariamente. Fue una experiencia verdaderamente enriquecedora, y cuál sería la sorpresa que, con el transcurso del tiempo, nos daríamos cuenta de que en ese año de prolongada ausencia pastoral, la iglesia tuvo la mayor cantidad de bautismos de los doce años de mi pastorado.

Evidentemente, las misiones no iban contra el crecimiento local, ¡sino todo lo contrario!

Las conferencias siguieron realizándose cada año, siendo el pastor el principal responsable de su preparación y ejecución. No obstante, con el correr del tiempo fue necesario repartir el peso de las responsabilidades, no sólo por la organización del evento anual, sino también de la administración de los fondos y el contacto con los misioneros en el campo. Se creó para tal efecto el departamento de Misiones, integrado por hermanos y hermanas de los diferentes segmentos de la iglesia, presidido por Alfredo (Sonny) Smith. A su vez, el anciano Rubén Panotto, fue comisionado de parte de ese cuerpo gobernante para el acompañamiento de dicho departamento.

A lo largo de más de treinta años tuvimos el privilegio de contar con la participación de destacados hombres y mujeres de Dios que nos bendijeron con su vida, palabra y testimonio, entre ellos: Jack Shannon, Raquel Grazioli, Miguel Bolatti, Andrés Robert, José Sami, Norberto Clarke, Donald Kammerdiener, Marcos Sánchez y otros hermanos tobas, Pablo Carrillo, Immanuel Böke, Enrique Sandoval, Dana Larson, Christ Paphworth, Craig Bundy, Carlos Prieto, Haroldo Kasper, Guillermo Farías, Jorge Corrales, Valentín Krawczuk, Abel Altare, Daniel Altare, Roberto Turrisi, Raúl Castro, Esteban Montgomery, Lorenzo Gallego, Heinz Suter, Milton Pope, Marcelo Abel, Randy Bradley, Da-

niel Hurtado, Abel Vallejos, Rómulo Ricciardello, Juan Calcagni, Marcos Alexander, Alberto Prokopchuk, Eduardo Zarazaga, Stanley Clark (h), Julio y Mónica González, Samuel Pérez Millos, Miguel Juez, todos ellos de diversas denominaciones y nacionalidades.

Entre los misioneros que tuvimos el alto privilegio de apoyar con su sostenimiento económico, mes a mes, se encuentran: Norberto Clarke y Alba Montes de Oca, trabajando entre los tobas del Chaco, y en Chimbote, Perú; Riquelme Hulet y Mario Fernández, también en el Chaco argentino; Jorge Corrales y Miguel Hundt en Coronda, Gálvez y Rincón; Abel Vallejos, en Guinea Ecuatorial (África); Eduardo Zarazaga, en Italia; Josué Andreoli, en Uzbekistán; Fabiana de Prado, en el desierto del Sáhara (África); Miguel Juez, entre inmigrantes magrebíes en España; Carmen Servín, Claudia Sosa y Nicolás Panotto, a bordo de los barcos *Doulos* y *Logos II*.

En 1985 renuncié al pastorado para apoyar de lleno al naciente movimiento misionero de mi país (a través de Misiones Mundiales) y el resto del continente (a través de COMIBAM Internacional y PM Internacional). La iglesia, reconociendo el llamado, aceptó dicha renuncia y resolvió continuar con nuestro sostenimiento económico. A la vez, nombró a Eduardo Zarazaga, quien era copastor, como pastor titular de la misma. Eduardo dio firme continuidad a la visión, impulsando las misiones durante los doce años que estuvo al frente de la iglesia, hasta

que también por llamado divino, dejó igualmente el pastorado y fue enviado con su familia como misionero a Italia, donde estableció en sus comienzos una iglesia en Battipaglia, Salerno, cerca de Nápoles.

Aseguramiento de la continuidad

Luego de que el pastor Zarazaga fuera enviado y sostenido en el exterior como misionero, la iglesia quedó en manos del cuerpo de ancianos por tres años y medio. Durante ese tiempo se estuvo orando y procurando un nuevo pastor, y la pregunta que más de uno se hacía era de si habría continuidad de la visión. No es novedad que con los cambios de pastores las iglesias cambian con facilidad también los énfasis. ¿Qué acontecería luego de dos pastorados de doce años cada uno, más tres años y medio sin pastor? Pero la iglesia había tomado, sabiamente, una previsión para asegurar la continuidad. En el perfil del nuevo pastor que se había elaborado y aprobado por asamblea, constaba una cláusula que establecía que el futuro pastor debería: «continuar con la celebración de una Conferencia Misionera Anual y la administración de un fondo de uso exclusivo para las misiones». Luego de búsqueda en oración y de contactos diversos, surge el nuevo siervo que Dios enviaba a la congregación, quien reunía las condiciones esperadas. Así el pastor Pedro Slachta se hizo cargo de la iglesia en 1998, dando continuidad al programa misionero.

Debemos reconocer que no fue siempre fácil

mantener la continuidad de este programa anual. Sin convicciones firmes acerca de su importancia, cualquier nuevo viento de doctrina puede desviarnos hacia otros énfasis. Y hoy, más que nunca, cuando somos bombardeados por una abundante artillería de libros que nos vienen casi siempre traducidos de otras culturas, así como por emprendimientos novedosos que se introducen al país por el aeropuerto de Ezeiza, no es cosa extraña que algunos pastores se dejen atrapar por estas ocurrencias del momento (algunas de la cuales son por demás extravagantes). A programas empaquetados que prometen grandes beneficios y crecimiento (algunos dignos de considerar), ¿cómo hacerles frente con un programa tan sencillo y bíblico como lo es una Conferencia Misionera Anual? ¿Y que la misma no pierda su fuerza a lo largo del tiempo? ¿Cómo lograr que una suerte de evangelio *light* (o de la prosperidad), de rápida propagación, no mate el nervio misionero de la iglesia?

Sobre este particular, hasta donde haya podido observar en mis viajes por Latinoamérica, cuando ese énfasis se infiltra en una congregación, por más comprometida que haya estado, termina matando el espíritu misionero. Y no debería costar entender lo que sucede: las misiones tratan de renunciamiento, de negarse a sí mismo, de entregarse, de sacrificio, de morir al yo, de cargar la cruz de Cristo, pero ese *evangelio* va precisamente en una línea contraria. La consigna que se oye en ciertos encuentros

multitudinarios o en programas televisivos es: «¡Venga y reciba!», mientras que el llamado misionero va en dirección opuesta: «¡Vaya y comparta!» La cruz es central para que las misiones germinen, y cuando ella es obviada, las misiones no pueden florecer. ¡Así de sencillo! Eso explica también el porqué algunos temas pueden convocar a multitudes y porqué misiones no «vende tanto».

Siempre que realizamos las conferencias anuales hemos procurado, tanto como nos fuera posible, darles toda la trascendencia pública que pudiéramos. Personalmente me he encargado de llevar a los conferencistas para ser entrevistados por las radios de la ciudad, la televisión y los diarios. Hemos hecho los anuncios bien públicos y notorios. Los afiches se pegaban en las vidrieras y los folletos con invitaciones se repartían abundantemente. ¿Qué objeto tiene hacer eso si se trata de reuniones de puertas adentro? Que todos sepan que nosotros consideramos las misiones en serio. Además, en un contexto de cultura católica, esto no debería significar una rareza. Los inconversos deben captar que tomamos muy a pecho el predicar y servir al prójimo hasta los rincones más apartados del planeta. Que para eso trabajamos, nos esforzamos, oramos y contribuimos sacrificialmente. Que la salvación eterna de las almas que nunca oyeron del amor de Jesucristo nos es una carga pesada, y que no escatimamos esfuerzo para que la afligente situación en que viven millones de seres humanos, desprovistos

de esperanza y amor, cambie para bien por el poder del evangelio.

Por eso en nuestras conferencias misioneras nunca hemos tenido dudas en invitar a los inconversos para que asistan. Y tampoco hemos cambiado el énfasis del culto de clausura del domingo por la noche. Hemos predicado de misiones esa noche de la forma más contundente posible, apelando a la consagración y a la entrega de las Promesas de Fe, y si había presente quienes no conocían a Jesús personalmente, les hemos instado a que se arrepientan y conviertan. Jamás desaprovecharíamos el clímax misionero que se produce en la finalización de la conferencia para ponernos «a evangelizar» (como comúnmente se entiende). Hemos notado que los inconversos son impactados cuando observan que los cristianos tomamos en serio las misiones, y si se convierten en un ambiente así, ¡serán los primeros propulsores de las misiones!

Otro dilema que se presenta es: ¿a quién invito como orador? Al fin y al cabo no hay tantos que puedan ocupar el púlpito y usarlo con propiedad al hablar sobre este tema. Es cierto, los que pueden hacerlo no serán demasiados, pero si antes, cuando ni se hablaba del tema los conseguíamos, ¿cuánto más podremos hoy, cuando el movimiento se ha extendido grandemente? En la actualidad contamos en la Argentina con más de seiscientos obreros transculturales, en su inmensa mayoría sirviendo fuera del país, con iglesias que están detrás soste-

niéndoles. Pues, bien, estemos con el ojo atento, y procuremos los mejores oradores y los mejores misioneros para nuestras conferencias misioneras.

Predicar sobre misiones

Es muy probable que luego del entusiasmo por lo novedoso, al cabo de haber celebrado unas cuantas conferencias anuales, pensemos que ya no se hace tan necesario volver a organizar una más. Que los miembros ya han entendido muy bien de qué se trata. Que para qué volver a enfatizar otra vez lo mismo. Que por este año pasamos y luego veremos cómo sigue la cosa. Esa línea de pensamiento no va en la dirección correcta, y nos llevará a una decisión sin sabiduría. ¿A qué pastor se le ocurriría, por haber predicado el evangelio una vez en su congregación, no volver a predicarlo al siguiente domingo? ¿No volvería a predicar ese mismísimo evangelio, una y mil veces más? ¿No sería acaso su solemne responsabilidad hacerlo? Entonces, ¿por qué debería ser distinto que una iglesia vuelva a repetir año tras año sus conferencias misioneras (bien que ninguna conferencia es, en realidad, igual a la otra)? Y, además, los *nuevos* que se van agregando de continuo a la feligresía, por razones pedagógicas ¿no deberían ser también adoctrinados en las misiones, de manera que nada les falte de «todo el consejo de Dios»?

He compartido con frustración cuando algún colega me ha dicho que está convencido plenamente

de la importancia de las misiones, y que tiene la mejor de las intenciones de comenzar a impulsarlas en su congregación, pero: «No por ahora, quizá más adelante». ¡Por favor! ¿A qué estamos jugando? ¿Cuándo cree usted, pastor, que su iglesia estará lista para comenzar con las misiones? En realidad, la visión misionera debería estar presente en el corazón de todo pastor y de toda congregación, ya que es parte ineludible de la Gran Comisión que impartió nuestro Señor antes de ascender al Padre. Siempre habrá algo por hacer antes: acabar con la edificación, levantar el presupuesto, asegurar el salario familiar, llegar a X cantidad de miembros, solucionar diversos problemas, y así *ad infinitum*. Si predicar y enseñar sobre misiones se hará recién cuando su iglesia «sea perfecta», entonces ese momento no llegará hasta que estemos con Cristo en el cielo. ¡Este es el tiempo de hacer misiones e inculcar a los feligreses el amor por los perdidos en todo el mundo!

La valoración de las misiones en la iglesia local

Como pastor, no podría recomendar otro tema que promueva más entre la membresía la vida de oración, la santidad, la mayordomía, el celo evangelizador y el renunciamiento personal que las misiones. Cualquier otro énfasis sería parcial, pero las misiones (por estar en el corazón de Dios) son tan abarcadoras que no sólo amplían el horizonte del creyente

proyectándolo hacia los cuatro puntos cardinales del mundo, sino que lo estimulan como ningún otro énfasis para su crecimiento y maduración espiritual así como para su involucramiento responsable a nivel local.

Además, el programa de las conferencias misioneras, verdadero motor de la visión, no está atado al tamaño de una congregación, y por lo tanto, no hay iglesia, por pequeña que sea, que no pueda llevarlo a cabo con satisfacción. Tampoco tiene que hacer grandes erogaciones, más allá de lo que pudieran significar los viáticos y ofrendas para los oradores y la necesaria promoción.

Finalmente, y como nota personal, no puedo dejar de mencionar el privilegio que me acompaña de ser no solamente miembro de la iglesia Nordeste por más de cuarenta años, sino de contar con todo su apoyo moral, espiritual y económico ininterrumpido, a lo largo de más de treinta años de ministerio. No conozco de iglesias en las cuales se haya dado una relación semejante, por lo que mi corazón está rebosando de gratitud a Dios. Ahora mismo, mientras escribo estas líneas, lo estoy haciendo desde mi nuevo lugar de trabajo, Granada, España, adonde fuera enviado por mi amada congregación para cumplir una nueva etapa de servicio en la obra de Dios.

Hago manifiesta también mi gratitud y reconocimiento a Eduardo Zarazaga y Pedro Slachta —colegas que me sucedieron en el pastorado e hicieron

propia la visión misionera mundial— por la amistad sincera y el apoyo incondicional que siempre me dispensaron. Asimismo, al autor de este libro, pastor Andrés Robert, quien me confirió el privilegio de compartir este capítulo, el cual en gran medida nunca se hubiera escrito de no haber sido por su inspiración y acompañamiento desinteresado a lo largo del tiempo.